

Gabriela Cabezón Cámara
LA VIRGEN CABEZA



se

Pura materia enloquecida de azar, eso, pensaba Qüity, es la vida. En El Poso, uno de esos pequeños Auschwitz en que se habían convertido las villas en Buenos Aires, la hermana Cleopatra, una travestí que dice comunicarse con la Virgen, predica rodeada por una corte de chongos, putas, nenes y otras travestis. Qüity la vio por primera vez en los videos de las cámaras que vigilaban la villa. La vio bella, la escuchó elocuente: había que organizar la villa, sacar a los pibes del paco, a las pibas de la calle, y la Virgen les diría cómo. Entonces Qüity creyó haber encontrado la historia del año.

Con una lírica sobrecogedora y un estilo completamente personal para abordar el lenguaje coloquial, Gabriela Cabezón Cámara pasa con inteligencia de la tragedia a la comedia; de la nostalgia, el dolor y el odio, al vértigo y el frenesí de la cumbia, las plegarias, el alcohol y el sexo. Un relato en el que la marginalidad aparece como el mayor de los abismos. Pero también una historia de amor, delirio, mística y desenfreno, de un humor absolutamente candoroso. Sin dudas, una revelación para la narrativa argentina y latinoamericana actual.



Gabriela Cabezón Cámara

La Virgen Cabeza

ePub r1.1

gatoypelpudo 17.12.15

Título original: *La Virgen Cabeza*
Gabriela Cabezón Cámara, 2009

Editor digital: gatoyfelpudo
ePub base r1.1



Para Ana, mi amor
Para Karina, Lola, Lautaro y Amparo

1. Qüity: «Todo lo que is born se muere»

Pura materia enloquecida de azar, eso, pensaba, es la vida. Me puse así de aforística allá en la isla, casi en pelotas, sin ninguna de mis cosas, ni siquiera una computadora, apenas algo de dinero y las tarjetas de crédito que no podía usar mientras estuviéramos en Argentina. Mis pensamientos eran cosas podridas, palos, botellas, camalotes, forros usados, pedazos de muelle, muñecas sin cabeza, la reflexión del collage de desperdicios que la marea deja amontonados cuando baja después de subir mucho. Náufraga me sentía, y creí haberme salvado de un naufragio. Ahora sé que de un naufragio no se salva nadie. Los que se hunden están muertos y los salvados viven ahogándose.

Estuvimos el invierno entero ahí, metidas en la niebla de las islas del Paraná mientras el río iba y venía. Hablamos poco. A mí el dolor me fundió con las cosas y me recortó de todo. Floté ajena a lo que me sostenía: los aromas de la cocina y el calor de la salamandra, las cosas de Cleopatra, que ejerció todos sus talentos a la sombra de la cabeza de la Virgen y a la de mi estupor ante la indiferencia de la vida y la muerte, de la materia que derrocha mundos y criaturas en sus propias aventuras. Permanecí doblada sobre mí misma en posición fetal, igual que la que se hacía en mí y pese a mí: mi vientre estaba vivo de esa hija que me estaba creciendo pero yo era un cementerio de muertos queridos. Me sentía como una piedra, un accidente, un estado de la materia, una roca con conciencia de que será fundida y solidificada y transformada en otra cosa y me dolía saberme. No investigué el tema, pero seguramente no hay una roca igual a otra. O sí, ¿quién mierda podría comparar todas las piedras del tiempo? Y no veo cómo atenuaría el dolor de esta roca saber que quizás, alguna vez,

hubo otra igual en la desmesura del tiempo, que no hay, lo que hay es el acontecer de la materia, la inquietud fundamental de los elementos. Que hubiera o no hubiera habido nunca otro accidente idéntico a mí misma o a Kevin me importaba, y me sigue importando, un carajo, ¿a quién se le ocurrió que la unicidad es evidencia de resurrección? No veo por qué habría que pensar la naturaleza con un criterio fordista: «No es una línea de montaje, los productos no son todos iguales, luego hay dios»; «No hay dios», le dije a Cleopatra algunas veces, las pocas que le hablé, cuando me venía con el analgésico imaginario de su exuberante psiquis: cuentitos de Kevin en un paraíso de PlayStations con pantalla gigante; «Imagínate, Qüity, la pantalla es el mundo, mi amor», y la Virgen María de mamá y Dios de abuelo. Porque a las complejidades filiales de la santísima trinidad Cleo las tenía, y las tiene, más o menos resueltas; por lo que cuenta, dios viene a ser el papá de la Virgen. «¿Y de Jesús también, Cleo?», le preguntaba entonces, «¿eso no viene a ser como un incesto?», «Ay, querida, ¿incesto decís como el Carlos que se cogía a la hija y la dejó embarazada el hijo de puta y le dimos la paliza de su vida pero la pendeja ya estaba recogida y reembarazada igual?», «Sí, Cleo, incesto o mejor como lo decís vos: era una cucaracha», «Qüity, mirá que Dios va a ser como el paraguayo de mierda ese, por qué no te dejás de joderme un poco vos. Jesús es hijo de la Virgen sola». Afirmada en sus certezas teológicas y en su capacidad para concebir vínculos parentales, seguía con su parte del diálogo que repetimos casi todos nuestros días en la isla: «Yo vengo con amor, Qüity, para que sepas vos también dónde está Kevin, boluda, que está en el cielo, está contento», «Sí, Cleo, y come galletitas surtidas de ambrosía, ¿no?».

Me dolía la muerte, la de él y la mía y la de mi hija que todavía no estaba viva en sentido estricto, que no había nacido quiero decir, me dolía todo: cuando se abre la conciencia a la muerte o la muerte a la conciencia algo se abisma en el centro del ser, se fisura de nada y la nada lacera más que la tortura, en el sentido de que angustia, asfixia, obsede y solo se puede desear que cese.

Soñaba con los muertos yo, con todos los que se murieron y fueron enterrados unos arriba de los otros por siglos y milenios hasta hacerse parte de la corteza terrestre. Pero lo que más me torturaba era soñar con mis muertos haciéndose rápidamente, gracias a la madera terciada de sus ataúdes baratos, tierra en el cementerio de Boulogne. Kevin, Jonás, la Jéssica, todos se me hacían suelo, humus, pampa húmeda, abono de los claveles y malvones que adornaban sus tumbas miserables.

Miles de años después, cuando del mundo de Homero no quedan más que unas piedras y unas columnitas de mierda amontonadas para placer de turistas y arqueólogos, soñaba y veía a Kevin con la misma desesperación que Odiseo a su madre: sigue sin ser posible abrazar a los muertos, hechos solo de una memoria que también se muere.

Con Kevin soñaba. Aparecía en cualquier parte de cualquier sueño y nunca era asombroso: yo estaba en mi casa y lo encontraba, siempre a la mañana y siempre en la cocina. Había visto en las filmaciones ese cuerpito desordenado por la muerte, la sangre fluyendo de su cabeza hasta que se secó Kevin y después la sangre también se secó. Lo encontraba en la cocina a la mañana, entonces, y no me sorprendía: lo estaba esperando y nadie se sorprende mucho cuando lo que espera aún contra toda esperanza llega. Casi naturalmente le hacía la leche y elegía sus galletitas preferidas: de las surtidas con formas de animales, separaba todos los elefantes rojos para él, Kevin, mi hijito, pensaba yo.

Su muerte había terminado de alumbrar mi maternidad, me había hecho madre de él, que me contaba en la cocina de mis sueños qué había pasado esos días que no nos habíamos visto. Y no había pasado nada, me contaba la villa sin mí, como si lo que hubiera dejado de estar no fueran él y la villa sino yo. Quiero decir: como si no estuvieran todos, él también, sí, muertos y la villa pasada por arriba con topadoras, convertida en vientre de cimientos de negocios inmobiliarios y él, Kevin, mi nene, en un amasijo chiquitito de huesos y gusanos revolviéndose en la entraña de una tierra vecina, ahí nomás, en el cementerio de Boulogne.

En ese momento, cuando Kevin intentaba agarrar la taza, el sueño se me astillaba y me cortaba, me transía el dolor: él no podía tomar la leche

ni comer las galletitas que sin embargo le seguían haciendo brillar los ojitos negros como si los siguiera teniendo, como si esas bolas siguieran vivas de la vida de él. No había pasado mucho tiempo pero los ojos, creo, son de lo que más rápidamente se descompone en los cuerpos cuando dejan de ser cuerpos y se transforman en otra cosa, tan inexorable y ciegamente como una roca en lava y un montón de lava en una isla y una isla en un montón de pedazos de piedra. Quería agarrarla y no podía: su manito atravesaba la taza que a esa altura del sueño tenía toda la solidez de las cosas de este mundo y no se dejaba agarrar por fantasmas. Ahí se me moría otra vez el muerto que más me mortificaba: ya no me importaba nada más, casi dejaba de sentir cuando intentaba sentarlo en mis rodillas para darle la leche y no podía. Y sin embargo algo me latía en la falda y era tan imposible que latiera y no viviera que no podía parar de intentar el abrazo, como si la imposibilidad fuera un error de procedimiento. Lo intentaba mil veces sin agarrar más que aire, terminaba una y otra vez abrazándome a mí misma, sola, con la única compañía del latido de un corazón que no era el mío. Me despertaba llorando, casi ahogada y era cierto: Kevin no estaba más, estaba remuerto, haciéndose suelo de cementerio, quién sabe, pensaba, con el tiempo y las raíces y las fotosíntesis de alguna manera sería también aire, agua, tormenta. Boludeces, igual podría ser una ensalada o lombrices para pescar bagres y seguro que era nada, apenas lo que yo podía recordar.

Lo que latía era mi hijita y yo me agarraba el vientre con las manos para abrazarla. Muchas veces me volvía a dormir y soñaba con ella, mi hija que nacía y era un bebé tan frágil como todos, tan herido de muerte como cualquiera, tan pequeña aventura de la materia como cada cosa. Pero mi niña se transformaba en una tortuguita y yo podía llevarla en el bolsillo y si se me caía no le pasaba nada, solo metía sus patas y su cabeza en el caparazón y se quedaba panza arriba, meciéndose sobre la curvatura de su espalda de minerales hasta que yo la alzaba y la ponía otra vez en mi bolsillo.

Siempre me tranquilizó llevar lo importante bien pegado al cuerpo, así llevé mi revólver por años y así sigo llevando el dinero y algún amuleto,

pegados al cuerpo y sin embargo ni aun llevándola dentro del cuerpo me sentía tranquila con María Cleopatra, tenía miedo de que naciera muerta, un cuerpito haciéndose otra cosa, ni siquiera suelo, un coágulo de mí, y cuando la sentía moverse volvía a encontrar algo de paz, algún sentido, algún orden soportable en el universo.

Pero otra vez, fatalmente, me dormía, nunca supe si fue el embarazo o el peso de los muertos recientes lo que me hizo dormir casi todas las horas en la isla mientras no sé qué hacía Cleo, supongo que básicamente todo, fue mi madre y fue mi padre proveedor, me arropó y me dio de comer y consiguió leña y un televisor y así vivimos y así sobreviví el rato que estaba despierta porque la vida, quiero decir este ser de la materia que soy, también tiene su persistencia, su voluntad de seguir siendo.

Y así estuve meses, durmiendo, mirando por la ventana o escuchando los ruidos del Delta. Escuché lo que nunca: el barro amontonándose entre los juncos, las semillas reventando en raíces, la tensión de los árboles conteniendo los bordes de la isla. Y el agua, los ruidos hondos de las crecidas y los chatos de las bajadas. Y escuché lo que no pude haber escuchado, el cuerpo de Kevin estallando en burbujas podridas en la pugna del agua por volver al agua y dejarle el polvo al polvo.

2. Qüity: «Nos tocó la nueva vida»

*Nos tocó la nueva vida
en el american dream
para cantarle sin fin
a todita la Florida*

Duró mucho, pero se acabó también la niebla. Me despertó mi hijita, mía esa mañana como nunca antes y como pocas veces después, zapateando posesa de alegría dentro de mí. Empecé a flotar también yo en una atmósfera tibia y luminosa: las únicas sombras eran leves e inquietas, las del sauce que peinaba el viento entre mi ventana y el río.

«Buenos días, Qüity, mi amor», empezó a aparecer Cleo. Bella y parlante como es, nunca aparece sencillamente: siempre se la escucha primero. Toda hogar, mate y medialunas, la oí, la olí y por fin la vi. Se tiró en mi cama y me besó la lengua, tan largamente que se le corrió el maquillaje, se le cayó una pestaña y se le arruinó el peinadito de Doris Day que se había hecho. «¡Se despertó la bella durmiente!», empezó a reírse y le brillaron los dientes; ella es pura alegría blanca y radiante y maricona y devota y enamorada y está siempre como entre boleros de novia camino al altar. «Vamos, mi luz, mi amante, mi esposa, las tres a comer al Fondeadero que conseguí una canoa y tenemos que charlar un rato vos y yo. Vas a ver, va a ser un día inolvidable hoy».

En el camino, a la luz del sol que duplicaba el río, las manos frías de mis muertos, sus falanges despellejadas y el dolor que no podía dejar de imaginarme, la agonía solitaria de un nene de cinco años, tiraron de mí.

Traidora me sentí y cometí la falta de los que sobreviven: seguí viviendo. Pero no le solté la mano al muertito. Le prometí venganza con la certeza de que lo mantendría vivo mientras preparara las armas. Tuve un doble embarazo: una hija viva, sin cara y sin voz aún, que crecía, y un hijo muerto, con una voz y una cara que inexorablemente se iban fundiendo en la nada.

Ese día me dejé llevar por la alegría de estar viva. Nuestra niñita daba vueltas carnero en mí como un astronauta en una cápsula antigravitatoria y yo creí que era su voto por la vida, por los colores verdes de la flora original en la orilla de enfrente y los rojos y los ocre de los árboles importados de este lado del Canal Honda. Y por el río: «Era yo un río en el anochecer, / y suspiraban en mí los árboles, / y el sendero y las hierbas se apagaban en mí. / ¡Me atravesaba un río, me atravesaba un río!», le recité a Cleopatra los versos de Juan L. y no se quedó callada: «Qué lindo, Qüity, pero no empecés con anochececes que no sé si te distes cuenta de que ni siquiera es mediodía. Vos tenés que entender, mi amor, que ellos están en el cielo y nosotras en la tierra. Ya sé que vos no te creés lo del cielo, y lo mal que hacés porque es verdad, pero bueno, lo que seguro no podés discutirme es que nosotras estamos en la tierra. Y si hay cielo, como yo sé que hay, podés estar contenta. Y si no, más razón para la alegría: aprovechemos este rato de estar vivas. Sentí, Qüity, sentí el sol. Además, querida, vamos a ser madres». «¿Y qué, Cleo?», pude meter bocado, «¿por eso nos vamos a cagar en toda la humanidad?». Suspiró Cleopatra: «Ay, no, Qüity, cagar no, pero nuestra hija tiene derecho a la felicidad y nosotras el deber de cuidarla antes que nada. Además, sí, podemos ser egoístas como todas las madres del mundo, hasta la Virgen lo dice: si era por ella, Jesús trabajaba de carpintero y se casaba con María Magdalena, que por puta que fuera era mejor que trabajar de mesías y casarse con una cruz. Porque está bueno que los hijos vivan, por más que resuciten si se mueren». «En eso estamos de acuerdo, Cleo», le dije riéndome, pero el discurso de Cleopatra no paró ahí: «Dice la Virgen que estar vivo es lo mejor, que ya lo sabía Aquiles en el Hades. Cuando el chabón ese que tardó diez años en volver a la casa, ¿cómo era que se llamaba?, ¿Uliseo?,

le dijo: “oh, buenos días, rey de los muertos”, Aquileo le contestó: “No me chamuyés, esclarecido Uliseo: preferiría ser esclavo o un hombre indigente”, un indigente viene a ser un pobre, Qüity, “y estar vivo, antes que reinan sobre los muertos”».

A mi hijita ya le gustaban los discursos de la más queer de sus madres, parecía bailar mientras la escuchábamos. Y a mí me sumía en la perplejidad, ¿cómo podía citar la *Odisea* casi letra a letra? No podía haberla leído en su pobre puta vida. ¿De dónde mierda sacaba cosas como esa? ¿Existirá la Virgen y le dará por los clásicos y las putas pobres?

«Sentí, Cleo, cómo se mueve tu hija». Cleo largó la empanada y el tono profético y me acarició la panza. «Hola, princesa, soy tu otra mamá, Cleopatra, la que les da de comer a las dos, la que te está tejiendo la ropita. Nos vamos a ir de acá, hija mía», se puso solemne Cleo y le volvió la voz de profeta: «nos vamos a ir a otro país. Vos vas a nacer allá, es un país con mucho sol, palmeras, un mar verde. Lo único malo, me dijo Santa María, Qüity, es que está lleno de gusanos». «Ah, no, querida», me puse firme, «le podés ir diciendo ya a tu Virgen que yo a Cuba no voy ni en pedo». «Qüity, dije gusanos». «¿Y esos no salen todos de Cuba, querida?». «Sí, pero se van, Qüity, no te hagás la boluda».

Lo supe entonces y acá estamos, en Miami, rodeadas de gusanos, como si todos los que fuimos parte de la villa hubiéramos sido condenados de un modo u otro al mismo destino. Claro está que los nuestros no son los mismos que los del cementerio de Boulogne: estos son humanos, dicen vivir en una perpetua nostalgia de Cuba, están llenos de guita y trabajan como locos. Los demás, la mayoría de los cubanos de Miami, viven de los subsidios del gobierno a cambio de trabajar de evidencia de lo malas que son las revoluciones socialistas y no hacen nada más que emborracharse, drogarse y pegarles a sus mujeres. Aun así es normal verlas por las mañanas recorrer la calle Ocho buscando a sus hombres en todos los antros donde caen como árboles talados: a partir del séptimo ron, el resto son hachazos. Empiezan a perder altura y equilibrio, le pegan algún golpe a alguien, trastabillan, tartajean una puteada, parecen dudar un instante, se caen al suelo y se acabó, se quedan ahí hasta que alguien los levanta. Así,

de antro en antro, anduvo también Helena hasta que el Torito se murió, aunque el Torito no era gusano ni le pegaba a Helena. Ellos fueron los únicos de los nuestros que hicieron el mismo trayecto que Cleo y yo: villa-masacre-Miami.

A Cleo los gusanos la siguen a todas partes, a ella y a la cabeza de la Virgen, ese pobre homenaje de pobres que ahora califican de reliquia, el pedazo de cemento pintado que también sobrevivió a la masacre y que Cleo acarreó por toda América y por toda la escala social, hasta llegar al norte y a la titularidad de numerosas cuentas bancarias.

Pero el camino fue largo. Esa mañana luminosa y pobre en la que empezamos a importar solo nosotras tres, nos fuimos a comer al Fondeadero vestidas como pudimos: Cleo con la ropa de la dueña de casa, la diva de la tele que la había amadrinado cuando niña y le había dado las llaves para que usara su mansión del Tigre cuando quisiera. Yo me puse ropa de hombre, vaya a saber de quién pero era lo único que me entraba a esa altura del embarazo, que no era mucha pero era notable. El metro noventa de Cleo era demasiado para todos los trapos de la reina de la TV, que arañaba el metro sesenta, así que mi novia se engalanó con apretados pero puros Versace de volados y animal print «que no por cortos pierden elegancia», según juraba segurísima bajo la peluca lacia y rubia que la hace parecer una especie de Doris Day de albañilería y que me vuelve loca. Fue una fiesta ese almuerzo. Comimos fideos a la boloñesa bajo la mirada del tatarabuelo inmigrante de bigotes engominados fundador del restorán, ese bodegón de principios del siglo pasado, prestas a ser inmigrantes nosotras también. El yate llegó ese día. Lo había mandado Daniel, con visas y pasaportes. Nos llevó a Montevideo. A Miami fuimos en avión, como corresponde. Nos cambió un poco la identidad; yo terminé siendo Catalina Sánchez Qüit y Cleo logró uno de sus sueños más difíciles: tener su nombre en los documentos. Desde entonces, por fin y para siempre, se llama Cleopatra Lobos. Cuando peleamos, a veces, le digo que lleva el lupanar hasta en el apellido. Ella ya no se ofende «por nada», dice. «Qüity, mi amor, me pasó de todo a mí, no me humilla nada ya. Y menos este ataque de moralismo que te agarró desde que estamos en

Miami: vos, que bien que te calentastes conmigo viendo bien de cerca lo puta que era, no me podés venir con estas pelotudeces ahora, corazón». Nos fuimos con algo de guita, unos diez mil dólares que yo tenía ahorrados y unos cinco mil que nos regaló Daniel. Como le gusta recitar a Cleo, «la plata llama a la plata» y acá estamos, con muchos dólares, hechas unas señoras ricas del primer mundo.

3. Cleo: «Fue por la Virgen María»

*Fue por la Virgen María
que cambió toda mi life:
me empezaron los milagros
y hasta la villa fue nice.*

Ay, Qüity, si empezarías las historias por el principio entenderías mejor las cosas. ¿Que cuál es el principio? Ternura de mi corazón, hay un montón de principios porque hay un montón de historias, pero yo quiero contar el principio de este amor, que no te lo acordás bien vos, Qüity, un poco contás las cosas como fueron y otro poco no sé qué hacés, mi amor, ponés cualquier pelotudez, así que yo también voy a contar la historia nuestra. Te la voy a grabar, mi vida, y vos la vas a poner en tu historia. Pará, pará, apareció Cleopatrita, ¿qué hacés acá, mi amor? ¿No te dijo mami que te quedes abajo con Lily? Sí, bajá, corazón, que mami termina un trabajo y va a jugar con vos. Sí, está bien, bajo y jugamos con las barbies. Perdón, acá estoy otra vez, voy a desconectar los teléfonos y a cerrar la puerta así sigo contando en paz.

No, no voy a poder contarlo todo: hay cosas que todavía no sé. No es que me importe demasiado saberlas, no me cambian la vida, pero me dan curiosidad, me carcomen un poco, es parecido al hambre o a las ganas de coger, ay, curiosidad es, no entiendo qué es lo que no entendés de eso. ¿Lo que llevó a Eva a la manzana? ¡Para gastarme sí que te agarra la intriga! Qué sé yo qué llevó a Eva a la manzana, mi amor. Son rojas, tienen lindo olor, le habrán dado ganas de morderla. Tampoco me parece que tenga que

explicar demasiado: cualquiera menos vos, Qüity, que sos medio extraterrestre, puede entender la curiosidad. Y no seas boluda: no me mandés a preguntarle a la Virgen porque ya te expliqué quinientas veces que a la Virgen no le gusta que le pregunte cualquier cosa, pone cara de harta, se calla y no la hace hablar ni Dios. No, no estoy segura de que no la haga hablar ni Dios. La cuestión es que se pone un poco del orto si le pregunto demasiado. No, no sé por qué, tal vez la cansamos sus médiums, somos todas minas, seremos chusmas. Que los chongos también son chusmas. Sí, ya lo sé. Bueno, seré machista yo también, Qüity, aunque haya renunciado a ser un macho según decís vos, que no sos curiosa un poco porque todo te importa un carajo y otro poco porque agarrás y te inventás las historias que te vienen bien. La verdad es que no fui nunca un macho, querida mía.

Pero no quiero hablar de eso hoy, quiero hablar del principio y que yo haya sido o no un macho no es el principio de nada, me parece. Ese día los vi bien a ustedes en la villa. Era muy temprano y llegaron fresquitos, como listos para un picnic, vos incluso tenías zapatillas y pantalones de aventura, la misma clase de ropa que te ponés ahora para ir de vacaciones a la selva; te creías que ir a la villa era ir de safari, qué sé yo qué te creías, parece que no te habías dado cuenta de que nosotros nos vestíamos normal, como todo el mundo, con ropa de ir a trabajar o de ir al baile o de estar en casa, no como vos que te venías como si fueras a cazar un oso o a pisar arenas movedizas. Daniel parecía un tipo fino, qué lindo chongo era Daniel, me gustó ese día cuando lo vi, esos ojos azules y ese pelo plateado que tenía me mataron. Bueno, Qüity, vos tampoco eras virgen y sabés que antes de vos yo con las minas nada, no había pasado de chupar alguna concha cuando mis clientes más viciosos pagaban por el show. Pero no estoy hablando de eso, estoy hablando de Dani. Pensé que era policía porque sacaba fotos con disimulo todo el tiempo mientras desayunábamos pero también parecía demasiado cheto para policía y además estaba al lado tuyo que creí que eras del equipo de producción de algún programa de la tele, parecías una de esas pendejas zarpadas que a la villa venían solamente a filmar documentales o a comprar merca, media reventadita,

enseguida te saqué la ficha yo a vos. ¡Y mirá cómo terminamos, mi reina! ¿Vos te lo imaginastes alguna vez? ¡Madres de familia con deck al Caribe y fama internacional! Desde el milagro de la Virgen en la comisaría esperaba maravillas de la vida yo, pero ni loca me imaginé que iba a estar acá hoy, madre de tu hija, en un palacio, saliendo por la tele todo el día. Eso sí sabía desde chiquita: quería ser vedette y estar en la tele, incluso te diría que más estar en la tele que ser vedette. ¿Que me salió bien? Un poco sí, un poco no. En la tele estoy pero vedette no soy, más bien sería medio monja aunque parezca una trola como vos decís que parezco; yo sé que soy famosa porque hablo con la Virgen y no por las tetas, que las tengo y bastante grandes. Para haber sido heterosexual hay que decir que te prendistes como una loca, no parabas más, y con esos pezones de yegua que te gustan tanto y que tan caros nos costaron en su versión miamense me hicistes sentir la loba de Rómulo y Remo.

Qüity, mi amor, yo me doy cuenta de que estoy en la tele por la Virgen y por los muertos y por vos que escribiste casi todas las letras de la ópera cumbia que me lanzó al firmamento de la fama latina mundial. Y ahora estás haciendo este libro y yo me imagino que se lo vas a vender a Hollywood y que el hijito trola y salvadoreño de Madonna va a interpretar mi papel. No, la Virgen no dice nada. A ella que es una estrella hace dos mil años te imaginás que la fama precedera no le interesa aunque entiende, no sé cómo, pero parece que le quedó bien grabado en la memoria eterna su corazoncito de mortal y entonces sigue entendiendo aunque parezca mentira, ¡lleva como dos mil años muerta y todavía se acuerda! Ay, dos mil años de inmortal quise decir. Tus dioses griegos también entienden. Y no, Qüity, no es tan raro que entiendan si ellos nos hicieron o si a ellos los hicieron los mismos que a nosotros. ¡Ay! Cómo sos, no sé por qué te quiero yo a vos; no me dejás un minuto de paz, como si tuviera poco con María Cleopatra, que ni bola le das vos, mi vida, aunque hayas tenido el privilegio de llevarla en tu vientre. Ya sé que a los lagartos también los hizo Dios y que a vos no te parecen comprensibles los lagartos aunque tengamos el mismo padre. A mí me parece que yo a Juancho lo entiendo bastante: desde que lo cambié de piletta y le doy ranas

orgánicas y salmón patagónico me mira con cariño; quiere estar cómodo y comer rico y ser querido, ¿te suena tan raro eso, boludita? Sí que quiere ser querido, hasta las piedras quieren ser queridas. Y no digo boludeces. Este es mi turno, y yo te voy a seguir grabando mis comentarios, Qüity, que vos escribís todo y yo quiero contar mi verdad también. Ya sé que vos no dijiste nunca que yo sea boluda pero en tu libro parezco, así que vas a meter esto que te estoy diciendo, amada mía, y si no, me sacás del libro. O lo voy a meter yo, que tengo derecho a hacerme escuchar.

Esa mañana, entonces, pensé que él parecía un cana cheto pero como estabas vos creí que eran de la tele o algo así y que estarían haciendo un documental en secreto, qué sé yo por qué en secreto, no pensé tanto, igual no me preocupaba mucho porque ya sabía que en la tele iba a salir igual, eso sí me lo había dicho la Virgen, y esa mañana estuve segura cuando la Santa Madre se evaporó por los aullidos de Susana, te acordás, sí, ya sé que vos escribistes eso, pero ahora me lo acuerdo yo, qué sé yo por qué te pregunto si ya sé, Qüity, no es todo tan sencillo en la vida, estoy hablando y te pregunto por cariño supongo, porque compartimos memorias, porque ya no sé ni pensar en mí sin hablar con vos. Dejó la silla de ruedas enterrada y se fue aullando Susana, chapoteando en el barro como una pendeja con sus piernas recién curadas, agradeciendo el milagro y jurando que me daría un lugar en su nueva temporada. Yo medio me calenté por los gritos: «¿Qué hacen tanto quilombo, che? A la Virgen no le gusta, se fue y ni siquiera me dio un beso como hace siempre. Nada más dijo “rezad, hija mía, que Dios os ayudará y io cuidaré a vosotros” o algo así», hablaba más en español que ahora la Virgen, ¿te distes cuenta?

4. Qüity: «la Virgen hablaba como una española medieval»

La Virgen hablaba como una española medieval y el día empezaba con la primera cumbia. Cada uno articulaba lo que quería decir en sintaxis propia y así armamos una lengua cumbianchera que fue contando las historias de todos, escuché de amor y de balas, de mexicaneadas y de sexo, cumbia feliz, cumbia triste y cumbia rabiosa todo el día. Ahora no quiero escuchar más. Por eso este salón blanco, estas ventanas blindadas, esta temperatura controlada. Escribo lo que pasó antes y nada o casi nada varía a mi alrededor: mi hija crece ruidosamente en otra parte de la casa y Cleo envejece y se confunde hasta la identidad con las señoras prósperas, oxigenadas y atorrantas de Miami. Aunque la religiosa es ella, yo soy el monje en esta familia; Cleo vive sumida en lo que cambia, con las ventanas abiertas y a los gritos, como vivíamos entonces. Habíamos instalado un sistema de intercomunicación en base a celulares truchos, pero fue al pedo; la costumbre de pasarse el grito, «la Colorada se puso dientes», «vienen los ratis por la colectora», «parece que la Jéssica tiene un novio nuevo» o lo que fuera, de casilla en casilla, no sufrió mengua o si la sufrió fue porque cualquiera se aparecía en la casa de cualquiera a cualquier hora. Cuestión de llegar con facturas o papas fritas, salamines y cerveza y empezaba o seguía la fiesta. Era así, desde su centro mismo la villa irradiaba alegría. Parecía cosa de la Virgen y Cleo, pero éramos nosotros, era la fuerza de juntarnos.

Ahora lo sé, pero ya no soporto un ruido más, creo que si alguien pusiera cumbia a todo volumen lo ametrallaría. No me puedo juntar más,

casi no salgo, como la loca del desván pero moderna: la maniática del búnker soy. Curiosamente este aislamiento es mi mayor marca de adaptación a la sociedad americana. Formo parte del Bunker's Club, una asociación de enfermos de mierda encerrados en incubadoras tan inviolables e impenetrables como autónomas. Yo podría pasar dos años sin salir de acá y hay quienes están equipados para encerrarse diez o veinte, pero siempre pensé que el que se encierra diez no sale nunca más, como el monje ese del Cuzco que estuvo veinte años metido en una cueva pintando infiernos, y sí, qué iba a pintar veinte años adentro de una cueva, y cuando salió, salió muerto. Yo salgo a veces, al sol. Me voy a la playa con María Cleopatrita y hacemos muñecos y castillos de arena y ella se ríe, feliz con esta madre toda para sí. De ella también me aparto: pienso en la isla llena de mosquitos y húmeda hasta la asfixia donde dormí buena parte de mi embarazo. Puedo pensar en antes, la villa, y en después, la huida, pero no puedo recordar detalles, fechas, nombres, sé que olvido, mi memoria está amasijada por lo que no puedo recordar pero recuerdo, a Kevin con las patas en la fuente y la frente en el barrial y el barrial lleno de sangre y las carpas desteñidas flotando en la superficie del estanque.

La huida iba a ser más o menos veloz. Pensábamos llegar remando a Carmelo, Uruguay, pero al final nos quedamos como tres meses en la isla. Yo siempre con Cleo y

Cleo siempre con la cabeza de la Virgen Cabeza, ese pedazo de cemento que aún hoy, cuando el éxito de nuestra ópera cumbia nos ha permitido comprar arte, ocupa el lugar central del living. Porque el centro del living de mi casa es un altar. Yo no creo ni en la Santísima Trinidad ni en su legítima esposa, madre, hermana e hija dilecta, pero vivo con Cleopatra, mi esposa, madre de mi hija, la amo y asumo esta trinidad. Habíamos empezado a irnos en marzo y no terminamos de partir hasta fines de junio, casi dos años después de que Daniel y yo emprendiéramos divertidos el camino a la villa.

No sabíamos que ese camino era como una curva o un pasaje a otra dimensión, el cambio de pantalla más importante de nuestras vidas. O por lo menos de la mía, no sé si Daniel pudo cambiar la suya, me parece que

no. Habíamos tomado café en la autopista... tiene que haber sido uno de los primeros días de noviembre: me acuerdo bien de la multitud de negritos con las manos brotadas de flores blancas. Al grito de «¡jazmines!, ¡jazmines!, ¿no querés unas flores, linda?, cómprele unas a la chica, jefe, son unas moneditas», se arrojaban sobre el parabrisas. Yo quise, Daniel apreció el perfume y el pibe se fue con las moneditas y el cuerpo entero: tuvo suerte, frecuentemente eran aplastados en sus arrojos, cada tanto ensuciaban de tripas y sangre el asfalto y nadie paraba y los pibes terminaban lisitos como también terminaban los perros en las mismas rutas.

Uno de los primeros días de noviembre fuimos a la villa, entonces, Daniel y yo, esa precariedad de persona del plural sostenida ¿en qué?, ¿cuáles habrán sido los puentes que nos unían? Duraron bastante, para siempre duraron: desde que nos encontramos hasta su muerte. ¿Esa fe pueril que tenía en sus fotos Kirlian habrá sido? Ha de saberse que mi aura es azul y «el azul es el color de las almas nobles» afirmaba Daniel con certeza sin fisuras. Una especie de fe de ingeniero tenía; necesitaba de la óptica y de toda la sofisticación electrónica de su cámara Kirlian para creer en una existencia, la del bien, y en un color absoluto, el azul. Había bien en mí, según Daniel. Semejante certeza ¿no es puente suficiente?

Pero no todo era aura entre él y yo. Nuestra relación había empezado siendo laboral: yo era periodista de policiales en un diario grande y él era funcionario de la SIDE. Nos habíamos conocido cuando me habían mandado a cubrir un caso horrible, el asesinato de una adolescente pobre en una fiesta de adolescentes ricos. «El homicidio», decía Daniel, que no siempre le temía a los lugares comunes, «a veces es un mal necesario». Pero haber llenado a una pendeja de merca para después llenarla de leche y vaciarla de sangre desgarrándola como «si una manada de tigres se hubiera cogido a una cierva mientras se la desayunaba», hasta que estuvo casi muerta y haberla enterrado cuando estaba casi viva no le parecía propio del reino de la necesidad. Además, esto lo pensé yo, los ricos eran ricos pero no tanto como para ser inimputables, «y esto no es Ciudad Juárez», explicó Daniel. Parecía sinceramente indignado: «No tenían por qué hacer

algo así. No había necesidad: esos hijitos de puta se dieron al lujo o peor, a la lujuria o peor aún, al vicio de matar para gozar», sentenció el estoico que creía en el asesinato sin placer, durante ese café inaugural de los cientos que tomaríamos. No nos unieron solo sus fotos Kirlian: él también había estudiado Letras y también había dejado. En su caso, por la SIDE, «errando el camino: hice de mi vida una novela de espionaje triste y aburrida cuando lo que hubiera querido era escribir una apasionante», me dijo esa noche en el bar, dos o tres años antes de la mañana de noviembre que fue, sí, la primera de lo que hoy creo que es el resto de mi vida y de lo que entonces creí que sería de algún modo una vuelta a la literatura. Yo también había querido ser escritora y había sido estudiante de letras clásicas, pero dejé mis ambiciones artísticas y el griego por el diario y la buena cocaína que me garantizaba el trato fluido con la policía. Lo único que hacía era trabajar y tomar merca y mis fuentes, mis policías, dealers, ladrones, jueces, abogados y fiscales, se fueron haciendo mis amigos, mis amantes, mi familia. Eso era mi vida.

Cuando Daniel me contó algo de la historia de Cleopatra, pensé que había encontrado el tema para hacer el libro que me permitiría postular a los cien mil dólares que la Fundación de Novoperiodismo adelantaba para financiar las crónicas que le interesaban. Y una travestí que organiza una villa gracias a su comunicación con la madre celestial, una niña de Lourdes chupapijas, una santa puta y con verga les tenía que interesar. Y yo podría dejar el diario y volver al principio, a la literatura, a los griegos, a la quieta vorágine de las traducciones y a la violencia seca de las polémicas de academia.

Y de alguna manera fue así: esa mañana de noviembre Daniel, que creía que en mí había bien, y yo, que quería que lo hubiera, entramos a la villa. Noviembre, las flores blancas, la merca, el amanecer en la autopista, la redacción, Daniel, su cámara Kirlian, yo, mi Smith & Wesson, los puentes, el asfalto, las tripas, el campo de golf, todo, todos entramos a la villa por el declive verde de grass que se estrellaba contra la mugrosa muralla marquesina de El Poso, ese centro abigarrado y oscuro, ese amontonamiento de vida y de muerte purulentas y chillonas.

5. Qüity: «Todo empezó con los canas»

*Todo empezó con los canas
que me rompieron la cara
ahí vino Santa María
que me la dejó bien sana
y dijo que no quería
que yo ande chupando pijas
como crazy todo el día.*

Pero antes de caer a la villa desde las tierras más altas de la autopista como el agua que la inundaba con frecuencia, a Cleo la vi, bella, y la escuché, elocuente, en una pantalla. Dani había copiado videos de la villa El Poso y el prontuario de Hermana Cleopatra, como le decían entonces. Era bastante ilegal, se supone que lo que filma la SIDE solo pueden verlo ellos y que es destruido si no hay delito. Desde que las murallas de la villa habían sido erizadas de cámaras, la rutina devocional de la «Hermana» parecía la puesta en escena de una diva de la tele. Cleopatra, «Kleo» cuando anunciaba en el rubro 59, antes de que Dios le hablara, adoptó, después de que Dios le habló, un look Eva Perón y un dominio de cámara semejante al de Susana Giménez, la pasión de su infancia. El primer registro que tenían de ella provenía de un hospital, de una cárcel y de diarios de papel. Tenía doce años, todavía se llamaba Carlos Guillermo y su padre casi la había matado a trompadas «por puto del orto», según le explicó al periodista de *Crónica*, que tituló: «Barbarie homofóbica. Casi mata a su hijo mayor porque el nene quiere ser como Susana». Fueron a

entrevistarla al hospital, la diva se conmovió cuando supo cuánto la adoraba el nene, lo invitó a su programa y ahí Carlos Guillermo decididamente se transformó en Kleo, todavía en muletas, pero bailando encantada con las boas que la diva le puso al cuello. Pocos años después volvió a las luminarias: por una vez, los más pobres gozaron de la última tecnología. Si los ricos tenían cámaras y murallas, ¿por qué no amurallar y poner cámaras en las villas? Ellos también merecen seguridad y que alguien los cuide de las bandas de pibes chorros que, sí, incluso a ellos les roban, fue el argumento de clases medias, altas, funcionarios y medios de comunicación. A los pibes no les gustó un carajo, al principio les tiraban con pintura a las cámaras, pero al día siguiente entraba la cana y se llevaba al que tenían filmado; después se pusieron pasamontañas como los antiguos zapatistas, y entonces la cana reventaba la casa de cualquiera para que denunciara al culpable. Al final se resignaron: cuando salían a chorear compartían el botín con los policías. Las cámaras siguieron filmando, los videos empezaron a circular y Cleopatra disfrutaba. Con el pelo recogido como la abanderada de los humildes, caminando a los saltitos como la reina de la TV y rubia como las dos, la «travesti santa», rodeada por una corte de chongos, putas, nenes y otras travestis, predicaba abrazada a la estatua de la Virgen que un albañil agradecido le había hecho en el potrero de la villa. Medio cabezona, narigona, un poco raquítica, con una cruz en la diestra y un corazón en la siniestra, María presidía las reuniones mirando para arriba «como si se estuviera comiendo una poronga por el culo», describía Jéssica, la sobrina de Cleo, que evidentemente agradecía al cielo cada vez que tenía esa experiencia. «Una noche», Cleopatra contaba en el video el primer milagro a sus seguidores, «allanaron el departamento en el que laboraba». Ella había hecho karate cuando era chico y durmió a un par. Se la llevaron a la comisaría. Cortaron los cables de las cámaras y al grito de «marica de mierda, ahora vas a ver lo que es un macho», le pegaron y se la cogieron entre todos, incluidos los presos, en una clara evidencia de lo democratizada que está la fuerza desde que los mandan a la universidad. A punto de ahogarse en su propia sangre y la leche de toda la comisaría, tuvo una visión: la Virgen, «divina, más rubia

que Susana, toda vestidita de blanco, como con una túnica de seda parecía que estaba, me limpió la cara con una carilina que no sé de dónde la sacó ella, la tenía en la manga me parece, bueno, qué sé yo dónde la tenía, me preguntan cada boludez ustedes, me sentó en sus rodillas y me dijo que no me preocupe, que ella me iba a cuidar, que a ella no le iban a matar más hijos, que qué se creían. Me dijo que tenía que cambiar de vida, que hacía mal andar por ahí “foiando”, que quiere decir garchando, todo el día, que me cuide. Como en español hablaba, parecía la reina Sofía, a mí me daba un poco de risa. Me preguntó de qué me reía y yo le conté y es tan buena que no se enojó, se rio ella también y me dio un beso en la frente. Que soy muy simpática y que me case con su hijo, que él me iba a cuidar también, me dijo. Y me empezó a contar cosas que iban a pasar y después cosas que pasaron, a mí me pareció que estuvo años conmigo, como si hubiera vuelto el tiempo atrás y ella me agarraba desde que era chiquita, después de que mi papá casi me mata, y me curaba de todo, si hasta dejé de estar renga cuando me desperté. Los canas casi se mueren: ellos creían que yo estaba muerta y yo me levanté como si nada y les dije que se arrepientan, que Jesús y la Virgen los iban a perdonar si se arrepentían y vinieron al calabozo donde me habían tirado y vieron todo limpio y divino y yo que estaba espléndida, como si hubiera pasado la noche en un colchón de plumas con sábanas de raso estaba, desayunando, la Virgen me había dejado té con leche y medias lunas. Duros se quedaron cuando me abrieron la puerta y me vieron que salía caminando bien como una reina, sin marcas, como para la tele estaba esa madrugada».

6. Qüity: «La madrugada después»

La madrugada después de ver el video, Dani y yo salimos corriendo a la villa. Él quería sacarle una foto Kirlian a Cleo y yo, escribir la crónica del año. A mí me gustaba manejar para el norte, ver el río aunque sea en las bocacalles, sentir el olor del agua, amansarme como el paisaje cuando se va aproximando el Delta. Esa vez quedó en aproximación nomás, bajamos de la autopista apenas vimos la villa. Está en la parte más baja de la zona: todo va declinando hacia ella suavemente menos el nivel de vida que no declina, se despeña en los diez centímetros de la muralla, cuyo potencial publicitario la municipalidad no descuidó. Era el último espejo de los vecinos pudientes, la última protección: en vez de ver la villa se veían a sí mismos estilizados y confirmados por los afiches, en la cima del mundo con sus celulares, sus autos, sus perfumes y sus vacaciones.

Una pena que tanta plenitud fuera interrumpida por las puertas mugrosas de los pobres. El arco era encantador, «Bienvenidos a El Poso», decía en letras de colores, y unas palomitas de cemento pintado intentaban, supongo, sostenerlo con los picos, aunque más bien daba la impresión de que se habían estrellado: eran como unas pelotas aplastadas, con alitas, contra los vértices del cartel. A un lado de cada puerta, garitas policiales decoradas con esmero y en varias capas: en la primera, el azul oscuro de rigor; en la segunda, el escudo con la gallinita de la bonaerense; en la tercera, sirenitas pelirrojas, un submarino amarillo, el niño dios caminando por un charco celeste, peces verdes, flores de mar, todos con ojitos y sonriendo sobre el azul oscuro de la fuerza de seguridad de la provincia. Las otras capas consistían en graffitis de poronguitas para todos, incluido el niño dios. Si no fuera por ellas y por el olor a mierda, se

hubiera tenido la impresión de entrar a un jardín de infantes católico de un barrio marginal. Un dibujito más, un pulpo asombrado pareció el cana cuando asomó la cabeza. Inteligencia y prensa, las credenciales que portábamos Daniel y yo, nos franquearon la entrada.

«Adelante, señor», «que tenga buen día, señor», el pulpo respetaba las jerarquías aunque no podía con su curiosidad.

—¿Vienen a ver a la Hermana, señor?

—¿Cuál es su nombre, cabo?

—John-John Galíndez, mi comisario.

—¿Usted es el artista, Galíndez? —preguntó Dani malicioso, mirando el decorado de la garita.

—Negativo, señor. Fue la Jéssica, la sobrina de la Hermana. ¿Gustaría un mate, señorita?

—Sí, gracias, John-John. ¿Mucho trabajo?

—No, la verdad que no... desde que la Virgen anda por acá la villa está muy tranquila. Muy tranquila está. Los quilombos los tenemos con los de la Cóndor ahora. Hasta los faloperos madrugan para escucharla a la Hermana que los consuela a todos. Parece mentira, usted no se imagina, comisario, con perdón de la señorita, era una flor de yegua, laburaba en un bulo acá en San Isidro, cerca de la

Catedral. Era carísima, para gente fina —bajó la voz Galíndez y miró para los costados antes de seguir—, la amante del obispo parece que era.

—¿No está un poco crecida para los gustos del obispo, cabo?

—Y... yo no sé, yo no soy periodista, usted sabrá, señorita, esas son cosas que se dicen, quién sabe, pero toda regla tiene su excepción, ¿no? —otorgó el cabo—. Además, la Cleopatra también fue chiquita antes de ser grande.

—Y antes de ser Cleopatra —acotó Daniel y el cana se rio, se hizo amigo, seguramente pensó: «qué taquero macanudo» y se largó a contar irrefrenable: hacía ocho años que estaba de servicio en esa comisaría. El día del milagro no estaba, pero había estado otros. «La Hermana nos perdonó a todos», repetía y repetía, asombrado de que cosas como las que él mismo había hecho encontraran perdón de la víctima. Tenía razón si se

admiraba, cosas como esas no deben perdonarse aunque Cleopatra opine que soy una resentida y que si alguien no para nos vamos a matar entre todos. El cabo nos siguió contando: «Es de no creerse, pero el milagro lo vi yo también. Tenía una pierna más corta que la otra la Cleopatra, por la paliza que le había dado el padre. Imaginesé, había sido policía, el sargento Ramón Lobos, aunque después lo echaron por quedarse con unos vueltos. Cuando el nene le salió así, raro, digamos, lo quiso matar. En la Fuerza todavía hay mucho prejuicio».

Creo que era una mañana de noviembre, como ya dije, sin embargo recuerdo aire frío. Nos metimos en la garita de John-John, que siguió cebando mate y explicándonos los prejuicios de la Fuerza: «En la universidad nos dan los cursos de derechos humanos. Para la prueba todos ponen que está mal discriminar a los negros, los putos, los judíos, los bolitas y después, cuando les pueden dar, les dan. Pero acá ya no: ni a los negros les damos, tenemos que defenderlos de la Agencia». No mentía: era de público conocimiento que les habían sacado todos los quioscos a los canas, que terminaron defendiendo a los villeros porque necesitaban mano de obra. Estaban desesperados, alguien tenía que salir a buscar la plata que faltaba como nunca había faltado y alguien tenía que enfrentar a sus colegas, los de la seguridad privada, «liderados por ese loco de mierda», definió John-John, «la Bestia, que se cree que le habla Dios pero que nadie le vio hacer ningún milagro, como no sea quemar a alguna puta que no le paga su parte y quedarse siempre con toda la guita. Eso no puede ser cosa de Nuestro Señor Jesucristo». Lo último que nos contó fue que después del primer milagro de Cleopatra se arrepintió hasta el comisario: terminó llorando «como un nene, en la falda de la Hermana», más o menos como todo el mundo, como yo misma sigo terminando cada tanto aún hoy, aún en mi búnker miamense. Pero mucho antes de que esto sucediera salimos de la garita y entramos a la villa. Y aún antes de que la villa me significara algo más que un detalle triste al costado de la autopista rumbo al Delta, conocí a la Bestia, ex policía, capo de la Agencia de Seguridad más fuerte del conurbano, mandamás de la prostitución en la provincia y testaferro del jefe Juárez, el empresario con más poder en el mercado nacional. Ni

siquiera hablé con la Bestia. Apenas lo vi. Pero terminé uno de sus trabajos y esa mínima intervención me dejó del otro lado, del de mis fuentes, los que yo entrevistaba antes. Eso también me unió a Daniel.

7. Qüity: «Ese día había trabajado horas y horas»

Ese día había trabajado horas y horas cubriendo el secuestro de un empresario en Quilmes. Terminé comiendo con la futura viuda y los futuros huérfanos mientras esperaban el llamado de los captores. No llamaron y se hizo tarde, serían ya las tres de la mañana cuando empecé a volver a casa.

Atravesé el centro quilmeño despacio porque había tomado, atravesé la primera parte de la villa que rodea a la autopista, más despacio porque suele haber caballos y borrachos sueltos, y cuando empezaba a atravesar los últimos quinientos metros hasta la subida y quise acelerar, se hizo la oscuridad: se apagaron todas las luces de la zona, las que titubean amarillentas desde las ventanas y los agujeros de los ranchos colgados del tendido eléctrico techo por techo como calabazas de un Halloween miserable o lucecitas de una navidad en el infierno. Se hizo el silencio también. Solo escuchaba el ronroneo asordinado y grave de los motores que pasaban arriba, a medio kilómetro, en la autopista iluminada, promisoría y distante como una orilla para el que se está ahogando.

Apagué las luces del auto; no iluminaban gran cosa y además, como todos sabemos, ser lo único visible es muy parecido a ser el único blanco. Saqué la 38 Smith & Wesson que llevaba en la guantera y la puse en el asiento del acompañante, sin ninguna certeza de que fuera a servir para algo: aunque la autopista recortaba la negrura y le daba un marco de cierta normalidad a la escena, la quietud y el silencio, que eran casi sólidos — hacían temer un ejército de zombies, no una banda de pibes chorros—, me

oprimieron los pulmones y el cerebro hasta que me quedó aliento para una única idea: irme a la mierda de ahí. En la calle no había un alma, no se escuchaban ni el llanto de un pendejo ni el compás de una cumbia ni el traqueteo de un carro ni el ladrido de un perro y lo único que se movía, oscuro y lento, era mi auto, como si solo yo existiera. Pero estaban todos ahí: apagar la luz y silenciar hasta la respiración es la estrategia villera para mostrar que no hay testigos, que nadie quiere tener nada que ver ni nada que escuchar de lo que está pasando.

Lo que estaba pasando llegó segundos después que el apagón, al revés que un relámpago: primero el ruido, un aullido espeluznante que me petrificó en un alerta animal, en una alarma erizada de esas en las que la conciencia tensa hasta en los pelos. Lo único que atiné a hacer fue apretar el acelerador y agarrar el revólver, pero para eso solté el volante y terminé arriba de un cordón, haciendo un ruido estruendoso, metálico, el único además del aullido, el que hizo el poste que se incrustó entre las chapas de la puerta de atrás. Todo lo demás seguía oscuro y quieto como un escenario vacío. Y después llegó la luz: era una llamarada humana corriendo una carrera epiléptica, con movimientos imposibles para un cuerpo humano y en un grito desgarrador, corría como quien cae, se abismaba sobre sus propios pies, contorsionándose al calor del fuego que la quemaba viva y la ondulaba con dinámica de llama.

Yo la miré caer. Porque tenía zapatitos con tacos supuse que era una chica. La vi caer pensando que no se podía mirar una caída semejante sin hacer algo y tuve que pensarlo bastante, dos, cinco, ¿diez segundos?, hasta que se me hizo imperativo, para poder moverme, agarrar el tapado y bajar del auto. Estaba tan dura que creí que el frío de la noche me haría añicos como si fuera un vidrio, pero no me hizo, el olor de la carne quemada por el fuego no me hizo añicos, abrazar con mi tapado de paño rojo a la mujer que gemía y aullaba y respiraba con estertores de ballena moribunda y que rechinaba los dientes como los condenados del infierno de Dante no me hizo añicos, sentarme en el piso y ponerla en mi regazo como si fuera un bebé para apagarla del todo no me hizo añicos, mirarla a los ojos que le quedaban vivos en la carita carbonizada no me hizo añicos, decirle que se

quede tranquila, que ya pasaba todo, mentirle que iba a estar bien no me hizo añicos, acercarle el cañón de la 38 a la sien no me hizo añicos, acunarla no me hizo añicos, embadurnarme de la carne y los fluidos de su cuerpo asado no me hizo añicos y dispararle y quedar bañada con el spray de sangre y sesos que le salió de la cabeza tampoco me hizo añicos.

En el silencio de la villa, mi balazo sonó como un petardo en un barril de metal, como mi corazón retumbaba en el vacío de mi cuerpo: ese ruido quebró algo, como el terremoto que rasgó las cortinas del templo cuando murió Cristo. Mi mano armada se alzó como se alza una barrera y me fui de mi vida para siempre.

El ruido del balazo me recordó el peligro, nadie más había aparecido todavía, y adopté la primera de las muchas estrategias villeras que marcarían mis hábitos desde esa noche. Caminé hasta el auto sin hacer ruido como si algún silencio pudiera borrar el estruendo del tiro de gracia que acababa de dar y cuando me subí, y estuvo bien cerrado, aceleré, tiré el poste abajo y salí arando. Por el espejo retrovisor pude ver primero las luces de los camiones de Crónica TV haciendo foco en la chica y las luces azules de los patrulleros, que llegaban después, pero no paré hasta Palermo, hasta que llegué a mi casa y me vi en el espejo del baño durante las horas que cagué como si me hubiera comido a la muerta entera.

Estaba negra, tenía costras pegadas en la cara y en la mano, como si hubiera abrazado un costillar pasado y en el antebrazo derecho el spray de los suicidas y de los que matan a quemarropa, el que había visto en tantos muertos y el que me habían relatado tantos forenses para justificar sus hipótesis, esa trama de puntos con volúmenes irregulares de sangre y seso y pólvora y sentí el miedo hasta en la sangre que me sacudía a cada latido. Me bañé, con una esponja Mortimer y detergente, con jabón blanco, con gel de baño y con espuma. Pensé en quemar la ropa pero no quería ver fuego ni en las hornallas de la cocina así que metí toda la ropa, hasta la bombacha que tenía puesta, en lavandina, y como el corazón me seguía tronando como petardazos en una caja fuerte, me tomé media caja de Alplax y me fui a la cama y me quedé sentada con el revólver, que también pasé por lavandina. Estaba loca como Macbeth con las costras de

sangre, pero ser del siglo XXI tiene sus ventajas: la farmacología contemporánea anestesia al más angustiado de los asesinos. Dormí un día entero y tuve pesadillas y cuando me desperté encontré mensajes de Daniel, que me contó lo que sabía: al lado de la chica encontraron un papel que tenía pegadas letras de diario, un género nuevo, dijo Dani, algo así como un pop bíblico y siniestro con sus diferentes tamaños, sus diferentes tipografías y sus diferentes colores. Decían: «el olor de la carne quemada por el fuego apaciguará a Yavé». Se había difundido la teoría de que se trataba de un crimen mañoso y no sabían a quién atribuírselo, según los medios. Pero sabíamos todos. Daniel sabía y yo lo supe cuando escuché el verso del Levítico. No podía ser nadie más que la Bestia.

Daniel vino a mi casa y me hizo una síntesis de toda la información que tenía: la chica era paraguaya, se llamaba Evelyn, tenía dieciséis años y hacía tres que la buscaba la Interpol, desde que había desaparecido de su casa en Ypacaraí. Los diarios decían sospechar que la había secuestrado una red de trata de blancas. Daniel estaba seguro. Y yo también.

«Alguien le dio un tiro de gracia», dijo él. Yo no podía casi respirar, tomaba whisky y miraba las fotos de Evelyn que Dani había sacado de los archivos de Interpol. Me había jurado a mí misma silencio: matar a alguien, por más eutanásica que sea la intención, es un homicidio y los homicidios tienen largas condenas en todas las justicias. Contárselo a alguien era entregarse. Pero también podía ser alguna clase de absolución, una complicidad para compartir la carga de la muerte, un apoyo, una liberación o una caída en esa dimensión de voluptuosidad que nunca está ausente en el acto de entregarse a las manos de otro. No sé: tal vez fue solo la verborragia propia de la borrachera, nunca pude tomar sin hablar de más y tampoco pude nunca atravesar una situación difícil muy lejos de una botella de J&B. Había elegido bien al confidente: Dani me abrazó, me sacó fotos Kirlian para demostrarme que mi alma estaba tan azul como antes, me sirvió whisky y tomó él también, faltó al trabajo, y se puso verborrágico, le dio rienda suelta a su delirio místico-electrónico, me dijo que la materia tenía cuatro estados, sólido, líquido, gaseoso y bioplasmático, no le molestó que yo dijera que entonces el agua no sería

materia porque en el colegio nos enseñaban a todos que tenía tres estados, me contó que el ingeniero ruso Semyon Dadidovich Kirlian en el año 1939 estaba haciendo un experimento de electroterapia, ¿electroshock?, pregunté yo, pero él siguió: el asunto es que el ruso recibió una descarga cuando tocó un electrodo accidentalmente y justo tenía una placa de papel fotosensible y apoyó la mano ahí y sacó una foto y cuando la reveló vio que aparecían unos halos de luz alrededor de sus dedos; que esa radiación tiene su origen en el desenvolvimiento de los átomos que componen el cuerpo humano, que poseen un núcleo de protones, neutrones y muchas más partículas subatómicas y que alrededor de este núcleo giran los electrones a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, describiendo órbitas elípticas. No recuerdo cómo, pero Daniel me explicó que de alguna manera todo esto se relaciona con el alma: en los colores del aura están los de la psiquis, me aseguró, y aparentemente dio por descontada la relación entre psiquis y alma. Hablaba cada vez más cortado y tartajado mientras se esforzaba por mantener la compostura y me mostraba mis propias fotos, más azules ese día que antes de Evelyn. «El azul», tartajaba, «es el color del bien, Qüity». Después me mostró fotos de su aura o de su alma o de su psiquis, no entendí si para él es todo lo mismo o son cosas distintas. Se veían unos colores tímidos, agrisados alrededor de la silueta de la mano de Daniel. Es que él, empezó a contar a cuatro centímetros del final de la botella, también había matado. Pero lo suyo había sido venganza, no eutanasia, precisó. Me pagó confesión con confesión y quedamos uno en manos del otro. Habló llorando, babeando, tomando whisky del pico, mojándose el pecho con lo que se le derramaba de la boca: él tuvo una hija. Era muy parecida a él, pero hermosa, dijo. La chica era ecologista y católica, estudiaba veterinaria y hacía caridad en las villas castrando y vacunando mascotas gratis. No se enorgullecía del trabajo de su padre. «Ni falta que me hacía», explicó él. Daniel la cuidaba: le había comprado un departamento, mandaba canas a pasear a las villas los días que ella iba, incluso consiguió una legión de voluntarios para ayudarla.

Le hubiera gustado estar más con ella, que vivieran juntos, lamentaba mucho haberse perdido su infancia. No me contó qué pasó, pero él no estuvo. Ella, Diana se llamaba, era una luz. Hasta que un hijo de puta la mató. La secuestró, la torturó y la violó hasta que se aburrió y después le pegó un tiro. La botella ya estaba vacía y yo no podía discriminar si lo que mojaba la ropa de Daniel era whisky, lágrimas o meo, porque se meó esa noche. Pese a que fue en esa época que conoció las fotos Kirlian y con ellas la prueba de la existencia del alma y con el alma la de Dios y el Juicio, no fue capaz de privarse de la venganza. Obviamente no era la primera vez que mataba a alguien, «pero antes no tenía pruebas de que existiera Dios, Qüity». Con pruebas y todo, cuando encontró al hijo de puta se encargó de despedazarlo personal y lentamente. Pero no se sintió mejor, me explicó, su hija ya estaba muerta y desde entonces ya era tarde para todo.

No habló más. Se bañó, se puso un pijama de varón que se había dejado en casa el último tipo que había sido más o menos mi novio, puso su ropa a lavar, limpió el piso, vino a mi dormitorio y me abrazó como un padre toda la noche. Fue el principio de una gran amistad. Por mucho tiempo hablé solo con él y solo cuando nos veíamos.

Me pedí una licencia psiquiátrica, para la que cumplía con todos los requisitos, y me quedé aislada en casa mirando espejos, tratando de ver en mi cara lo que antes buscaba en los ojos de los asesinos cuando los entrevistaba. Estuve meses pensando en esa nenita, en esa vida de mierda con ese final de mierda. Todas las historias terminan con muerte, pero a esa chica se la habían garchado todos los días, todo el día y hasta por las orejas, le habían pegado, la habían vejado hasta no dejarle nada propio, ni un poco de tiempo, ni un pliegue del propio cuerpo, le habían quitado toda dignidad, toda sí misma, hasta hacer de ella una pura exterioridad para demolerla a pijazos. Que no la habían demolido del todo es obvio porque intentó escapar. Por eso el fuego: ya lo había hecho la Bestia con dos o tres chicas que se le habían ido antes.

Me consoló un poco no haberle metido el revólver en la boca, haberla acunado y haberla apagado y haberla abrazado. Iba a seguir sufriendo, no

tenía cara, casi no tenía piel y la iban a matar las infecciones pero no la maté por eso: le disparé porque no pude soportar tanto sufrimiento y nada más. Todavía hoy recuerdo con espanto que me miró a los ojos y agarró mi mano izquierda con su mano asada cuando gatillé. Debería haber llamado a una ambulancia. Pero tuve miedo de que llegaran los que la habían quemado, no quise perder un instante y la maté y me fui.

Después hablé con algunos forenses amigos y vi el cuerpo de Evelyn en la heladera, medio carbonizado pero limpio y lo que no estaba quemado era hermoso, un cuerpo de chica joven, hecho para vivir, como todos. Ellos, los médicos, me dijeron que seguramente hubiera muerto, que hasta se le había separado la mano izquierda del cuerpo de tan quemada y se le habían salido las vísceras de tan carbonizada. No sabían con qué mierda la habían quemado, el estado del cuerpo era semejante a los que sacan de los aviones incendiados. «Alguien le dio un tiro de gracia», me dijo Luis, el jefe de los forenses, y me dejó un poco más tranquila aunque nunca pude volver al otro lado del mundo, al de los que viven fuera de los pequeños Auschwitz que tiene Buenos Aires cada dos cuadras. Evelyn fue mi ticket to go, mi entrada a la villa. Yo la maté y ella me hizo villera.

8. Qüity: «Entré a la villa»

Entré a la villa un año y medio después, un día de noviembre. Era muy temprano, como las ocho; con Daniel pensamos que la hermana Cleopatra seguramente había redescubierto la mañana poco tiempo atrás, después de abandonar la vida nocturna. Había llovido mucho el día anterior y la villa resucitaba después del diluvio; estábamos tan hundidos en el barro que parecíamos emerger de ahí, como las primeras criaturas del dios de la Virgen que hablaba y sigue hablando con Cleopatra.

El centro de El Poso se inundaba: cuando llovía no había pibes, la Virgen no atendía y los caminos del Señor se tornaban navegables. La pampa se ondula de trecho en trecho y en esos trechos la pirámide social se hace geografía; el agua cae para abajo, claro, y, todavía más claro, abajo están las villas. Arrastra los ranchitos más precarios y de vez en cuando ahoga a alguno. Por lo que puedo recordar, esa mañana los restos del naufragio eran solo cartones de vino, jeringas, botellas de plástico y pañales. No había cadáveres. Los vivos charlábamos en grupitos marcando el ritmo de la cumbia de fondo con los pies mientras esperábamos a la Hermana entre los destellos del proletariado villero que estaba de pelo engominado, pirinchos parados, cintas de colores, ropa de gimnasia cara y zapatillas destellantes. Los chongos parecían bailarinas: avanzaban apoyando las puntitas de los pies sobre las piedras del barrial para conservar los brillos de sus llantas. Los nenes corrían y jugaban a la mancha a pesar de sus madres que intentaban, aullando, mantenerlos lejos de la mierda del suelo. Algunos hombres se reían bajito con las bocas vacías mirando a las mujeres y las mujeres también se reían, pero se tapaban el vacío de la boca con el gesto automático de los desdentados

coquetos. Estaba reflexionando sobre Dios, el pan y los que no tienen dientes cuando apareció la diva por el aire. No era un milagro: los guardaespaldas cargaban la silla de ruedas para que no se hundiera en el barro. Es necesario que quede claro que el centro de El Poso era un pantano de mierda. Susana, que estaba viejísima y ya no se asustaba ni se sorprendía por nada, pidió que ubicaran la silla cerca de las señoras chetas y de la estrella de la cumbia nacional, un villero que se quedó en la villa, todos divinos según diversos modelos de divinidad oriundos de Miami.

Las «hermanitas», ex compañeras de trabajo de Cleopatra, iban y venían presurosas llevando basura, trayendo caballetes y tablones, todo en la espalda como buenas, industriosas y maquilladísimas hormiguitas travestis. Había fogones y había señoras gordas al lado de los fogones; de esa mixtura, fuego y gorda, salía un olor encantador a mate cocido y tostadas, a desayuno en casa olía la mañana cuando por fin apareció Cleopatra trayendo unos frascos, «es mermelada de naranjas», las primeras palabras que le escuché sin mediación de cámaras y micrófonos, «es caserísima, la hice yo con mis propias manos y las naranjas son de los árboles del barrio». Se apoyó en el pecho de cemento de la Virgen cabezona y recibió amor y regalos, encantada, se reía y saltaba en el lugar como una criatura, como sigue haciendo todavía a pesar de las patas de gallo y de todos los muertos. Las dos, Cleo y nuestra hija, saltan en el lugar cuando se ponen contentas, por ejemplo cuando le regalo una Barbie nueva a la nena y un perfume a Cleo. Esa mañana no podía siquiera imaginarlo, pero el olor a hogar y Cleopatra no se irían más de mi vida.

Cleo estaba apoyada en el Cristo, entonces, y recibía huevos, un iPhone, ropa, una gallinita colorada, se rio estrepitosamente la médium de la Virgen: «¡Ay, Gladys, vení a verla, es igualita a vos, hasta hablan parecido!». Nos reímos todos; se parecían de verdad. «Esta se va a llamar la Gladina», la bautizó Cleo. «Y yo me voy a quedar con los huevos», contestó Gladys. «Siempre igual, vos, creí que te habías regenerado, Colorada». Siguieron los regalos: una camisa de seda, diez baguettes, cajas de arroz blanco, una cartera Vuitton. Cleo saltó como cinco minutos seguidos cuando la diva vieja, su madrina, le dio el perrito. «Ay, Su,

gracias, gracias, no te hubieras molestado, qué divino que es, qué es, macho es... ¡chicas!, ¿cómo le ponemos? Gauchito pongámosle, con nosotras va a vivir rodeado de chinas. Miren, tiene un collarcito. Está todo vacunado. Mejor, porque este es fino y acá los finos se pueden pegar cada peste», se puso reflexiva la loca mística y remató: «bueno, nosotros también, pero estamos acostumbrados». Con un sentido común que me sorprendió y me sigue sorprendiendo por provenir de una persona que dialoga con seres celestiales, Cleo nos dijo que Dios nos quiere, que en Dios nos queremos y que tomemos la leche; ya era hora y hacía un frío de cagarse, que primero es lo primero. Rezaríamos después. Eran todos alegres y amables bajo el amparo de la Hermana. Se gritaban chistes, recordaban anécdotas, se reconocían como parte de algo, yo no sabía de qué pero me hacían partícipe. Un nenito, tres años tenía, señaló el bulto que hacía mi revólver debajo del pulóver y gritó «¡pum!», se tiró al suelo y se hizo el muerto, riéndose y esperando aprobación. Me sorprendió un poco ese saber en un niño tan pequeño, pero El Poso era el reino de la eterna juventud: nadie se muere de viejo sino de enfermedades curables o tiros innecesarios. El nene se levantó riéndose, yo me reí con él, le acaricié la cabeza y se abrazó a mis piernas. Era Kevin. Desayunó en mi falda feliz de la vida, le di un caramelo que tenía en la cartera, él me dio un beso y yo tuve ganas de llevármelo a mi casa y darle caramelos para siempre como la bruja de Hansel y Gretel pero no para comérmelo sino para que me diera besos y estuviera siempre feliz.

Dani hizo lo que había ido a hacer; con la boca llena de tostadas sacaba fotos. Tenía la cámara Kirlian conectada a su wrist PC así que nadie notó su incesante actividad. «Qüity, mirá esto», me decía más o menos una vez por minuto, «Parece el estrecho de Messina: es el aura más azul y más grande que vi en mi vida», hablaba del color del alma de Cleopatra. «Aleluya, hermano, será santa en serio entonces». Estaba entusiasmadísimo; creía de verdad que las luces que fotografiaba eran signos de almas y creía en serio que había almas. Como evidencia, insistía en mostrarme la foto de la suya, una cosa opaca y gris, con agujeros negros. Es que es un hijo de puta, Daniel, y lo sabe. «Benditos los que

viven en mundos legibles», recuerdo haber pensado mientras veía pasar a la Difunta Correa en brazos de una travestí que habría sido patovica en su vida anterior. Después supe que entre las travestis están las llamadas y las escogidas, las arrastradas por la necesidad y las entregadas por vocación, que lo sabían desde siempre y entonces empezaban jóvenes: nunca hacían esos «trabajos de chongo que le arruinan el cuerpo a cualquier chica», como me explicó Cleo en la villa, cuando yo grababa casi todo lo que ella decía.

La que llevaba la escultura de la Difunta era de las de necesidad. La Correa debía ser obra del mismo escultor que había hecho a la Virgen, era igual de raquítica y cabezona. En pocos minutos fueron una marea: como en una ceremonia funeraria, como momias de colores, los santos avanzaban horizontales sobre las espaldas fornidas de las travestis, cariátides de tetas desmesuradas, coloridas también ellas como un templo antiguo. Aunque se habían vestido con la discreción que impone un acto sagrado en nuestros tiempos, las travestis villeras nacen murciélagas, viven vestidas para la noche. Ni Cleo podía prescindir de sus ceñidos brillos. Ahora le sale mejor: se volvió capaz de lutos, de tejidos negros hasta las rodillas, de velos opacos, de tacos cortos, de zapatillas blancas. Pero esa mañana, la de los santos cabezones y raquítricos avanzando como muertos a una pira funeraria sobre chicas exuberantes y fuertes como toros, todavía no había salido del mundo de la necesidad, no había gozado de la riqueza, no había aprendido la discreción, ese atributo del que hacen ostentación algunas clases de poderosos.

No exagero: la Virgen Santa y todos sus santos parecían sarcófagos de yeso a la medida de desnutridos o extraterrestres, de esos que dicen que la Nasa oculta en algún lugar de este bello país. Que semejante deformidad se debía a la torpeza del escultor es obvio. Pero también es obvio que la deformidad pudo haber sido otra: patas grandes como patagones o cuerpos gordos o larguísimos o cabeza chiquita, por enumerar algunas posibilidades, así que queda habilitada la interpretación: ¿Por qué cuerpos tan débiles y cabezas tan desorbitadas? ¿Sería alguna forma de realismo villero? Tal vez el escultor estaba diciendo que era en la cabeza y en

ningún otro lugar donde residía el reino de los cielos, donde los primeros serán los últimos y los últimos los primeros. O que la desproporción era necesaria para expresar la esperanza de los pobres, tan ofendidos, tan golpeados y tan humillados y sin embargo tan dispuestos a creer en que hay salvación para ellos: el escultor, las travestis, las pibas, las gordas desdentadas, los pibes chorros, los albañiles, estaban todos reunidos ahí en El Poso convencidos de que la Virgen iba a protegerlos.

Dani y yo mirábamos todo con una ironía un poco pelotuda. Tardé meses en perder esa perspectiva; el panteón villero fue una fiesta para el par de idiotas que éramos él y yo en ese momento. El Gauchito Gil, de chiripá rojo, nos suscitó comentarios como estos: «¿pero está canonizado?». «Creo que no, Dani, puesta a canonizar ladrones, la Iglesia prefiere los que le roban a los pobres». «Tenés razón: hasta Jesús lo dijo, al César lo que es del César». «Sí, pero César estaba vivo y seguro que tenía alguna idea de qué hacer con las monedas. San Martín, Roca, Mitre y Sarmiento, ¿para qué mierda podrían querer los billetes? En los trenes no los gastan, no sé si te subiste a alguno últimamente». Catalina de Siena, patrona de Roma, había sido esculpida con todos sus atributos: chupaba una pantorrilla ajena que parecía una pata de pollo pero con un pie con sus cinco dedos bien humanos como remate. «¿Era antropófaga, Dani?». «No. ¿Ves que tiene una hojita de lechuga también?, no comía ninguna otra cosa; el anillo de bodas que lleva era el prepucio de Cristo, que, según contaba la santa, se lo dio Él mismo cuando la tomó por esposa. Decía ella que le había musicalizado el casamiento el rey David y que la Santa Madre había presidido la ceremonia».

«¿Y a quién le está chupando la pierna?». «A algún enfermo, chupaba el pus de las llagas para familiarizarse con las heridas de Cristo, su marido». «Oh, l'amour».

El doctor Pantaleón era una especie de monumento al torturado. Dani, que de eso también sabía, me contó la historia: «Fue un médico filántropo que atendía a los pobres. Se convirtió al cristianismo, lo agarraron los romanos y le aplicaron el procedimiento de rutina para sectas molestas. Se les complicó: primero lo prendieron fuego y nada, el santo como de

amianto. Optaron por el plomo fundido y el doctor se lo sacudió como si fuera arena. Habrán pensado que si el fuego no, tal vez el agua, porque lo metieron diez horas cabeza abajo en un estanque. El filántropo salió cantando salmos. Lo tiraron a los leones, el número preferido del pueblo romano de entonces, y los bichos lo vomitaron enterito; lo torturaron en la rueda y se dobló pero no se rompió, le insertaron una espada y el galeno como si fuera su desayuno. Los funcionarios romanos perseveraron: bien sabían que Estado que no ejecuta sus castigos es Estado muerto. Cuando probaron la decapitación, la cabeza se le separó del cuerpo y murió nomás Pantaleón, pero no se acabaron los milagros: del cuello no le salió sangre sino leche. Lo que no impide, viste cómo son de contradictorios los milagros, que en el Real Monasterio de la Encarnación de Madrid tengan una reliquia de su sangre, que se licúa durante los aniversarios del martirio de su primer propietario».

San Malverde, con paquetes hasta en el culo y armado tipo Rambo. De ese conocía la historia yo: «Es el patrón de los narcos mexicanos. Algún milagro habrá hecho porque todas las mulas le piden protección antes de entrar la merca a los Estados Unidos. Canonizado no creo que esté, pero no por eso pierde eficiencia: la última vez que fui a Nueva York casi me transformo en una estatua yo también, media ciudad estaba blanca y era verano».

Mientras charlábamos Daniel y yo, Kevin siguió comiendo todo lo que había en la mesa, que era mucho. Corazón contento: cada tanto mostraba la panza y se reía. La cumbia estaba al palo, los nenes bailaban con Gladys, la Colorada que se parecía a la gallinita, los demás gritaban y se reían. Ese desayuno místico parecía un casamiento de borrachos. No sé qué me había imaginado ni si me había imaginado algo, pero seguro que no esa especie de kermés de pueblo. Cuando hasta Daniel estaba moviendo los pies bajaron la música y se fueron yendo para el centro del potrero, limpio como un living burgués después del trabajo de las hermanitas. Cleo se instaló al lado de Cristo otra vez. Cuando me introduje en la ronda de santos de cemento me sorprendió una especie de muñecota con armadura. Daniel confirmó mis sospechas: «Sí, es Juana de Arco», y sí, era medio

travesti también. Los ingleses la quemaron después de que rompió el juramento y volvió a vestirse de varón... era un dios más antiguo el de entonces, parecía Zeus, le tenía simpatía a Francia y quería que el imbécil de Carlos VII fuera rey a toda costa. Para eso, y para que ganaran algunas batallas, le mandó unas voces a esa chiquita que se transformó en un general impresionante. Ni se le cruzó por la cabeza terminar con la guerra de los cien años, parece que estaba divertidísimo, como sus primos los olímpicos con Troya.

9. Qüity: «Todos rezaban»

Todos rezaban. Se sabían la oración y la decían en voz alta, mirando para abajo. Me quedé afuera. Yo también conocía esa plegaria pero nunca pude, ni siquiera entonces. Recuerdo la impotencia de sumarme al coro que tomaba el aire de la villa y lo llenaba de «Dios te salve» que se metían en las casillas por los agujeros de las chapas, de «bendita tú eres» acariciando las latas con malvones y los «ruega por nosotros» entre todo lo que nace y se descompone con la impudicia de la vida en El Poso, «ahora y en la hora de nuestra muerte, amén». Cleo sigue jurando que la Virgen cumplió su parte y que rogó y sigue rogando por aquellos de nosotros que murieron. No me engañan Cleo ni su Virgen: Dios es un invento antiguo, hecho a imagen y semejanza de un tirano y como un tirano le da rienda suelta a su furia cuando la siente. Y no hay súplica que valga.

«Hola, tía», a pesar de la ropa de lycra aleopardada que la debía estar asfixiando y del vino y las pastillas que le dificultaban la modulación, Jéssica no perdía la compostura. «Ahora que estamos todos, empecemos», dijo Cleopatra y ahí nomás empezaron y pensé que no iban a terminar nunca. Hasta Daniel rezó. Hasta Kevin. Balbuceaba fragmentos de la oración de vez en cuando y me miraba buscando aplauso. No pasaba nada más que eso: rezaban y yo los escuchaba. Me asombraba que no supieran que los «Dios te salve, María» no los oía nadie más que yo. Después entendí: no los escucharía ningún dios, pero se escuchaban ellos juntos y esa unión era fuerza, y eso de que «los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera» en la Argentina lo saben hasta los analfabetos.

Al rato dejé de pensar y me dejé arrullar por las avemarías y me acordé de mí en mi época de Dios. Una nena de túnica blanca y pelo largo,

ondeado en la frente, la fiesta de comunión, hacía calor. Había esperado algo que no pasó, no sé bien qué, alguna clase de éxtasis. La hostia me decepcionó como algunos años más tarde me decepcionarían las drogas, aunque insistí más con la merca que con Dios. Cuestión de lecturas: durante bastante tiempo me resultaron más accesibles los beatniks que San Agustín. Era un día muy caluroso, presumo que un 8 de diciembre, como se acostumbra. Mi mamá hizo una fiesta. Vinieron mi tía, mis primos, los vecinos, no sé quiénes más; podría preguntarle a mi mamá si me importara pero lo que me importa es que nunca entendí nada del catecismo, si era Dios, ¿cómo se dejaba hacer eso? Soy un animal más primario que Dios yo, no puedo entender que se deje torturar alguien que puede evitarlo.

«Es malo eso», le tuve que decir a Kevin, que parecía dispuesto a enterrarse en el barro y a sacarme de mis cavilaciones. «No podés meter las manos ahí, es un asco». Pensé que iba a llorar, le armé una pelota de papel y se puso a patearla. Nunca falla. Tan opaca como el catecismo me resultaba la santidad: alguna fantasía de ser misionera en el África tuve, pero más por Tarzán y por el prestigio de viajar por el mundo que por complacer a ningún dios inútil. La muerte me quedaba muy lejos y Dios me servía solo para desear con interlocutor. Creo que no volví a desear tanto como para armarme otro a quien pedirle. No sé por qué se recuerdan ciertas cosas y no otras, ni cómo se encadenan las asociaciones, pero tengo la certeza de haber sentido, en el justo momento en que estaba pensando en desear y en Dios, un perfume, el de Jonás, mi dealer y mi amante. Y me acuerdo de la calentura, «Te tengo en la mira», me dijo, «Disparame entonces», le contesté: los diálogos no eran nuestro fuerte. Me abrazó por la espalda y el cuerpo le latía a él también, «No podés bajar la guardia así». A veces puedo, hay una felicidad en el cuerpo, a veces. ¿Qué hacía ahí?

—¿Qué hacés vos acá? —preguntó primero.

—Vine a conocer a Cleopatra.

Me alegraba verlo, no podía sacarle las manos de encima cada vez que lo encontraba. Kevin nos rescató cuando estábamos por tirarnos en ese barro de mierda para coger sin preocuparnos por la pequeña multitud que

seguía rezando avemarías. «Agua», dijo. «¿Quieres Coca, Kevin?», el nene sonrió, «Coca», y Jonás le dio la botellita. «Es mi tía, Cleopatra».

—Qué familia religiosa, tu mamá también era medio mística, ¿no?

—Sí, pero Cleopatra es hermana de mi papá.

—Debe estar orgulloso.

—Ahora. Antes decía boludeces tipo «en esta familia seremos faloperos pero putos no». La noche del milagro estaba en la comisaría uno que trabaja con él, que después le contó todo y el viejo se quedó pensando. «Cleopatra la loca de El Poso», declaró después de un rato, «tiene que ser el puto del orto de mi hermano Carlos Guillermo». Lo impresionó mucho, vino a pedirle perdón y a proponerle vengarse de los que la habían violado. Cleopatra le explicó que no, que hay que perdonar, que ojo no le habían sacado ninguno y los dientes los había perdido hacía mucho. Por suerte no aceptó la revancha, el viejo boqueó, ni en pedo iba a poder reventar a una comisaría entera con detenidos y todo.

Recuerdo, con la leve incredulidad que causa recordar amores, que la verga de Jonás se me hacía norte. Mi cuerpo tendía hacia ella con una certeza de brújula, de agua que cae. Otra vez Kevin, llorando porque se le cayó la Coca-Cola. Fuimos a comprar una. «Kevin también es sobrino de Cleopatra, hijo de Jéssica». «Sobrino-nieto, entonces». No seríamos publicitarios, pero parecíamos una familia feliz los tres rumbo al quiosco.

Un aullido de Cleopatra interrumpió el llanto de Kevin, nuestro camino y el coro religioso. Volvimos al corazón del potrero, al silencio con epicentro en la figura de Cleo arrodillada en el barro con los brazos desplegados en pleno diálogo con el más allá. Nosotros, por supuesto, solo escuchábamos su parte.

—¿Qué? ¿Qué dices, Madre Santa?

—.....
.....
.....

—No, no os entiendo bien. Que sembramos, ¿pero dónde vamos a sembrar? Acá mucha tierra no tenemos, salvo que nos mudemos, claro. Explícame, madre de Dios.

—.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

—¡Pero agua tampoco tenemos, por la Virgen Santa!

—.....
.....
.....
.....

—Perdón, perdón, bondadosa y clemente vencedora de la serpiente, voy a callarme la boca, os lo juro.

—.....
.....

—Ay, no, no juraré más en vano, por favor habladme, madre mía.

—.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

—Sí, creo que entiendo, oh divina genia. Pescados, claro.

—.....
.....
.....

—Claro, pescados no. Peces, en El Poso. Seremos pescadores, ¿más o menos como los apóstoles, madre mía?

—.....
.....

—Seré vuestra Pedra, llevaré sobre mi espalda el peso de tu iglesia. Dios te salve, María, llena eres de gracia, el señor es contigo...

...y bendita tú eres entre todas las mujeres y benditos todos volvieron a rezar dominando la curiosidad por miedo nomás de que se enoje la Virgen o se enoje Cleo y se frustrara la enorme carga de esperanzas que portaban las voces de todos esa mañana. Hubo algo sagrado en el momento.

—Yo os lo agradezco, madre, ¿pero eso cómo se hace?

—.....
.....
.....

—Ah... sí, tenéis razón, si seré boluda, perdón, gilipollas, tenemos que llamar a un ingeniero. Gracias, Virgencita, qué buena que sos, ¡encima pensáis en todo!

La pregunta nos Hermanó en silencio, pude participar de eso, fui parte de la comunidad interrogante hasta que un nuevo aullido rompió otra vez el silencio. No hay dudas: la fe, cuando es grande, se expresa a los gritos.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡No lo puedo creer! ¡Dios existe! ¡Mírenme las piernas!

La silla parecía eléctrica: Susana Giménez pataleaba, se reía a carcajadas y gritaba: «¡Voy a caminar, voy a volver por la escalera de mármol, gracias, Virgencita, gracias, Cleo, diviiiiina!».

10. Cleo: «... empezó el agua»

Ese día empezó el agua, mi amor, ¡cómo nos hicimos la Venecia en la villa, vida!, qué lindo era el barrial, pero eso fue después y yo quiero ser ordenada y no irme por las ramas como vos que parece que más que contar una historia estuvieras contando un árbol. Te vas por las ramas, Qüity, encima te saltás partes: lo único que importa acá es que la historia nuestra empezó cuando la Virgen me dijo que teníamos que ser piscicultores como los apóstoles. ¡Qué diva, Susana! La Virgen le había hecho el milagro y ella ya tenía el titular para la prensa, aullaba la loca, parecía una gerontobarbie ambulancia, interrumpió mi charla con la madre celestial, me acuerdo de que me calenté por los gritos pero el Ernestito, que yo lo había bautizado, «desde hoy te vas a llamar el Gallo y con tu cresta nos vas a cuidar el gallinero», me dijo que Susy se había ido jurando que me iba a llevar a trabajar a la televisión.

Yo me olvidé de todo y la niña que fui resucitó de felicidad, veía que estaban todos mirándome calladitos y entonces el Ernestito me volvió a hablar, me dijo: «¿Y?», «¡Y, que voy a ser una estrella, Gallito lindo!», le dije sonriendo con todos mis dientes como sonrío ahora solamente que ahora sonrío mejor por los implantes blanquísimos que tengo y fue la Colorada la que me dijo: «No, boluda, qué te dijo la Virgen queremos saber» y ahí me largué a hablar, ponelo esto, que es la explicación de la Virgen, no cualquier pelotudez que se te ocurre: que usemos el potrero para hacer icticultura, había dicho. Que es como la agricultura pero con pescados. Hace mucho que se hace, como quinientos años antes de que ella nazca, como cuatrocientos ochenta y cinco antes de que tenga a Jesús. Que no me crea que por ser Virgen se la llevó de arriba, que parir parió con

dolor como cualquiera, algo así como cagar una sandía dice que fue. Pobrecita ella, tan buena que es, pero lo dice la Biblia, ¿no? Y todo tenía que ser como estaba escrito, me explicó. Me regaló la Biblia para que la lea. Es larguísima. Le pregunté si no me la podía meter en la cabeza de otra manera, ella que hace tantos milagros por todos lados, pero no, dice que hay que trabajar para que Dios vea nuestro esfuerzo y nos recompense. Me acuerdo de que gritaba yo: «Y ni empecé y ya me está recompensando, ¡a trabajar en la tele!, dicen que engorda, ¿voy a parecer una ballena?». Lo de la ballena le hizo acordar a la Colorada de los pescados, así que me interrumpió: «Cleo, ¿y la icticultura?». Y su marido, el Ernestito, que se había tomado en serio eso de ser el Gallo y quería poner orden, agregó: «Rescatate, Cleo, queremos saber lo de los pescados». Me acuerdo de que me enojé y los putié, dije algo como «qué egoístas de mierda que son a veces pero los quiero, bueno, lo de la icticultura como sembrar pescados es. No me miren con esa cara, a los pescados los metés en el agua, les tirás comida y ellos se reproducen. Lo que tenemos que hacer es un estanque acá en el potrero; resulta que se inunda porque la tierra es muy arcillosa, puro barro es, ¿vieron? Y eso quiere decir que puede retener el agua. Y que el agua la podemos sacar de abajo, que están las napas, que les pregunte a las señoras de la Espuela que tuvieron que sacar los playrooms de los sótanos porque les subía el agua, dice la Virgen que a ella le rezaron un montón pidiéndole que no se les inunde más». Y ahí entró la señora De Alagarquetea, ¿te acordás de esa vieja, Qüity?, dando fe de mis palabras: «Es la pura verdad, querida, una vergüenza; a mi marido se le arruinó un billar que había traído su chozno, el tata Marcelito T. de Alvear, hace doscientos años de París. Imaginate qué pérdida. Por suerte la espada de mi chozno, Justo José de Urquiza, la que usó en Caseros para vencer al tirano, la tenía en mi escritorio porque si se arruinaba me muerdo, ¡una reliquia del heroísmo argentino! ¡Un pedazo de historia! Eso para que vean que ustedes no son los únicos que se inundan, el agua nos afecta a todos por igual. Mi marido tiene una empresa constructora, es ingeniero él, si le digo que es cosa de la Virgen seguro que nos ayuda a construir el estanque. ¿Qué peces tenemos que cultivar, querida?».

«Querida», le dije yo también, «es verdad que el agua nos inunda a todos, pero vos te tenés que dar cuenta de que no es lo mismo perder una mesa del tatarabuelo que al abuelo abajo del agua, son diferentes clases de antigüedades, ¿entendés?». Puso cara de que entendía que había alguna diferencia, así que seguí: «De esos que hay en el Parque Japonés, dice que criemos, ¿cómo se llamaban?, ¿rayas?, ¿arpas?, ¿parcas?, ¡carpas! Sí, son preciosas, todas naranjitas y rojas, con manchas blancas me parece, no me acuerdo muy bien, ¿vos te acordás, Ernestito? Cuando éramos pendejos saltábamos el paredón y nos metíamos en el parque y les dábamos de comer, cualquier porquería comen, lo que comíamos nosotros les tirábamos, pancho, choripán, y se lo comían con chimichurri y todo. Si ponías la mano en el agua te chupaban los dedos». «Claro que nos acordamos, Cleo, pero ¿por qué carpas?, ¿te dijo la Virgen?», preguntó Ernestito. «Son tan hinchapelotas. Qué sé yo por qué carpas, son unos pescados lindos, ¿qué mierda quieren, que cultivemos delfines acá en el medio del potrero? La Virgen dijo carpas, ni tiburones ni ballenas, déjensen de joder. No se le puede cuestionar a la Santa Madre cada palabra que dice».

11. Qüity: «En el humus sin igual»

*En el humus sin igual
de esta pampa singular
nos pusimos a cavar
y nos brotó un manantial:
más fuerte que carro hidrante,
mejor que gas hilarante,
fuente de agua mineral
milagrosa y refrescante
como las waves del Jordán.*

El chorro reventó las entrañas de la tierra, quebró el tejido de huesos, raíces, muertos y gusanos: fue una fiesta de basura antigua y arqueología contemporánea. Arriba, ahí donde el chorro ya no podía seguir subiendo y se derramaba sobre sí mismo, flotaron durante días dos cañones, una palangana, un diario, una olla, una cruz de oro y piedras y un barril de aceite. Que habían sido parte de las cosas que Liniers trajo de Uruguay para pelear con los ingleses, lo supimos cuando vinieron los arqueólogos de la facultad con escaleras largas y lograron arrebatarle al chorro lo que a su criterio era de ellos. Curiosamente, dijeron, solo se hallaron elementos de principios del siglo XIX y de fines del XX y comienzos del XXI, como si durante casi doscientos años nadie se hubiera detenido allí, como si hubiera sido solo un camino, o los villeros hubieran hecho campamento sobre una calle o la villa fuera una especie de piquete permanente. Que la villa era bastante moderna se veía en los materiales de las casas, dijeron

otros, a lo que sensatamente Cleo objetó que no dijeran pelotudeces, que los materiales eran siempre más o menos nuevos porque cada tanto un temporal barría con todo, que la miseria no se hacía con las mismas cosas que el Taj Mahal, que dónde mierda habían visto ellos ruinas de las villas del Imperio romano, que la miseria se pudre, se quema y se vuela, que si no se acordaban de la señora Berreteguy Lady, que había muerto decapitada por una chapa voladora que fue a caer justo en su jardín de invierno, la única parte no blindada de toda la mansión. El resto de lo que se había llevado el viento ese día chocó contra las casas de los señores que juntaron todo y lo donaron a Cáritas y se armó un quilombo de la hostia porque la Iglesia repartió las cosas como se le ocurrió, sin respetar la propiedad pretemporal, seguramente para evitar polémicas acerca de su injerencia en ese terreno, el del temporal digo, ya se sabe que fue motivo de mucha pelea entre seculares y clero. Ahora cuando hay temporal cierran las puertas del templo, guardan las campanas y se van a ver la tele. Los cañones tenían tantas inscripciones como las rocas marplatenses: «Real Armada Espanyola», «Ingleses Bufarrones», «Viva El Rey», «Realista Hasta La Muerte Pero No Naturalista», «Si Es Napoleón A Otra Parte», «Soldado Que Fuye Sirve Para Otra Batalla», eran legibles a simple vista. Los chicos de arqueología entraron pisando fuerte para llevarse lo que creían propio. Obviamente se enterraron en el barro sin fondo que serviría de base al estanque y solo tuvimos que rodearlos y mirarlos fijo para que entendieran que cualquier cosa que encontraran era nuestra. Volvieron al día siguiente con una oficina de chapa y estudiaron nuestras reliquias in situ; ningún centro de estudiantes perdonaría a las autoridades académicas una alianza con las fuerzas represivas y teníamos a varios militando y estudiándonos en la villa. El chorro no paró nunca, todavía hoy dicen que les pudre los cimientos a los del barrio cheto que armó el Jefe; nosotros sencillamente lo contuvimos, al chorro, con paredes y le hicimos un desagüe que empalmamos con la boca de tormenta más cercana, «una agua lava a la otra y las dos van a las cloacas», dijo John-John, que en los ratos en los que no trabajaba de fuerza represiva nos ayudaba, arrepentido como estaba de sus pecados de antes, «vos no sabés, piba, las pendejas que me

garché, pero Dios me castigó porque garcharse a las pendejas que no quieren es una violación de los derechos humanos que nos enseñan en la escuela», «sí, John-John, violar está mal», «y el pajarito dejó de cantar y se murió, diez años mudo lo tuve hasta que Cleopatra me perdonó y ¡ahí sí que se puso linda la cosa, parecía un jilguero!, ¡un pingüino parecía!, ¿cantarán los pingüinos?, ¿existen los pingüinos? La patrona me está esperando un nene ahora, que le vamos a poner Diego María, Diego por el Diez que justo cumplió setenta y cinco años el día que me dijo la Jénifer Teolinda que estaba embarazada, y María por la Virgen», «¿y si llegaba a ser nena?», «María Dieguina, le poníamos», decía John-John y se reía a carcajadas con todos los dientes postizos que había comprado en cuotas en la obra social Sangre Azul. Pobre John-John, desde que había vuelto a creer en la Virgen se le acabaron las changas y las gangas, «nougüey José», decía de vez en cuando, «no se puede ganar plata sin cometer alguna violación a las leyes de Dios siendo un policía, el sueldo que te pagan no alcanza para vivir legalmente pero yo no violo más, que tampoco puedo decir que nadie me pagaba por eso», decía y se agarraba la poronga para ponerla a salvo de tentaciones y castigos.

Agregamos una comisión más a todas las que ya teníamos, travestis, paraguayos, pibes chorros, peruanos, evangelistas, bolivianos, ucranianos, porteños, católicos, putas, correntinos, umbandas, cartoneros, santiagueños y todas sus combinaciones posibles; la nueva comisión histórica se encargó de trabajar con los arqueólogos, que se sintieron felices de poder enseñar su ciencia a la comunidad y la comunidad, encantada de aprender algo que no fuera un curso con salida laboral, salida tan difícil que ni Teseo se la hubiera encontrado nunca al corte y a la confección, a la operación de PC, al bricolage, al tejido, a la nutrición consciente y al resto de las pelotudeces que a nuestros gobernantes les parecía que necesitaban saber los villeros. Un frenesí fue, cosa de cavar y tapar y correr las casillas de acá para allá y dividir el terreno en cuadrados perfectos con hilitos y entonces sí empezaron a aparecer cosas de todos los tiempos, sobre todo huesos, huesos de muertos, claro, «será por esto que la fertilidad de la pampa nunca se acaba», dijo Daniel y Jonás le dijo que sí, «como la

cosecha de mujeres», le dijo y se fue cantando y Daniel se rio: «qué pelotudo tu novio» y «sí», dije yo, «la especulación teórica no es su fuerte» y mientras charlábamos metíamos los huesos de los muertos en bolsas y esto se hacía con guantes y con cepillitos, «qué muertos más locos saltan huesos como piojos», cantábamos a veces mientras jugábamos a los antropólogos forenses, que también vinieron y estaban fascinados. Teníamos muertos de tierra adentro y de tierra afuera, muertos de todos los colores, muertos mutilados de la última dictadura, muertos armenios del genocidio que no recuerda nadie, muertos de hambre de los últimos gobiernos democráticos, muertos negros de Ruanda, muertos blancos de cuando la revolución en San Petersburgo, muertos rojos de todas las revoluciones de todas partes, hasta un diente de Espartaco encontramos, muertos unitarios con una mazorca en el orto, y muertos indios sin orejas, de esos teníamos un montón, era de los que más había, «ellos son las raíces de la prosperidad del granero del mundo», dije y se rieron los antropólogos, «están bastante secos, ¿no? Ya ni raíces nos quedan». Cuando llevamos el desagüe del estanque a la boca de tormenta varios muertos llegaron al mar y quién sabe si no habrán terminado en sus tierras de origen o emigrando; tal vez así viajan los muertos.

Cleo intervino: «Estoy harta de estar pisando soretes, no hay zapato que aguante, así todo lleno de mierda, se rompen todos, hasta los mejores; mirá los Sarkany que me regaló Susana, dos veces me los puse y a la tercera un sorete verde me los mordió, en serio te digo, no sé qué les hizo pero parece que los hubiera agarrado un tigre, además los nenes que se meten todo en la boca acá nacen chupando mierda», y propuso: «¿por qué no ponemos caños y los sacamos para afuera de las murallas? Yo le pregunté a la Virgen y me dijo que estaba bien, que no era higiénico vivir así y que ella solo recordaba algo semejante en Aviñón, hace como seiscientos años, cuando el papado estaba ahí, me dijo, y hasta el boludo de Petrarca se quejaba de los soretes. ¿Vos sabés quién era el boludo de Petrarca, Dani?». «Sí, Laura», contestó Daniel, y se puso a recitar: «Dale la mano al fatigado ingenio / Amor, y al frágil y cansado estilo, / para cantar a aquella que se ha vuelto / inmortal ciudadana de los cielos». «¿A

Evita le escribió?», «No, a Laura, estaba enamorado de una Laura, el boludo de Petrarca». «¡Ah, era un romántico! ¿A la Virgen le parecerán boludos los románticos?». Daniel y Cleopatra podían charlar horas, siempre encontraban qué decirse.

12. Cleo: «Yo sé»

Yo sé cómo se conocieron: Daniel me lo contó, nena, qué te creés, siempre hablás como si vos sola tuvistes enamorados. Yo también tuve: el padre Julio y Daniel. Sí, Qüity, ya sé lo que me vas a decir, que la Iglesia y la policía me la querían poner. Y sí que me la pusieron, pero no les salió gratis. Ay, está bien, no sé cómo pasa esto, pero te estoy grabando y es como que escucho lo que me dirías si te lo estuviera diciendo directamente: vos te enojás por cualquier cosa, vida de mi alma, como si no supieras que antes de la Virgen yo era puta. ¿De qué mierda te creés que vivimos las travestis, mi amor? ¿Vos te creés que vas al aviso de secretaría que ponen en el diario y te dicen «bienvenida, señorita»? ¿Viste muchas trabajando en las empresas, vos? Al que le gustaba hacérsela chupar por la Colorada era al jefe Juárez, al que Daniel asesinó, vida mía, y vos lo vistes y como no hicistes nada para evitarlo, es como si lo habrías matado vos también, Qüity, me la paso rezándole a la Virgen para que le pida a Dios que te perdone, pero ella dice que a Dios no le gustan los que toman la justicia por su mano aunque a veces igual entiende si es en nombre de Dios, pero que vos no lo matastes en nombre de Dios sino en tu nombre, Qüity, dice Santa María, y me parece que voy a tener que rezarle hasta los ochenta. Ya sé que no disparastes vos con tus propias manos, pero sabías que Daniel lo iba a matar y no me dijistes nada, yo lo hubiera convencido de que se venga para acá y no lo mate nada al hijo de puta de Juárez. Y vos, nada, no me dijistes una palabra porque seguro que pensastes que quedaba mejor para tu libro que alguien lo matara al sorete ese y no tenés imaginación, necesitás que las cosas pasen para poder escribirlas.

Así que tengo que rezarle a la Virgen por vos también todos los días y ella no quiere saber nada. Y no empecés a putearme cuando escuches lo que te voy a decir ahora; yo también soy la madre y tengo derecho a transmitirle mi fe a mi hija, ¿entendés? Si la nena cree tanto en Dios, será porque se la pasa conmigo y vos no le das ni bola, pero igual Cleopatrita también reza por vos y habla con la Virgen, a ella le gustan los chicos, por algo es la madre de la humanidad, y a Jesús también, viste que él mismo lo dijo, «dejad que los niños vengan en mí», ¿no dijo eso?, ¿«a mí», dijo? El padre Julio me lo enseñó mal. Cierto, de Dani estábamos hablando. Yo sé algo que vos no sabés. Ponelo esto, pero ponelo igual como yo te lo estoy diciendo. Él te salvó el día que matastes a la chica que había quemado la Bestia, ese tremendo hijo de puta, el empleado del siglo del Jefe. No sé por qué te salvó. Te conocía, te tenía cariño, parece que te parecías a Dianita, la hija de él, esa noche te sacó una foto, amor de todas mis vidas, la que llevo en mi billetera además de la de Cleopatrita. Eso que vos decís que es una mancha de tinta es tu aura, porque aunque sos una descreída tenés un alma buena en el fondo.

Él estaba ahí, en la villa esa, sacando fotos de auras esperando encontrar un nuevo Mesías o no sé bien qué esperaba encontrar, él no es una alma buena pero quería encontrar el bien igual, yo creo que quiere ser vigilante del paraíso o algo así y parece que no lo había encontrado en el barrio cerrado de Quilmes ese donde tenía una especie de mansión, vistas la casa que tenía el loco de mierda, era una hermosura, todo le brillaba, hasta los repasadores largaban como una luz blanca. Daniel decía: «todo brilla, menos mi alma» y yo creo que él buscaba una buena causa para tener el alma oscura, «no puedo tener un alma luminosa si mataron a mi hija»; estaba convencido, me lo dijo un día llorando. Quería ser como del ejército de Cristo pero no podía porque no creía del todo. A mí me decía a veces: «para cruzado me falta la fe». Y sí, vos tenés razón cuando decís que con fe o sin fe un cruzado es un carnicero, pero sin fe peor que peor, Qüity.

Yo no sé qué mierda le gustaba a Daniel de nosotros, tampoco sé qué te gustaba a vos, pero tengo mis sospechas, para vos éramos tus gallinas de

los huevos de oro; para él no, la guita no le interesaba y ser famoso menos, él andaba por todos lados con esa camarita que tenía, buscando almas buenas que andá a saber para qué las quería. Dani decía que el aura más grande que había visto era la mía y que después seguía la tuya, que cuando le distes el tiro de gracia a la chica esa echabas luz como un cometa, que nunca más te vio brillar así, que con Jonás cerca te ponías más rojiza, amada mía, nunca te sacó conmigo adentro si no más que rojiza te habría visto colorada como un fierro ardiendo, conchuda que sos, si él supiera.

Ay, perdón, me está sonando el celular, lo estoy apagando, cómo suena esta porquería, parece una alarma, ya está, te sigo dictando, Qüity, desgrabame bien, mirá que después voy a leer lo que pusistes.

La cuestión es que él te vio en la pantalla de su cámara Kirlian y apareció de repente cuando vos salistes corriendo y peló la credencial de yuta que tenía y los frenó a los tipos de la Bestia y les dijo: «Busquen para allá, que la quemó el cafishio» cuando ya estaba Crónica TV filmando con las cámaras de televisión y ellos no entendieron por qué ese tipo hacía eso pero como vieron que no los acusó, decidieron seguirle el tren y hacerse los justicieros. Para cuando llegó la cana ellos ya eran los héroes de la semana, la chica ni echaba humo y vos estabas en tu casa durmiendo, seguro, te conozco, convertida en avestruz por un costel de pastillas de esas que tomás vos cuando no te bancás la presión. Por eso te dejó mil mensajes en tu casa, quería saber cómo estabas, y para consolarte te ofreció ver todos esos videos prohibidos para todo el mundo menos para ellos y a vos, que te importa todo un carajo y no tenés curiosidad, en esa época te podía la ambición, pensastes que tenías la nota del año cuando te habló de mí, ya sabés que lo sé, eso es lo que te gustó de nosotros al principio. Y no estoy muy segura de que después te haya gustado otra cosa, bah, sí, creo que sí, te enamorastes de mí vos también, me querés, a tu manera. Y ya ves, te conseguistes la mejor historia, la mejor mina y la poronga más grande del conurbano bonaerense todo por el mismo precio, mi pajarita.

13. Qüity: «Lo que teníamos en la villa está perdido»

Lo que teníamos en la villa está perdido, sí, como el paraíso está perdido y perdidos están sus prados y la sombra de sus árboles y las ramas inclinadas por el peso de las flores y las frutas que brillaban como joyas y los pájaros que cantaban como ángeles. Y sus ríos caudalosos que no inundaban ni calmaban la sed de nadie porque nadie tenía sed, sus fieras sin hambre que convivían en paz, su pareja sin sexo y su clima suave. Y esos árboles, por fin, el del bien y el mal y el de la vida. En el mundo quedaron muchos árboles, se sabe, pero de esos no hay más. En las villas en particular no hay de ninguna clase. El Poso no era la excepción. Plantamos después. Transplantamos, para ser precisa, pero ni con las decenas de ficus y las miles de latas de malvones y alegrías del hogar con que bordeamos el estanque la villa se transformaba en un locus amoenus; con el jardín del edén no tenía más semejanza que la cercanía de la divinidad, que algo de diosa tiene la Virgen aunque no sea parte de la Santísima Trinidad y sea muchísimo más joven que Jehová.

Ahora, tal vez, la villa se parece al paraíso un poco más que entonces, pero solo por lo perdida y lo añorada, aunque a veces, munidas de martinis y vista caribeña, nos ponemos a planear la villa nueva, a pensar cómo recrear eso que tuvimos. Para empezar, algo hay: villas y villas y más villas. Basta con seguir las curvas de la distribución de la riqueza en Argentina para que no queden dudas.

Y si a alguien no le basta con los gráficos, sepa que dice Cleo que dice la Virgen que hay cada vez más villas en Buenos Aires y que las villas

siguen siendo tan parecidas a los jardines del Edén como los monos a los cohetes que llevan turistas a la luna.

Es que nos faltaban árboles, dios, leones amamantando corderos, ejércitos de querubines asesinos y una espada giratoria. No solo por déficit hacíamos diferencia: lo que sobraba tampoco le hacía espejo al country de Eva y Adán. No se espera de ningún edén que huelga a mierda, por citar una de las abundancias que rompían todo reflejo. Es que oler a mierda no es sencillamente feo; oler a mierda es oler a descomposición, a muerte in progress.

Y no es que yo esperara, como Dante, que «una eterna margarita me recibiera dentro de sí como el agua unida recibiendo un rayo de luz». Beatrice, rara Beatrice me salió Cleo. Es verdad, más rara Dante le salió yo. La cuestión es que yo no esperaba nada, ni margarita eterna ni un carajo, pero qué flores tuvimos en la villa. No eran eternas ni por quince días, vivíamos apretando viveristas para que nos entregaran alegrías del hogar y petunias y primulas y tulipanes. Sí, tulipanes también: a mi señora le daba delirio de holandesa de vez en cuando. Yo no estaba en la comisión de decoradores, pero sé que iban todas las semanas a buscar plantines porque sí estuve al frente de la comisión de relaciones institucionales todo el tiempo que nos duró el paraíso. Y me la pasé tratando de calmar a los que llegaban a las puteadas porque los pibes se les zarpaban con las amenazas. Ahí lo conocí a Wan. Después se volvió a China y puso un supermercado argentino el hijo de puta. Claro, vende calabazas criollas y yerba y no sé qué cosas que hace pasar por asado y vino y pan francés, todo a precios siderales. Choripanes, vende Wan en Beijing. Sí, a los hombres nuevos chinos les encanta el consumo suntuoso.

Después seguimos con Wan, quiero terminar: la villa, ni siquiera ahora, cuando no queda chapa sobre chapa, cuando está tan perdida como él, se parece al paraíso. Pero lo raro es que un poco sí se parecía, algo sagrado hubo ahí y no fue la Virgen. Bueno, la Virgen también.

Todo se reproducía, parecía Amsterdam El Poso entre tanta agua y tanta flor y tanto humo de marihuana, pero nada se multiplicaba como las carpas en nuestro mundo, que no, insisto, no se parecía un carajo al de la

Biblia. ¿Cerca de Dios, entre el Tigris y el Éufrates, cogerían también? En el Olimpo ya se sabe que sí, y que crecían prados perfumados ahí donde se habían revolcado Zeus y Hera. En el cielo de los musulmanes me imagino que también, ¿si no por qué le prometerían setenta mujeres a cada guerrero que muera por Alá? ¿Para que les ceben mate? Cleo, ¿podrás preguntarle a la Virgen para qué quieren tantas minas los árabes resucitados? Ella debe saber. Debe vivir en el mismo barrio.

Nosotros cogíamos también, claro, pero no nos reproducíamos, pasó lo propio de la abundancia: nos dedicamos casi exclusivamente al placer. Y a comer carpa en guiso, con chimichurri, en chop suey, en puchero, con salsa agridulce, en salpicón, saltada con verduras, con polenta, en ceviche y, obvio, asada. Dos días estuvieron la Colorada, Dani, el Gallo y Cleo encerrados con Wan para aprenderse bien las recetas. Dos días enteros en Hermosura, el súper chino que nuestro chino tenía a dos cuadras de la entrada principal de El Poso. Era un galpón de mierda en el que vendía cigarrillos de a uno y medios cafés y fideos y arroz y vino en caja y tintura rubia porque en la villa las mayorías querían ser rubias como en casi todas partes. Tenía música también la Hermosura: llena de una melodía horrible estaba, una especie de feng shui funcional de evangelistas chinos que nuestro hombre taiwanés disfrutaba en serio. Se pasaba horas y horas en la caja canturreando, guardando billetes y sonriéndole a todo el mundo. «Es difícil ser extranjero», nos explicó después. Y ahora sabemos que no mentía.

Dos mujeres de El Poso que empleaba en el supermercado le contaron nuestro proyecto ictícola. A Wan le encantó, lo tomó como una causa propia y se aplicó tan industriosamente como si lo fuera. Sin dar muchas explicaciones, salvo un nostálgico «papá Wan carpas Taiwán», se sumó a las huestes de El Poso: todos los días aparecía con sus siete chicos a darles de comer a las carpas que conseguimos robar del Parque Japonés. Ni siquiera le importaba que la villa, además de proveerlo de empleadas baratas, lo proveyera de los pibes que lo asaltaban de vez en cuando. Se limitaba a saludar con un «yo conozco vos, no robar más Wan» a los que se iba encontrando en los pasillos; quién sabe, tal vez consideraba que el

trabajo de las madres compensaba los desmanes de los hijos o buscaría que lo dejen en paz de una vez. Y por supuesto que lo dejaron en paz: como él mismo decía, «yo chino, no boludo».

Se habrá ido por lo mismo que nos fuimos nosotras, una mezcla de miedo y asco y ganas de seguir viviendo. Por ahí a él también se lo ordenó la Virgen, como afirma mi amada, aunque Wan no creía en Santa María. Estaba contento en la Argentina: «China impuesto hijos», decía, «mucha gente, todo amontonado. Acá mucho más mejor».

Al Parque Japonés fuimos el Gallo, Daniel, la Colorada, Cleo, Wan, Helena, el Torito y yo. Hay que decir la verdad: lo que más se reproducía eran las carpas, sí, pero los que más cogían eran Helena y el Torito. No sé para qué vinieron esa noche: se pusieron a garchar arriba de un puentecito de bambú y se cayeron al agua y a partir de ahí no hicieron otra cosa que reírse. De todos modos no nos fue difícil conseguir las carpas. Aunque la Colo tal vez no estaría de acuerdo conmigo: tuvo que seducir al par de vigilantes, «en quince minutos los liquido a los dos, apúrensen que me da un poco de asco cogirme a estos cobanis», dijo con voz bajita y una pija policía en cada mano. Era el precio de la entrada al parque a medianoche.

Cleopatra se puso a rezarle a la Virgen para pedirle perdón, «porque no está bien robar, y menos bien todavía está chuparle la pija a los vigilantes». Wan, que casi nunca tenía nada que decir, por lo menos en castellano, consideró necesario aclarar: «Yo Jesús, Virgen no cree» y Cleo interrumpió su comunicación con la Santa Madre para mirarlo con dientes en los ojos. Intervinimos y les recordamos que Dios es amor, que las diferencias no importan mientras amemos al prójimo. Les resultamos convincentes. Cleo volvió a rezar y Wan a elegir las carpas «más buenas, más huevas, más hijitos». Debe haber hecho una buena selección: nos llevamos unas veinte carpas gorditas y de todos colores metidas en bolsitas de nylon con agua. Eso fue en noviembre y en marzo teníamos mil doscientas.

14. Qüity: «Aguante, Virgen Cabeza»

*Aguante, Virgen Cabeza
que esta Catedral miseria
is a very serious thing
aunque una fiesta sin fin
de pura merca y cerveza
nos tenga de la cabeza.*

Se reflejaba en el agua turbia del estanque. Miraba para abajo con las manos extendidas, siempre lista para dar refugio. A veces, cuando llovía, los chicos anudaban un nylon entre sus brazos y se armaban una carpita considerable. Por más villeros y chorros que sean, a los pendejos les gusta jugar.

Como un Narciso pobre y vestido de equeco, en el agua turbia del estanque, decía, la Virgen de El Poso se miraba noche y día. Y día y noche las carpas le rompían el reflejo con sus saltitos blancos, naranjas y rojos. Y marrones también, por el barro que levantaba su voracidad inquieta. Los vecinos la cuidaban a la Virgen. Le ponían piloto si llovía, pulóveres si hacía frío. ¿Vería su efigie de espantapájaros la Santa Madre?

Para Navidad le enredaron lucecitas en los rayos dorados. Que simbolizaban la virginidad lo supe mucho después. ¿Por qué rayos, Cleo?, pregunté. ¿La tendría brillante o aguerrida la Santa Madre?

No solo ella miraba al estanque. La villa entera lo miraba. El caos villero se ordenó como si los años de miseria y precariedad, los pasillitos llenos de mierda, los pedazos de chapa, los ladrillos de diferentes clases y

tamaños, las paredes en falsa escuadra, los pibes desaforados, todo se hubiera originado en la falta de un estanque. En cuanto lo terminamos, cada cosa empezó a parecer parte de un plan, algo con sentido y objetivos. Como si ese miserable laberinto hubiera sido objeto de diseño, la miseria empezó a ser austeridad.

«Lo que es el estanque es la villa», decía Daniel y de alguna manera Cleopatra también lo pensó y coronó la puesta en abismo colocando otra Virgen sobre la muralla: un rectángulo contenía a otro y a los dos los protegía una Santa Madre. Entre esas dos madres se quedaron los pibes. Querían bombear, hacer guardia, alimentar a los peces, organizar las cosechas. En el espejo del estanque se vieron también ellos y se encontraron, aun en la previsión de lo más feroz. Porque ellos sabían con qué bueyes araban y se dieron cuenta de que a nosotros también iban a echarnos las redes y se quedaron igual, entre las dos vírgenes, para dar pelea.

Les había empezado a gustar la vida, esa comunidad carnícera de carpas, salir en la tele cuando venían a hacer notas sobre nuestro emprendimiento ictícola, coger con las chicas de la facultad que venían porque les servíamos para sus papers y los miraban como héroes. Alegría sentían. Puede parecer poco pero hay poco más que pedir. Los santos también se quedaron: los pusieron sobre la muralla para que la Virgen no estuviera sola allá arriba, y para «que nos cuiden para siempre», decía riéndose el Gallo y se persignaba mientras metía cemento en las patas beatas; cuarenta santos de diversas santidades nos miraban y se miraban, además de las cámaras de la policía y de la televisión, que también nos miraban, se miraban y se duplicaban en el estanque.

Desde la autopista se los veía de espaldas a los santos, paraditos sobre los exhibidores de carteles, que, esos sí, estaban de frente. Baltasar Postura, el intendente, había decidido aprovechar cada centímetro del muro; los santos parecían enanos concentrados en el interior de la villa y hacían bien, para los del exterior estaban las iglesias y sus santos esculpidos en mármol y madera y yeso.

Los de afuera, los que les veían las nuca a nuestros santos de cemento, los de las catedrales, los que se reflejaban en los carteles publicitarios como todos nosotros en el estanque, empezaron a hablar de «los santos negros» y de «la Catedral Cabeza». Cuando veíamos su efigie de rodete en las paredes de los ranchos, nos preguntábamos qué haría Evita si Evita viviera: ¿llevaría a Cleo a trabajar con ella codo a codo a la Fundación? ¿Nos mandaría lluvias de regalos desde sus Pulquis? ¿Se lo llevaría al Torito a Olivos? ¿Vendría a tirar cascotes a los jardines de las mansiones de las que nos dividían apenas un muro y algunos miles de dólares de ingreso per cápita? Si Evita viviera seríamos peronistas.

«Y ni que hablar de cómo se sentiría el Che Guevara», decía Daniel cada vez que veíamos su efigie barbada en los bíceps de los pibes. De los de Maradona se copiaban todos, querían tener algo en común con el brazo de Dios que, justamente en esos días, pasó a la inmortalidad con un plumero en el culo, dos adolescentes escondidas en un placard y promediando una raya generosa, larga y gorda. «Viejo hijo de puta, tomaría merca de primera, acá revientan todos a los treinta», dijo Jonás. «Vos te olvidás de que era deportista, men sana en cuérpore sano», le contestó Cleo sin pensar mucho en lo que estaba diciendo. Quería convencer a los pibes de que hicieran deporte, le parecía la salvación misma que les diera por ir a jugar a la pelota en vez de fumar paco. Les daba sermones y los pibes la escuchaban y de a poco se iban «rescatando», decían ellos, inmersos también sin darse cuenta en el campo semántico de la salvación.

Tan glotones y coloridos como nuestros peces, comíamos juntos al mediodía y a la noche, todos comíamos, de alguna manera alcanzaba y encima quedaba rico. «La multiplicación de las carpas», decía Daniel con un poco de resignación cuando miraba las interminables hileras de peces extendidas sobre diez metros de parrillas improvisadas. El asado era nuestra forma predilecta, los gourmets villeros tenían su decálogo secreto para asar casi cualquier cosa. Faltó que asaran gatos nomás. El fuego lo hacíamos con lo que encontraban en la calle: diarios para encender y madera. Talaron la mitad de los árboles del barrio los salvajes. A los gritos

se charlaba en esa mesa larga de tablas y caballetes, la música la apagaban solamente cuando Cleopatra, a la mañana y a la noche, rezaba sobre el borde del estanque, entre Jesús y su madre. A veces, cuando no se descontrolaba la fiesta, después de cenar nos contaba algunas de las cosas que le contaba la Virgen. Milagros eran. «Escuchenmén», vociferaba parte en rioplatense orillero, parte en español cervantino: «y sabed lo que fizo Santa María con un bardo que armaron los diablos para afanarse el alma de un peregrino, que eran de los que caminaban hasta la iglesia que les quedaba más lejos, como los que ahora van caminando a Luján: para que valga, la iglesia tiene que quedar en la loma del orto». Y se largaba a contar una cantiga de las que recopiló Alfonso el Sabio hace ocho siglos: después de pasarse la noche cogiendo con una puta, el peregrino seguía su peregrinación hacia Santiago de Compostela alegremente, sin confesarse. El diablo, que aparentemente compite con Dios para ver quién se queda con más almas y le gana por robo, se disfrazó de apóstol Santiago y se le apareció: «Debes salvar tu alma para que no arda eternamente en el lago de fuego del infierno, donde caerás sin mi ayuda, por eso te digo: elimina lo que te fizo pecar, córtate el miembro culpable». El peregrino se la cortó y se murió desangrado en el camino. Los diablos lo consideraron suicidio y vinieron en legión para llevárselo al infierno. Y aquí llegaba la moraleja; Cleo no contaba cuentos para distraernos y nada más: «Suicidarse es pecado, ¿me entienden? Hay que morirse cuando Dios quiera y no cuando a uno se le ocurre. Porque suicidarse no es solamente cuando lo hacés queriendo y te pegás un tiro en la cabeza: también es cuando tomás demasiadas drogas o cuando cogés sin forros, ¿me entienden?», intercalaba, y después terminaba la historia: interviene la Virgen, considera que el peregrino se la cortó engañado por un diablo y lo resucita. Pero no del todo: deja que los perros se coman la pija, así el hombre no vuelve a caer en la tentación y no corre más riesgos de ir a parar al infierno.

La carcajada fue unísona; había fe, pero al infierno nadie le tenía miedo en la villa. Coincidíamos, para todos la vida tenía un sentido nuevo y nos queríamos en esa novedad, en esa alegría que vivíamos y estaba

también en la cara de los otros, era una fiesta sostenida, valía la pena vivir, éramos libres en esos días de alegre multitud. Los pibes empezaron a estar bien: la villa se llenó de gente, estudiantes, fotógrafos, militantes de ONG que administraban el diezmo de la culpa, antropólogos, periodistas. Los villeros empezaron a ir a las universidades para contar su experiencia autogestiva, a ser entrevistados como ejemplos de que en «este país el que se esfuerza recibe su recompensa», a viajar a las provincias para conocer los emprendimientos de otros grupos de carenciados. La prensa empezó a hablar del «sueño argentino» para referirse a nosotros.

15. Cleo: «Mi amor, te olvidás de todo»

Mi amor, te olvidás de todo vos, voy a tener que grabarte cada dos páginas que leo, no vamos a terminar nunca si seguís así; tengo que decir la verdad: hablaban de «sueño argentino» pero nos cagaban a tiros. Festejábamos cuando no nos mataban a los cien porque nos tiraban, como a los patos de lata de esos parques de diversiones que paraban cerca de la villa cuando yo era chico nos tiraban, como si les dieran premios. Yo me los imaginaba, a veces cuando ya era una chica, ligándose un peluche por cada negro muerto. Porque nos tiraban por eso, mi amor, por negros, por pobres, por putos, por machos, porque nos cogían o porque no nos cogían; qué sé yo por qué: a lo mejor practicaban para la guerra.

La Virgen dice que nos tiraban porque los tentaba Satanás y además dice que si no me di cuenta de que siempre estamos en guerra. Yo no estoy segura, perdón, Madre Santa, pero Satanás nos tienta a todos y no andamos todos por ahí a los tiros. Bueno, casi todos andan, tenés razón, mi amor de mi vida. En eso sí que estás de acuerdo con la Virgen vos, quién te entiende. Entonces festejábamos cuando a los cien tiros no había muertos, porque era un milagro que no nos dieran, y ahí tenés una prueba de la existencia de Santa María, no puede ser que no te des cuenta, mi vida. Y por eso nos pusimos nosotras adelante cuando marchamos a la municipalidad. Yo, porque sabía que me protegía Santa María. Y las otras chicas porque creían que eran una armadura esas tetas tremendas que nos hacía el enfermero Gómez, ¿te acordás de Gómez, vida mía, el que hacía abortos y ponía tetas? Esas siliconas industriales que nos ponía nos hacían unas tetas enormes, duras, que parecían perfectas o parecían de mentira. Sí, ya sé que mis tetas de cincuenta y cinco años no pueden estar más

duras que las tuyas de treinta y cinco, mi amor, pero están. No te quejes, Qüity: podrías ir al mismo cirujano que yo y, además, a mí me calientan las tuyas así como están, un poco curtidas de maternidad. Porque hay que decir que aunque sos un desastre con María Cleopatrita, no sé qué sería de la nena sin mí, le diste la teta casi un año. Después la tratás como si fuera una muñeca o una ocupación, como tratás vos a las cosas: la querés porque te quiere y te necesita pero no te la aguantás por lo mismo. No importa, igual estoy yo.

La cuestión es que en la villa todos festejábamos cuando no nos moríamos, y si estoy hablando es porque he tenido muchos días que festejar. La Virgen quiere que yo siga viviendo, ya ni sé cuántas veces me salvó, yo tampoco puedo creer que me haya elegido para la misión de decir lo que ella tiene para decir, es raro que ella, que es Virgen, me haya elegido justo a mí, que me comí más porongas que una geisha centenaria. Ella dice que no sabés lo que era pretender hablar siendo una madre judía soltera de quince años hace dos milenios. Ni siquiera se habían inventado las idishe mame, me explicó: un quilombo era, les parecía más tremenda que lo que les parezco yo ahora. Tal vez por eso me eligió a mí, como que se identificó conmigo porque a mí tampoco me querían dejar hablar en ningún lado, nada más querían ponérmela o que se las ponga y que me vaya. Pero lo que estaba diciendo yo es que como nos tiraban y nos tiraban y como teníamos tetas duras que no se doblaban pero estallaban porque, ay, todos los escudos se rompen en algún momento, entonces no importaba: hasta por los chalecos antibalas pasan balas, mi luz buena. ¿Cómo no contastes que fuimos a reclamar justicia y que nos pusimos nosotras, todas las travestis de la villa, al frente de la marcha cuando fuimos para la intendencia a pedirle, a exigirle más bien, a Baltasar Postura que respetara nuestros derechos?

Y no estamos hablando de que nos pongan nuestros nombres de mujer en los documentos, total nadie tenía documentos allá, estábamos hablando del derecho a vivir aunque nos dijeran Guillermo, Jonathan o Ramón: te pueden decir cualquier cosa si te dejan la sangre dando vueltas por las venas todos los días, que es como corresponde que ande la sangre. Ese día

le pedimos a Postura que nos saque de encima a la Bestia, que le daba por hacerse el apocalíptico cuando las chicas no le pagaban el diego y hablaba de Jehová y la carne consumida por el fuego y las prendía fuego nomás y a los pibes los colaba a balazos si no le laburaban. Y se cogía a todos.

Fue rápida la justicia: el jefe Juárez estaba cansado de la Bestia porque hacía mucho quilombo y los de la municipalidad estaban hartos de la agencia. Por más que seguían cobrando coimas, y yo sé que les pagaban, Qüity de mi alma, ganaban menos plata que antes y no había pasado tanto tiempo como para que se olvidaran. Chocó y se prendió fuego el auto, ¿te acordás? Le habían cortado la manguera del líquido de frenos o algo así. Me dijo la Virgen que le dijo Jehová que el olor de esa carne consumida por el fuego lo había apaciguado. Y sí, Qüity, Él también es un poco feroz.

16. Qüity: «¡Flores, flores!»

«¡Flores, flores! ¡A la Virgen le salen flores de las manos!», gritaba el Torito y se tiraba al estanque, supongo que adentro de una cápsula de colores confusos y brillantes hecha con cristales de MDMA, hasta clavarse en el barro a las carcajadas. «Las carpas», se reía, «las carpas me chupan mejor que nadie», seguía riéndose y extendía los dedos que efectivamente las carpas intentaban tragar con tanto fervor como falta de éxito. Fue un tiempo de bocas abiertas: las de las carpas, que hacían «o» y trataban de tragar todo lo que se les cruzaba; su forma de estar en el mundo era tratar de comérselo. Los huesos de los muertos en el lecho del estanque barroso, los dedos de los vivos en la superficie airosa. Y el mundo se las comía a ellas: ahí estábamos nosotros con el corazón contento de carpas y cagándonos de risa, sin pensar demasiado en que también nos devorarían: desde sus helicópteros, los dueños de las cosas nos veían igual que veíamos nosotros a las carpas. Como cosas, claro. Fuimos libres todo ese tiempo en que el Toro creía ver flores saliendo de las manos de la Virgen. No es que no nos mataran por entonces: cada tanto sí, bajaban a alguno, la policía y la agencia nos cocinaban a tiros. Y cada tanto algún pibe cagaba de un tiro a otro, por supuesto. Si vamos a contar todo, y estoy agregando este capítulo por sugerencia tuya, Cleo, tenemos que contar que los descerebrados cuando se daban vuelta si les daba por pelear se cagaban a tiros y no había Virgen que los disuadiera.

Pero estábamos en temporada de milagros y pensábamos que la estatua torpe de la Virgen Cabeza irradiaba un escudo protector, eso lo creíamos un poco todos, de una manera u otra. Yo, pueblo en el pueblo como una gota de mar en el mar, creía en el pueblo unido. Como fuera, a nuestra

Virgen le salía de todo por todas partes y nosotros creíamos en milagros y éramos felices. Si hubiera sido de las que lloran sangre, hubiéramos pensado que estaba menstruando: no teníamos lugar para lágrimas. Eso fue después. Entonces estábamos casi todos vivos, y festejábamos esa ocurrencia y esa persistencia de nuestras vidas. Siempre había alguno que contaba los tiros de los ratis y cuando llegaban a cien sin víctimas humanas ni sacras, cumbia, porro y cerveza. No le tomaba mucho rato al Toro empezar a flotar entre margaritas que salían como «en un vientito» de las manos celestiales. Les daba duro a las pepas. Conseguía unas con imágenes santas y sobre todo prefería la del sagrado corazón. Las chupaba arrodillado en el estanque con la misma fruición que las carpas chupaban sus dedos. «Dios es amor», nos decía, «Dios es amor». Todos nos reíamos. Y éramos Dios, algo de lo sagrado circulaba entre nosotros. Por ahí tenés razón, Cleo, mi amor, por ahí era la Virgen hecha aire puro. Es cierto que logramos que no hubiera ni olor a mierda.

17. Qüity: «Estuvimos el tiempo suficiente»

Estuvimos el tiempo suficiente para que ir a darles de comer a las carpas se hiciera un ritual. No sé de dónde sacaron la costumbre, pero nuestro estanque de icticultura se había transformado en la Fontana de Trevi para los pibes, nunca salían a trabajar sin antes ponerse de espaldas al estanque. Agarraban los rosarios con una mano y con la otra tiraban monedas para volver. En ese momento no tenía tiempo de detenerme en pareceres: las palabras, las imágenes, todo se me consumía y no quedaba resto que salvar. Entonces no me detenía, pero se nos hizo costumbre, esos pibes saludando a los peces y a la Virgen fueron el punto quieto de nuestro vértigo, ellos, los que siempre iban a morir. Lo hacían con gravedad, serios, aunque estuvieran descerebrados de paco y aunque vinieran de una gira de tres días sin dormir. Se concentraban, las caritas desquiciadas se componían, los músculos desencajados armonizaban, el deseo de seguir viviendo y la creencia de que ese pedazo de cemento pintado de madonna podía ayudarlos era lo único capaz de reunir el amasijo de nervios, emociones y pensamientos sueltos que era la vida de los pibes. Vistos de a uno, fuera de la masa de morochitos que fabrican los medios, eran todos hermosos en su furia, como Aquiles cuando en la muerte de su amigo ya no resiste y se entrega a la ira, cede al destino. Ah, la furia chorra de los pibes chorros.

Cleo estaba acostumbrada, es una de ellos; lejos de conmoverse, los puteó: «Pero escuchenmén, pelotudos, ¿nos quieren cagar matando todas las carpas a monedazos?, ¿no se les ocurre nada mejor que hacer con las monedas?». Se les ocurrió ir al Parque Japonés a comprar bolsitas de comida. Causaron alarma en la comunidad nipona que levantaba la vista

de los cuenquitos de té, largaba los palitos y se ponía los zapatos cada vez que aparecía en su parque la banda de adolescentes flacos con zapatillas y armas que les quedaban grandes. Pensarían en niños de Mishima vestidos con ropas de sus padres.

Helena Klein apareció de golpe. El Torito había ido a laburar: cuando liberan zonas tenían que ir todos, el taquero en persona tomaba lista. Y todos iban, sin dejar nunca de pasar antes por el estanque para tirarles comida de espaldas a las carpas y a pedirle de frente a la Virgen que los cuide, que no sean ellos los que pierdan esa noche. Porque alguno iba a perder, la cana tiene que justificar sus honorarios fijos. Del botín, los pibes se quedaban con el treinta por ciento. Y corrían con los gastos funerarios. Acá tengo los mejores térs de todos los países y teteras chinas. Me hice coleccionista. Mi hijita no entiende que no puede jugar con ellas, no entiende que me sostengo en esos pequeños placeres egoístas. A ella la sostienen su furia y su alegría. Es una mujer con confianza esta nenita. La alegría y la confianza se las debe a su otra madre, a la loca de Cleopatra, que sigue hablando con la Virgen, ahora por las playas de Key Biscayne.

Helena, la pelirroja, apareció de la mano del Torito después de una de esas noches, el Torito había querido asaltarla y no pudo, ella se enamoró «a primera vista» y le dijo «qué hacés, pelotudo», él le explicó y le afanaron juntos unas joyas a la madre y la señora de Alvear sospechó un poco cuando le vio los aros de la abuela a la mujer del comisario en la Catedral un domingo y el comisario le vio la mirada y le dijo que los había comprado en la calle Libertad, «vio qué hermosos» y la señora de Alvear «que sí, que son lindos y son míos además». Allanaron el boliche de unos bolivianos joyeros, el comisario tuvo un ascenso, la señora recuperó sus aros y los bolivianos volvieron a Bolivia. Helena apareció, entonces, y nos dijo que ella sabía de peces, que su padre le había construido un acuario cuando ella tenía cinco años y que poquito después el padre se suicidó, Helena está convencida de que fue culpa de su madre y su familia católica, y se dedicó a sus peces hasta tener uno de los acuarios privados más espectaculares de Sudamérica. Es oceanógrafa, «hay muchas formas de tener un padre», dijo y sin ninguna otra explicación se fue quedando. A su

madre, la señora de Alvear, antes viuda de Klein, la tranquilizó un poco que la nena anduviera por la villa ayudando a los pobres al amparo de la Virgen: si bien no ponía las distancias que corresponden con esa gente, seguramente una falta de discriminación propia del idealismo adolescente, pensó, era mejor que hiciera eso; en última instancia era caridad, lo que después de todo habían hecho de un modo u otro todas las mujeres de la familia desde que los hombres se decidieron a servir para algo y alambraron y empezaron a juntar dinero. Buena falta les había hecho antes de que la familia se hiciera un apellido, antes de América. El Torito era medio inca, bruñido, lustroso, tenía un cuello potente, de animal joven, por eso se ganó el sobrenombre, Eusebio creo que se llamaba el Torito y se hizo también costumbre, naturaleza de las cosas era verla a la pelirroja, Helena, montándolo en cualquier parte. «Decid a mi padre que Europa ha abandonado su tierra en la grupa de un toro, mi raptor, mi marinero, mi compañero de cama. Entregad, por favor, este collar a mi madre», recitaba cada vez que la veía trepada al Torito, ese inca pobre que devenía Zeus entre las piernas mágicas de su Helena.

Trabaja acá nomás Helena, estudia el lenguaje de los delfines, «lenguaje, lenguaje no es, chistes no hacen», aclara, en el acuario universitario, más grande que el de su infancia. Al Torito lo pudo rescatar después del desastre, solo tuvo que amenazar a su familia y coimear a un juez para traerlo a Miami, pero ya estaba hecho mierda el Torito, «con tanto amigo muerto la vida me hace daño», dijo un domingo y el miércoles lo encontramos desteñido y opaco con una sevillana clavada en la garganta. Helena se casó con un biólogo brillante también apellidado Klein, para ser Klein Klein, dijo, en el nombre del padre y se fue a pasar la luna de miel a Israel, estaba «acostumbrada a andar cogiendo entre milicos y contra una muralla», dijo también.

Fue acá en Fort Lauderdale donde le compusimos estos versos al Torito. Podemos incluirlos en el libro porque no son parte de la ópera cumbia. Cleopatra los recitó en su velorio, más triste que un viernes santo:

Dale la mano al fatigado ingenio
Amor, y al frágil y cansado estilo,
para cantar a aquella que se ha vuelto
inmortal ciudadana de los cielos

¿inmortal y ciudadana?

¿era Evita la finada?,

¿la poesía es de Perón?

¿of the first trabajador?

No, de Petrarca y era

al aura, al laurel.

A su Laura in the vergel

le cantaba azul un ala,

I love you y ajerejé,

al compás de una vigüela

ahí se ponía a rememorar

ella era onda la Gioconda

and she was, ella re-was

y no solo como Troya.

Vengo a cantarle a Magoya

qué pasó con el Torito:

lo encontramos de chiquito

en el medio de la villa

y fue for ever and ever

que se quedó en la familia.

De gauchos guachos rellena

está la pampa asesina:

nobody que los proteja

y without dog que los ladre

andan las guaguas sin padre

como anduvieron before

los babies de Agamenón:

¿Cómo podré dirigir
las plegarias to my father?
¿Diré que vengo acaso
a ofrecerlas al esposo
en el nombre de la Virgen,
lo que es decir de mi madre?
Eran otras orfandades
las de los crazys atridas
para el Torito la vida
from beginning to the end
fue siempre una res jodida
y lo hicieron fenecer
en un cayo de Florida.
El puto american dream,
fue la muerte para él:
le cortaron la garganta
a refalosa y tin tin.
El forense de latinos
de la Miami Police
pensó en un psycho-argentino:
diz que le oyeron decir
que es costumbre nacional
esa forma de matar
y que tenemos un baile,
que danzan hasta los frailes,
the dance of la refalosa,
y la cantamos así:
«abajito de la oreja,
con un puñal bien templao
que se llama el quitapenas,
le atravesamos las venas
del pescuezo.
¿Y qué se le hace con eso?

larga sangre que es un gusto,
y del susto
entra a revolver los ojos».
Ese fucking policía
doesn't know romancería:
si supiera él pensaría
que el killer was español
o judío sefaradí,
un chileno o un mexicano,
ellos cantaban así:
«Por regalo de mi vuelta
te he de dar rico vestir,
vestido de fina grana
forrado de carmesí,
y gargantilla encarnada
como en damas nunca vi;
gargantilla de mi espada,
que tu cuello va a ceñir».
¿Y el Torito se fue al cielo
con la Laura de Petrarca?
Se fue, seguro que sí
Pero el check-in fue un desastre
porque alguien lo degolló
para verlo refalar
¡en la sangre!
hasta que le dio un calambre
y se cayó a patalear.
Después fue fiambre:
¡Oh limitada jornada,
oh frágil naturaleza!
Hoy is born la tierna flor
y hoy mismo her way termina;
todo a la muerte se enfila,

va a parar al asador
cada bicho que camina.
Acá yerto el matador,
acá está el amigo muerto
acá el cuerpo ceniciento
como restos de un almuerzo.
Nos venía a visitar
con latitas de caviar
que afanaba en Recoleta,
todo el día con champán
pagado por ladys chetas
que colgaban con pasión
de su hot neck de animal
que ahora yace fileteado
en la morgue judicial:
la muerte es siempre temprana
y no perdona a ninguno.
Dice Cleopatra que dice
la que aplastó a Satanás
que igual se murió el Bautista
y toda una larga lista
diz que elegidos del Lord
y creemos que al señor
le da por sacar de villas
a los que quiere llevar
a gozar sus maravillas.
Suelen decir nuestros niños,
desde la más tierna edá:
we that are young
shall never see so much
nor live so long.
Aunque atemos a la suerte,
No nos salva ni el destierro,

es super fast nuestra muerte:
nadie llega a los cincuenta
siempre hay bala o puñalada
transformándonos en tierra,
humo, polvo, sombra, nada.

18. Qüity: «Era la rata del mal»

*Era la rata del mal
si se mordía a un dead man
lo transformaba en carroña
y no había cocaína
ni alcohol ni benzodiapinas
que reventara a esa roña.*

Casi todos los animales tienen más poder de frente que de espaldas. La rata de mis pesadillas no. Vista a los ojos era asquerosa, repulsiva, inmunda, pero no causaba pérdida de perspectiva. A las alimañas se las aplasta, como hizo la Virgen, hace milenios y descalza, con la serpiente. Aunque la virginidad no era uno de mis atributos, se ve que alcanzaba con ser mujer porque le miraba el hocico y tenía la certeza de poder pisarla hasta convertirla en una lámina peluda, en un pedazo de alfombra, en una hojita que podría llevarse cualquier viento.

El terror lo sentía cuando se alejaba. Rara amenaza mi rata, que quebraba certezas y perspectivas en retirada. De espaldas, me hundía en un vértigo viscoso y frío, en una caída libre, una vulnerabilidad sin límite que siempre me llevaba a otra pesadilla: soñaba que me despertaba con una resaca monumental —martillazos en la cabeza, náuseas, diarrea, angustia— Y todo empeoraba cuando miraba alrededor y veía una montaña de cadáveres, de origen tan inexplicable como mi presencia ahí: no recordaba cómo había llegado, no sabía si me tocaría ser el próximo cuerpo apilado y

no podía ni caminar porque las piernas no me respondían o porque me resbalaba en mis propios vómitos o en mi propia mierda.

Mi rata arrastraba un miriñaque de excrementos y fósiles, un rastrillo de mierda y huesos afilados como para ararnos de muerte la villa entera. ¿Cómo no iba a ser aterradora una rata con arado de fósiles en El Poso, que es pura tierra y barro? En el reino de los cartoneros reinaba ella, con su carrito hecho de la carne y los huesos de los muertos que había transformado en carroña con su simple mordida.

La cartonera de mierda me persiguió en sueños todo el tiempo que estuve en la villa. La primera vez me aterrorizó. Me desperté, pero no pude moverme del catre que ocupaba en el rancho de Cleopatra. Me quedé muda y quieta y todavía sugestionada, casi dejé de respirar escuchando el ruido grave que, creí, hacía mi rata afilándose las garras contra las paredes siempre húmedas en todos los ranchos de la villa, y agradeciendo a la Virgen que la borrachera de la noche anterior me hubiera desmayado antes de que se me ocurriera desvestirme y sacarme los borceguíes. El pánico siempre me hace nacer dioses.

Con la certeza de que solo me atacaría si dejaba de estar alerta, pasé muchas noches sin dormir. Noches enteras conjurando a la rata onírica con el ruido que hacían las legiones de las ratas reales, que saltaban y corrían arriba de las chapas de los techos en una coreografía incesante y compleja. Empezaba arriba, pero se desarrollaba en varios niveles. En el suelo, las vampiresas amantes de las sobras chocaban contra las cajas de tetra que se caían de las mesas hasta cuando no había viento. Creo que esos eran los gatos: en la cadena alimenticia de El Poso, las alimañas se dividían los víveres por alturas. Éramos una villa ecológica, reciclábamos casi todo, hasta la misma mierda que se comían las ratas reales, las fiesteras after hour, las coprófagas.

La cadena empezaba por nosotros o por lo menos eso creíamos: tomábamos, comíamos y cogíamos más o menos como cualquiera, tal vez un poco más, como todo el mundo cuando sospecha que se acaba el mundo, seguramente más que cualquiera, nos desbordábamos, no podíamos contenernos, no era el alcohol porque bailábamos tanto que se

nos evaporaba en sudores, en frenesís rítmicos, en ardores que exorcizaban hasta demonios y no estoy metaforizando. Había danzas que expulsaban diablos, gente que se desmayaba y cuando volvía en sí pedía perdón a todos por sus ofensas: así, algunas noches terminaban en confesiones, llantos generales, abrazos. Ernestito se convirtió a la Virgen después de una tremenda orgía de reggaeton. Bailó como un poseso hasta que se cayó y cuando se despertó apagó la música, se arrodilló frente a la Colorada y le dijo que basta ya de conseguir guita chupando pijas, que sembraran zanahorias, que él no pensaba comerse ni una hamburguesa comprada con el orto o la poronga de ella. Ni con los de él. Que había visto a la Virgen mientras bailaba y que la Virgen no quería que ellos vivieran de garchar y que, además, desde que estaban las carpas y sembrábamos tomates y zapallitos, comida no le faltaba a nadie en El Poso. A la Colo le pareció que tenía razón y terminaron los dos arrodillados a los pies de la Virgen del estanque y todos los demás atrás de ellos, también llorando.

No era la jarra, ni el alcohol que le echábamos a la jarra ni los psicofármacos que le echaban los zarpados a la jarra de alcohol, creo yo, pero igual se nos caían las cosas y nos caíamos nosotros, aunque tampoco era siempre el trance místico lo que nos abatía. Yo he caído poco y ninguna de las veces que caí fue por empuje de la divinidad. Si las fiestas me hubieran pasado en mi época de periodista, hubiera usado el grosero calificativo de «borrachos» para describirnos: el periodismo no es un oficio de sutilezas, pero para entonces casi no ejercía. En esas fiestas me fui convirtiendo en letrista. Hay que decir que no de las más sutiles.

Místicos, extáticos o borrachos, como sea, dejábamos muchas cosas tiradas al final de nuestras cenas. Lo que quedaba arriba de la mesa se lo comían los gatos y los pájaros y tenían escenas tensas. Los gatos miraban a los pájaros con ojos pensativos y los pájaros miraban a los gatos con ojos asustados pero no se iban, no renunciaban a su parte del banquete ni aun corriendo el riesgo de transformarse ellos mismos en manjares. Por supuesto, a veces los gatos pasaban de la contemplación a la acción y, zarpazo o mordisco mediante, les vaciaban de miedo los ojos a los pájaros. Nuestras aves eran también noctámbulas, toda la villa era un quilombo de

bichos desvelados: las palomas (*Columba palumbus*), los gorriones (*Passer domesticus*), las cotorras (*Myiopsitta monachus*), los chingolos (*Zonotrichia pileata*), los zorzales colorados (*Turdus rufiventris*) y las torcazas (*Zenaida maculata*). Eran una avanzada latina, incesante e insomne. Teníamos plagas de cotorras que correteaban con las ratas, también ellas por arriba de las chapas, y se escondían en las macetas enormes de malvones que Cleo había ordenado —por sugerencia de la Virgen— poner en los techos en lugar de los ladrillos y restos de demolición que normalmente los aseguran en este tipo de arquitectura. Vista desde el cielo, la villa sí era un jardín, era un bosque de malvones con nidos y todo. Hasta horneros (*Furnarius*) alojaban los malvones, que terminaban germinando también sobre los nidos.

Lo que no se comían los pájaros ni los gatos se lo comían los perros. Ahí los que tenían ojos dubitativos eran los gatos y los que pensaban eran los perros y a veces la tensión estallaba en batallas que terminaban a los tiros. Los que el primer vecino que se cansaba de no poder dormir tiraba al cielo para que se asusten los perros, los gatos y los pájaros. Las ratas reales se quedaban igual. Parece que no les entraban balas.

Todo era morder, masticar, tragar: se escuchaban los crujidos, degluciones y quebraduras con que el mundo se come al mundo. Nuestras ratas roían todo lo que sobraba, la cáscara y el carozo de todo: los cueros de papas y naranjas, los espinazos de las carpas, los papeles engrasados que habían envuelto salamines, las cajas de pizza, los pedazos de uñas que escupían los villeros ansiosos, los potrillos que parían las pobres yeguas entre los carros, la leche que escupían las putas, los pelos que caían de las extensas afeitadas travestis, la mierda de cada uno, esas cosas se comían las ratas de la villa, sacadas también ellas de la merca que se nos caía o se nos quedaba arriba de las fórmicas de las mesas sobre las que también fornicábamos.

Y los tetras, a los tetras se los chupaban y después los masticaban despacito, igual que a los forros usados. Terminaban borrachas, subidas a las paredes del estanque, mirando para abajo, quién sabe si tratando de reconocer su propio reflejo o lamentando no ser lo suficientemente

anfibias para poder aprovechar mejor el banquete de carpas de colores que daba vueltas ahí adentro del agua y que a veces se asomaba.

Las ratas miraban a las carpas y las carpas miraban a las ratas y todo quedaba congelado en ese instante de contemplación, que en general antecedió al amanecer. Lo único que se movía era el reflejo de los colores de la Virgen de cemento que presidía el estanque con sus brazos abiertos y hospitalarios, mecida por la brisa. En la villa nunca había vientos fuertes. Habrá sido por la gracia del paredón. O de la Virgen, quién sabe.

A veces, algunas de las ratas más gordas se caían al estanque: terminaban flotando como globos pestilentes. Y ahí las carpas, acostumbradas como estaban a que les cayera comida del cielo —el cielo éramos nosotros, los que quedaran en pie, que les tirábamos lo que sobraba antes de irnos a dormir, apenas terminábamos la fiesta—, dejaban la contemplación pero no la paciencia y se las comían despacito: las carroñeras esperaban que se pudrieran bien las ratas gordas y se las chupaban de a poco con sus bocas sin dientes. Cleo no quería, pero muchas veces se las dejábamos flotando: las carpas parecían alborozadas cuando comían la podredumbre de las ratas flotadoras, brillaban, se ponían más coloridas, el estanque parecía un jardín de flores carnívoras y mefíticas.

Después de las fiestas, casi todas las noches, seguían despiertos los pájaros, los gatos, los perros, las ratas reales y yo, que tomaba merca para no dormir y quedar a merced de mi rata imaginaria. Al mediodía tomaba whisky para irme a dormir la siesta, cuando a la luz del solazo bonaerense las amenazas de las pesadillas se desvanecían. Durante el día estaba segura de no poder ser devorada por una rata. Cuando empezaba a atardecer, volvía el miedo. Durante ese minuto cuarenta y uno que tarda el sol en caer desde que toca el horizonte, cuando en el cielo pueden verse siete azules, aparecen las primeras estrellas y se callan hasta las cotorras, empezaba la pesadilla para mí: la rata de mis sueños extendía su manto de terror al mismo tiempo que la noche el suyo de oscuridad. Y empezaba a pensar, a argumentarle al pánico que una sola rata imaginaria no podría nada contra mí, una mujer real.

Cómo no se me tornaba amenazante el resto de las ratas es una pregunta que no puedo responder del todo ni siquiera hoy. No estaba tan loca como para no darme cuenta de que una rata imaginaria no podría hacer de mí su cena pero muchas ratas reales tal vez sí. Pero ni aun en esos días tenía mucha fe en las multitudes: «Si el pueblo unido no tiene mucha conciencia de su fuerza unida, qué pueden saber un montón de ratas unidas», me decía. Ese pensamiento tampoco me dejaba dormir: alguna conciencia teníamos nosotros, como las ratas tienen olfato. De todos modos, por mucho que bebiera y tomara, no podía concebir un comando de ratas capaz de coordinar tácticas y estrategias; solo pensaba que tal vez pudieran medir fuerzas con su hocico, oliendo, en ese cuarto chiquito, de ladrillos robados, durlock, ácaros, humedad y chapas, a mucha rata y poca mujer. Viéndolas dispersarse pisándose entre ellas me dormía sin miedo aunque sin soltar el revólver. Por supuesto, nunca fue necesario probar si las ratas, unidas, podían ser vencidas.

En mi casa la amenaza ratera se hubiera evaporado en instantes y nunca hubiera vacilado mi ateísmo. En el barroco miserable de la villa, cada cosa siempre arriba, abajo, adentro y al costado de otra, todo era posible. Y, eventualmente, divertido: de tanta superposición, todo cogía con todo, hasta los caballos atados a los carros se subían sobre otros caballos atados a carros y se apilaban para coger aplastando carros y cartones.

De todas las siestas me despertaba la Colorada con una birra al estilo mexicano: apretaba la boca del vaso contra un montón de sal, lo daba vuelta, ponía los cubitos, les tiraba salsa inglesa, un poquito de tabasco y arriba la cerveza. Me gustaba la michelada y a eso de las siete siempre aparecía la ladera de Cleo con mi vaso helado. Me despertaba, tomaba un sorbo y sonaban los tiros y bramaban las columnas de sonido: «Hoy salgo pa' la calle cazando / a par de locos papi que están fantasmizando / yo siempre ando ready». Como una ceremonia, la cerveza, el picante y la sal me arrancaban del sopor y de la resaca del whisky de mediodía, la verborrea de la pelirroja me sacaba de las pesadillas y los tiros del principio de la fiesta de la cama.

Habíamos puesto lucecitas de colores colgando de los techos de los ranchos para los bailes. Se encendían y todo el mundo llegaba, como si fueran señales. Eran señales, como era una señal que alguien faltara dos o tres veces seguidas: o estaba preso o estaba muerto, así que buscábamos en comisarías y hospitales. La Jéssica aparecía siempre a la hora de las comidas. Pese a lo empastillada que vivía, nunca dejaba de cumplir con algunos roles de género. A Kevin casi no lo registraba, es demasiado precio un hijo por un polvo a los dieciséis años, pero durante las cenas le servía el plato y se ocupaba de que su ropa estuviera relativamente limpia aunque no supiera de dónde salía lo que tenía puesto su hijo, mi hijito. Se lo compraba yo, que gastaba fortunas en sus caprichos de hiphoper de jardín de infantes. O se lo traía Wan, que negaba toda paternidad pero se conmovía con Kevin: «No ser hijo Wan, pero parecer», decía, y le regalaba enteritos chinos afelpados y pintados con dragones que a Kevin le encantaban. Yo me lo imaginaba adolescente, con los dragones tatuados en los brazos y en la espalda.

El Gallo se afeitaba y bañaba a los catorce pollitos que tenía con la Colorada: apenas dejaron la prostitución, comenzaron a dedicarse a cuidar a cuanto niño anduviera suelto en la villa. Andaban muchos, y el Gallo se esmeraba en tenerlos limpios y bien peinados; los varones con gel, las nenas con dos colitas y los adolescentes con pirinchos decolorados y parados como si les hubieran puesto yeso. Es que antes de ser taxi boy el Gallo había sido albañil; los dos oficios comparten una pasión por los pelos prolijos y él sumaba pasiones y saberes. Llegaban los quince hechos una estampa de la peluquería popular cuando su esposa y madrastra tenía listas las jarras de michelada y las de jugo de naranja, que era lo que tomaban los chicos en la villa. El Torito y Helena llegaban siempre muertos de hambre, él vestido como una estrella de cumbia y ella con los mismos jeans rotos de denim francés que usaba para toda ceremonia. Casi lo único que hacían era fumar porro y coger, así que siempre estaban muertos de hambre. Helenita supervisaba el desarrollo de las carpas y el estanque, pero todo andaba bien así que el trabajo le tomaba minutos

apenas. Dani venía también pero no siempre, porque no soportaba las sobremesas de Cleopatra. Yo creo que estaba enamorado de verdad.

La mesa era muy larga: usábamos de banco una de las paredes del estanque, que medía cien metros de lado. Muchas tablas sobre treinta caballetes sostenían a la más comunitaria de nuestras comidas. La Colorada y algunas otras travestis, todas con delirio de barwomen, traían trago tras trago. A la tercera o cuarta ronda todos los cuerpos comenzaban a ondularse al ritmo emputecido del reggaeton: «Le doy eremita que de esta nadie tiene / como en la mano y en la boca se te viene», cantábamos. Sí, yo también: al principio me resistí a la estupidez de las letras, me recitaba cancioneros antiguos («Bailemos las tres, amigas queridas, / bajo estas avellanadas floridas; / y quien fuere garrida como somos garridas, / si sabe amar, / en estas avellanadas floridas / vendrá a bailar») para no perder el lenguaje, pero el ritmo del reggaeton, que es una música que es sexo cuando se bebe y se la baila, me iba ganando y empezaba a meterse en la cantiga: «Chupemos las tres, amigas queridas / de estas conchudas heridas / y que le dé duro la que sea aguerrida, / y si sabe perrear, / se va a ir a menear a Florida / y después a bailar». A la altura del sexto Fernet con Coca me ponía a recitar a los gritos; según Cleo esa primera cantiga intervenida de reggaeton fue profética: «Amor, ¿vos te das cuenta de que estamos meneando en Florida como vos profetizastes?», me preguntó después del estreno de la ópera cumbia en Miami.

Pero eso fue mucho después. En ese momento lo que estaba pasando era que la música se me metía en el cuerpo y en el lexicón de la mente cerebro y lo que antes me parecía estúpido se me volvía potencia en cada célula. No se trataba de que dejara de parecerme estúpido, era que la estupidez desaparecía como criterio de valoración, a mi carne le gustaba ese ritmo emputecido y me emputecía yo también y disfrutaba del asado meneado, de las filas de chorizos apretados en las megaparrillas, de las jarras con pastillas, de reggaetear, de regatear como decía la Jéssica, de cumbianchar como decía el Torito, de perrear como decían todos, a puro tan tan y choripán, el mejor plan decían las locas a la hora de las tortas y le daban más duro a la cumbia, «que levante las manos el que quiera jalar

reflashar, reloco flashar, bailando reloco pa' lante y pa' tras» y jalaba reloca y flashaba palante y patrás y jalaba otra vez y me acordaba del plan de crónica que me había metido en la villa y pelaba el grabador y corría atrás de Cleo y Cleo me hablaba de la Virgen sin parar, hasta cuando se empalaba a alguno de parada me hablaba sin parar. Mi amada dice que fue «el milagro de seguir vivas» pero eso fue después, la semilla del amor se hizo en la villa, qué maravilla, se derretía con mis arremetidas: la calentaba a la loca que la encarara micrófono en mano, y le preguntara y le preguntara hasta cuando estaba empotrada, engrampada, «engarzada», dice ella que tiene delirio de joya, de piedra preciosa, de zafiro puto. Cleo empezó a morir de amor por mi deseo de sus palabras y me contaba y me cantaba sus cuentos y teorías incluso con dos porongas en la mano o empujándole las tripas a pijazos al que fuera. Y nadie se quejaba porque un lechazo de Cleo era un poco como agua bendita para todos, por transitividad: mi mujer es la elegida de la Virgen. Y yo también empecé a caer ahí, me calenté con mi objeto de estudio que interrumpía mis cuestionarios cuando rugía como una leona, Cleo acababa y yo me mojaba y terminaba trepándome a la poronga lubricada de algún pibe, de cualquiera, del que pasara. En cada casa, en cada mesa de la villa todo era polvo, el de las jaladas y el de las chicas relajadas que se apretaban, tetas con tetas y terminaban muy despeinadas, fumando porro cuando pintaba la cumbia lenta del fumanchero: «bailen cumbia cumbianchero / Que llegó el fumanchero / fumando de la cabeza / empinando una cerveza».

Para esa altura de la fiesta mi rata estaba tirada panza arriba, sin miriñaque ni dirección, meciéndose como loca sobre la curvatura de su espalda y moviendo las patitas al ritmo de la cumbia. Pero era un monstruo al que no abatía ninguna botella. Siempre a alguien se le volaba un poco de merca y siempre caía sobre mi rata. Un auténtico círculo vicioso el de mi pesadilla, que terminaba siempre reciclada por todo lo que yo tomaba para evitarla.

19. Qüity: «Lo reventaron de un tiro»

*Lo reventaron de un tiro
cuando buscó a su muñeco
y allí yació el niño muerto:
pobre, solo, frío y yerto.*

«Mamíferos, Kevin, son los que vienen de una mami». Cuando Kevin entendía algo, sonreía y se le achinaba la cara. Las tardes en que Wan cerraba un rato el supermercado y venía a darles de comer a las carpas con su prole legionaria, Kevin era feliz y se perdía en el montón. Parecía hijo de Wan y por ahí lo era; Jéssica, su mamá, no estaba muy segura y contaba que «algo con el chino tuve». A Wan no le parecía muy probable, «chico nació trece meses después», juraba, mostrando una vez las dos manos abiertas y otra vez tres dedos de la derecha, pero nunca dejó de enviarle a Jéssica provisiones desde Hermosura para que Kevin comiera bien. Todas las semanas mandaba arroz, latas de atún, tomates, leche en polvo, y unas muñequitas chinas que cantaban canciones imposibles hasta que se les acababan las pilas chinas, lo que por suerte suele suceder muy rápido. Ni siquiera cuando aparecí yo y me hice cargo del nene dejó de traer sus bolsitas.

Kevin me adoptó. Por eso me quedé. Jéssica andaba perdidísima: se había hecho groupie, «lecheras», las llaman ellos, de Merqueados, una banda de cumbia que le hacía honor a su nombre. Y Cleopatra, tía de Jéssica y tía abuela de Kevin, estaba perdidísima en las alturas de su locura, charlando todo el día con Santa María, y en la complejidad de su

misión religiosa, organizando la villa. Así que cuando Kevin entendía algo se reía, parecía hijo de Wan, y me abrazaba. Yo todavía siento el cuerpito de Kevin, esa forma amorosa, tibia, y segura de aferrarse a mí que tenía, como si yo fuera un hogar. Es raro eso, no tengo un cuerpo memorioso. No recuerdo siquiera los cuerpos de los hombres con los que más gocé. Ni siquiera el de Jonás, ni siquiera la verga de Jonás que me tuvo encandilada los primeros meses en la villa, hasta que él se perdió entre las pendejas chetas que nos visitaban y yo empecé a perderme en las polleras de su tía, tan parecida a él pero tanto más grande y más bella. Se me fue fundiendo su cuerpo en el de Cleopatra hasta que desapareció del todo Jonás, mucho antes de estar muerto y un poco antes de que a Cleo y a mí nos sorprendiera el amor que sigue sorprendiéndonos.

Jonás se dio cuenta antes que yo, los amantes siempre saben, y se reía, me decía: «Estás cada vez menos prejuiciosa, primero te cogiste a un negro como yo y ahora te agarró un lesbianismo bizarro: te querés garchar a una negra travestí. Y no te creas que por travesti le vas a poder bajar la caña: mi tía, tan señorita como la ves, te va a dar con un tronco. Antes de ser famosa por la Virgen, ya era famosa por la anaconda que tiene». Nunca supe si le causaba gracia o estaba celoso. Tampoco me importó. Y a mi amada empecé a amarla después, cuando la villa era escombros y de Jonás solo lamentaba su muerte y de lo demás casi no me acordaba. Pero de Kevin me acuerdo todavía hoy. Ni siquiera Cleopatrita me lo borró.

Estuvo conmigo desde el primer día que pasé en la villa, desde esa mañana todavía fría pero llena de jazmines de un noviembre que parece remoto por todo lo que se murió desde entonces, pero que sucedió pocos años atrás. Al principio del almuerzo apareció al lado mío y de alguna manera, todavía no hablaba, me pidió que le diera de comer. Yo entendí, me divirtió el brillo mudo de esos ojitos negros y lo senté en mi falda. Un rato después, cuando ya habíamos comido bastante, Kevin me acarició la cara con sus manitos llenas de asado y ensalada rusa e inmediatamente me dio un beso y me abrazó.

Por cosas como esta digo que me adoptó, Cleo, no te ofendas, no hay reproche cuando digo que Kevin se refugió en mí. No lo sé, me parece que

no, vos estabas con Santa María todo el día. Y Kevin y yo estábamos bastante solos. Ay, no, no es reproche, basta Cleo: yo tampoco estuve al lado de él cuando más me necesitó, tampoco pude abrazarlo, darle calor mientras el calor lo abandonaba, llevarlo en ambulancia al hospital y amenazar a todo el personal médico para que lo salvara, o simplemente entibiar su cuerpo hasta el final.

Ya sé que siempre cuento esto, no es que me olvide de que ya lo conté, es que la escena no deja de ocurrir en mí: en aquella primera comida Kevin encontró mi revólver y empezó a jugar al disparado, a que se moría de un balazo: todavía no hablaba pero ya actuaba muy bien, gritó «puuuuum», se agarró el pecho, caminó mareado, cayó al piso y se quedó quietito unos segundos hasta que no aguantó más la risa y las ganas de ver la aprobación en las caras de los demás. Me acuerdo de sus carcajadas una vez, y otra vez de su simulacro de caída, y otra vez de su cuerpo quieto, como si mi mente intentara un consuelo fallido, como si quisiera reemplazar lo que no vi, el momento en que efectivamente recibió un balazo y se murió para siempre, por esta otra escena de juego. Y me sale mal: hace bastante que casi no pienso en la muerte de Kevin pero esta otra escena, esta que cuento y cuento, me duele en la carne, me cambia el ritmo cardíaco, algo se me rompió en el corazón con la muerte de Kevin y no estoy hablando pelotudeces, no hay metáfora en esto: desde que arrasaron con la villa y asesinaron a mi nenito, el corazón me empezó a sonar como una máquina descompuesta, perdió el ritmo, comenzó a hacer ruidos extraños, perdió elasticidad, a veces se contrae y se queda así, doliendo, apretado como un puño, y yo sé que me voy a morir de eso pese al ejército de cardiólogos que pagamos.

También tengo recuerdos bellos, pero duelen casi tanto como los otros. Y la muerte de ese hijo de puta del Jefe, saber que de algún modo murió por mi causa y mi decisión, aunque no fue mi disparo, no me achicó el dolor.

¿Que para qué dejé que Dani lo matara entonces, Cleo? Para matarlo, mi vida, para hacer un poco de justicia. No, no alcanzaba con que fuera preso, además de que no iba a ir preso.

Pero ahora quiero seguir hablando de Kevin, mi primer hogar, ese nene me hizo una casa a mí, ahí, en tu rancho villero, en ese dormitorio lleno de angelitos que le habías fabricado con durlock, estampitas y peluches. Yo creo que el primer día que me quedé a dormir en tu rancho, me quedé sin querer: fue Kevin, que se apareció en pijama abrazado a su muñeco favorito, el cocinero pelado. Cuando ya estaba bastante borracha y triste, me había largado a llorar, no recuerdo por qué, tal vez no lo supiera tampoco entonces, Kevin me vio, se fue corriendo al rancho y volvió con un rollo de papel higiénico. Empezó a vendarme, ¿te acordás, Cleo querida?, me vendó entera, de la cabeza a los pies con el papel higiénico, parecía una momia yo, ese nene era tan amoroso, me estaba curando, no dejó nada de mí sin cubrir y al final me agarró de la mano y me llevó a su cama y me abrazó y se puso a cantar algo, era como una canción de cuna, una cumbia dulce en su boquita y en su cuerpito que me entibió para siempre, ese mismo cuerpito que helado de muerte también me congeló y me astilló como si el hogar que habíamos construido él y yo hubiera sido de alguna clase de vidrio, y ese hogar no se murió con él, amor, él me lo hizo y sigue acá con vos y con Cleopatrita pero fisurado de la muerte de él, como si vos, yo e incluso nuestra hijita que ni siquiera era un embrión cuando pasó todo esto, ya lo sé, como si todas nosotras le debiéramos algo, la vida que no tuvo, como si fuéramos culpables de vivir sin él.

Yo había ido a mi casa a buscar unas cosas esa tarde. Él quiso venir conmigo pero yo tenía que ir al banco y al diario a terminar de arreglar un año más de licencia sin goce de sueldo o la desvinculación definitiva, no estaba segura. Y no lo estuve hasta después, hasta que, a dos cuadras del diario, me llamaron para avisarme que habría un operativo y lo llamé a Daniel que averiguó y me dijo que sí y juntó unas Itakas y se largó para la villa y yo también me largué como loca.

Eran las seis y media de la tarde, me llevé por delante varios autos, el mío quedó todo abollado, era un quilombo imposible pero igual logré alcanzar la Panamericana en cuarenta minutos; hasta Márquez llegué y ahí estaba todo cortado por la policía y sus carros de asalto y sus patrulleros y sus infantes con borceguíes y ametralladoras. Abandoné el auto ahí y seguí

caminando por abajo, escuchando los tiros de lejos, y para cuando llegué ya no había casi nadie: estaban trabajando las topadoras y la Virgen ya estaba sin cabeza y las carpas flotaban muertas en la superficie del estanque y solo había canas y ametralladoras. Yo era periodista y entré con los otros periodistas, algunos eran amigos míos y les pedí que me ayudaran a buscar a Kevin y creo que me ayudaron también los que no eran amigos. Estábamos todos buscando a un negrito divino, con cara de chino, como así de alto y no lo encontramos y tampoco encontré a Cleo y seguí buscando cuando apareció Daniel, hasta la mañana siguiente estuvimos entre las topadoras y nada, nadie. Nunca más lo encontré.

Días después conseguimos las copias de las cámaras de seguridad y de lo que habían llegado a filmar unos chicos de una universidad alemana que estaban haciendo un documental y los celulares de muchos de los pibes. Ahí lo vi a mi hijito muriéndose solo, ni siquiera pudo abrazar al muñeco que quedó a dos metros de su cuerpo, se murió con el brazo estirado hacia el cocinero, agitándose con las convulsiones que le provocó la muerte.

20. Cleo: «Vos no estuvistes»

Vos no estuvistes, Qüity. Estuve yo. Tengo que contarlo yo. Te dicto. Anotá bien, porque te estoy diciendo las cosas como fueron. Loca me dijeron muchas veces, desde chiquita, a todas las mariquitas nos dicen locas, y ni hablar de los que hablamos con la Virgen o con algún santo o con Dios mismo: todos se piensan que estamos de la mente, relocos se creen que estamos, no sé por qué, es así, no me puse a pensarlo demasiado, nunca tengo tiempo de pensar demasiado nada, pero no soy loca, nunca me sentí loca a pesar de como vos me hacés aparecer en tu libro, Qüity. Hasta ese día que estás contando, nunca estuve loca.

Sentimos los helicópteros primero que nada; yo no me preocupé, había hablado con la Virgen hacía poquito, me había dicho «cuidaos, hijos míos», pero no le presté atención, creí que era un saludo como cualquiera, todos te decían «cuidate», como te decían «nos vemos» o «chau» allá en la Argentina, en vez de decir «adiós» como dicen acá y como muchas veces dice la Virgen, «adiós», dice ella y a mí me parece bien, porque tiene que ver con Dios decir así.

No le presté atención porque pensaba que nos cuidaba ella y no me preocupaba yo o no tanto, trataba de que los pibes no se droguen y que no nos roben a las nenas para los prostíbulos y que todos usen forros y nada más, pensé que del resto se encargaba ella. Cuando sentimos los helicópteros me dio apenas un poco de miedo, ya nos habían llamado del juzgado para decirnos que desalojemos la villa. Que nos iban a mudar a un barrio precioso, juraron, nos mostraron dibujos y maquetas que nos llevamos para que los chicos jueguen con los autitos y las Barbies. Nosotros les explicamos que no podíamos mudarnos porque en ese barrio

tan lindo que querían hacernos en La Matanza no había lugar para el estanque ni para poner a la Virgen, aunque el barrio tenía una capilla dibujada; a nadie le gusta vivir en un lugar que se llama Matanza y a nuestra Virgen tampoco, además de que no le gusta estar encerrada, les explicamos también y estaba el padre Julio ahí que me dijo que no, que yo no sabía nada de la Virgen, que ellos la tenían metida en las iglesias hacía más de mil años, desde que habían empezado a adorarla a ella también, ¿vos sabías que antes no le daban pelota a la Virgen, Qüity? Y que ellos nunca habían recibido quejas, al revés, que la Virgen se les plantaba cada tanto en algún lado y pedía que le hicieran una iglesia como había pasado en Luján, que en 1630 llevaban una estatuita de ella igual a la que ahora hay en Luján y en las estampitas y en todas partes hasta en los patrulleros porque, ay, Qüity, es la Patrona de la Policía también. Yo a veces pienso que ellos le habían rezado más que nosotros la noche de antes de la masacre y por eso ella no nos avisó, pero ella dice que no, que no sabía y jura y jura y una vez me lloró y todo porque no le creía, no sé, debe ser verdad, no puede mentir la Virgen María, me parece a mí. La llevaban en la carreta y la carreta no se movía aunque le habían puesto una yunta de mil bueyes, que a las carretas les tiran más que mil pelos de concha, Qüity, y la descargaron a la carreta porque pensaban que debía estar demasiado cargada pero no arrancaba igual y entonces la bajaron a la Virgen, que era una estatua chiquitita, y la carreta arrancó y la subieron y se quedó atrancada otra vez y lo hicieron todo mil veces y pasó siempre lo mismo, entonces se dieron cuenta de que a la Virgen se le daba la gana de quedarse ahí y se la llevaron a la casa de un estanciero vecino. Y ahí ella se dejó llevar.

La llamaban «la Virgen estanciera» y «la patroncita morena» también, que es parecido a como le dicen a la nuestra, «la Virgen Cabeza», por nosotros, que éramos todos cabecitas como nos decían las viejas chetas del barrio, pero a la Virgen de Luján en esa época le decían morena, para mí que por el negro Manuel, porque los estancieros en esa época tenían a los negros amontonados adentro de las casas, no como nos tenían a nosotros, Qüity, al lado de las casas pero afuera, amontonados en las villas. El negro

Manuel, te decía, estaba ahí cuando era chiquito y se enamoró de la Virgen y entonces los patrones lo dejaron que la cuide y toda la vida se la pasó el negro cuidándola. A la Virgen le gustamos los negros, Qüity, y las negras también le gustamos y las negras travestis para mí que le gustamos el doble.

Bueno, me contó toda esa historia el padre Julio y yo le dije que le iba a preguntar a la Virgen, pero que nuestro estanque había sido tan idea de ella como la basílica de Luján y que él mismo me estaba explicando lo terca que podía ser la Virgen, que así que por qué se pensaba que ahora sí iba a querer mudarse, le pregunté. El padre Julio insistió, me dijo que iba a ser por nuestro bien y que si hablábamos con los arquitectos seguro que encontraban una forma de hacer un estanque. Yo no le hice caso, no entendí, eso de que sería por nuestro bien me parece ahora que era una amenaza, pero los curas son casi siempre muy diplomáticos y hay que estar en el ambiente de ellos para entender bien cuándo amenazan y cuándo aconsejan, aunque la verdad no sé si hay alguna diferencia. Yo en el ambiente del padre Julio había estado bastante, incluso en el dormitorio de Julio estuve, entre sus propias sábanas que él rociaba con agua bendita, igual no le entendí un carajo la amenaza ese día, pensé que si era muy grave la Virgen me lo iba a decir y nos fuimos todos contentos, bueno, todos no, yo me fui contenta, vos estabas preocupada y los pibes se pusieron blancos cuando les contamos, pero después alguien prendió la música y nos olvidamos todos.

Además los trámites en la Argentina siempre tardan mucho, a quién se le iba a ocurrir que la justicia iba a ser rápida si nosotros teníamos un montón de amigos presos por las dudas que esperaban cuatro o cinco años para que les hicieran el juicio.

Así que cuando sentí los helicópteros pensé que no podía ser y ni salí del rancho a mirarlos; justo estaba limpiando y no quería interrumpir porque si no no limpiaba más y estaba todo hecho una mugre asquerosa. Los pibes sí miraron para arriba y vieron todo azul oscuro y antes de venir a avisarme para que le rece a la Virgen desenterraron los revólveres y

todas las armas que tenían escondidas desde que Santa María había llegado a la villa. Después me avisaron.

Ernesto vino y cuando le pregunté por qué habían tardado tanto me miró duro y me dijo que para que no les hinchara las pelotas con boludeces, que se nos estaban viniendo encima por tierra y por aire y que teníamos que defendernos y que no era momento de hacer una ronda de oración, que yo rece todo lo que quiera, que ya habían hablado con unos canas que les ordenaron desalojar la villa y que ellos les habían dicho que no y que los canas entonces les ordenaron que salgan las mujeres y los niños, y las mujeres les dijeron que ni en pedo y que ahí los canas agarraron y les dijeron que iban a entrar ellos y nos iban a sacar a todos igual.

Agarré a Kevin de la mano y me lo llevé al estanque a rezarle a la Virgen y recé muy fuerte, un poco asustada porque me pareció que los nuestros habían perdido la fe y eso siempre te lo hacen pagar el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y la Santa Madre, Qüity, así que recé fuertísimo y Kevin también rezó, pero ella no nos contestó y cuando escuché el estruendo del muro cayéndose, era un ruido como de demolición, mi amor, de cascotazos y chapas rechinando, y después el ruido de las balas y el de los que gritaban y lloraban porque estaban heridos o porque les habían matado un pariente o un amigo, ahí creí que estaba loca. Por primera vez en mi vida tuve una crisis de fe.

De golpe me sentí sola y me vi hablando sola con un pedazo de cemento mientras el mundo se venía abajo y nada ni nadie nos protegía más que nosotros mismos. Así que lo agarré a Kevin otra vez y me fui para las barricadas que habían hecho los pibes y las pibas con los cascotes y con las chapas y con los pedazos de las macetas de los malvones que habíamos puesto en los techos. Cuando me acuerdo parece todo reloco, teníamos barricadas con flores, mi amor, como si en vez de un montón de negros furiosos fuéramos un montón de hippies dementes. En las barricadas me sentí más acompañada pero había una soledad tremenda en todo, era como cuando se murió mi mamá cuando era un nene, Qüity, no estaban Dios ni la Virgen en el mundo, nada más yo y mis hermanitos y la

bestia de mi padre policía. Así que yo también tiré con macetas, con cascotes, con fierros y les tiré también con un fusil AK-47 que me pasaron los pibes cuando vieron que yo también estaba peleando. Todos sabían que yo tengo muy buena puntería, Qüity, me entrenó mi papá, cuando yo era muy chiquito, desde los cinco años me pasé todos los domingos tirando al blanco en un potrero en vez de ir a misa.

A Kevin lo tenía agarrado de la mano todo el tiempo, hasta cuando apuntaba, acurrucadito contra la parte de abajo de la barricada lo tenía, te lo juro, pero le dieron en la cabeza al que tenía al lado, era Jonás, y yo largué todo, el fusil y la mano de Kevin, para agarrarle a Jonás el pedazo de cabeza que le había quedado, fue un instante y me parece que ahí Kevin vio a Pototo, ese muñeco pelado que le encantaba, tirado en el barro, y salió corriendo y yo justo me di vuelta, como si hubiera sabido, y lo vi atravesando el campo de batalla y vi la bala que a él también le entró en la cabeza cuando ya estaba a menos de un metro del cocinero pelado, su Pototo, y alcanzó a estirar la manito para agarrarlo cuando ya tenía la bala adentro y se moría, pobrecito, Qüity, y yo corrí hasta él para abrazarlo y que no esté solo, yo, más sola que nunca, sin Virgen ni Dios ni una mierda y un macetazo me dio a mí también en la cabeza y me desmayé sola y loca y desesperada y creí que eso era el mundo.

Después del macetazo no sé qué pasó: me acuerdo recién a los dos días, aparecí caminando como una zombie con la cabeza de la Virgen en una bolsa de Coto y hablando sola en Grand Bourg. Una travestí que se iba a laburar me reconoció y me llevó a su rancho y se quedó conmigo. Nos quedamos muchas horas charlando alrededor de la fogata que tenía en la puerta del rancho, hacía mucho frío, y de a poquito me fui acordando y lloré y lloré y lloré a los gritos y la putié a la Virgen a los gritos, le dije las cosas más horribles que se me ocurrieron, «mosquita muerta» fue la más suavecita, después le terminé diciendo cosas peores, «conchuda», le dije, «traidora puta hija de puta», le dije, «forra violada por una paloma, sometida, cómplice del hijo de puta de Dios». De todo le dije y no pasó nada, ni noticias de la Virgen, no apareció y yo me quedé convencida de que había sido todo un delirio mío, de que no había Virgen ni Dios ni un

carajo y entonces lo único que quedaba era este cuerpo mío, y como decís vos, Qüity, el cuerpo de los muertos haciéndose gusanos y tierra y fotosíntesis y mierda y nada.

21. Qüity: «Topadoras y bulldozers»

*Topadoras y bulldozers
doble trabajo lograron,
not only nos aplastaron:
they also did los cimientos
pa' los del country privado.*

No fue como un tsunami ni como un terremoto ni como un alud. O sí, pero entonces vivíamos como los que viven en tierras en las que se sabe que pueden suceder. Ahí se teme al terremoto, se trata de huir del tsunami y se construyen barricadas contra el alud, pero siempre que suceden sorprenden, nunca se está listo: los heridos o los golpeados sienten antes la sorpresa que el dolor. Porque no se puede estar listo para el desastre; los que están preparados lo evitan, se le sustraen. Quiero decir que nadie está listo, por ejemplo, para un bombardeo; salvo el que puede huir del bombardeo y entonces el bombardeo no sucedió. Les pasó a los otros, al lugar donde antes vivíamos y ahora es escombros y vecinos muertos. Tampoco el condenado a muerte deja de ser sorprendido por la bala ni aunque haya estado horas mirando cómo se formaba el pelotón de fusilamiento y esperando, entonces sí, que un tsunami llegue justo hasta los soldados, que un terremoto abra una grieta y se los trague o que un alud los aplaste. Pero nunca les pasan esas cosas a los pelotones y si los condenados no están atados intentarán atajar las balas con las manos, se taparán la cara como en el cuadro de Goya o se cerrarán sobre sí mismos

contra una pared: no estoy haciendo profecías, hace varios siglos que se fusila y la gente se defiende siempre igual.

Es que la de la muerte es una espera imposible: la vida se le resiste hasta el último instante. Y cuando deja de resistirse ya no es vida. Entonces no hay espera, hay lucha y hay sorpresa hasta el final.

No sé cuánto luchamos y dado que perdimos no puedo dejar de concluir que no fue suficiente. Suficiente solo hubiera sido transformarnos en un ejército, pero trocados en fuerza armada hubiéramos dejado de ser lo que éramos: una pequeña multitud alegre.

Resistimos. Logramos que Baltasar Postura matara a la Bestia, el líder de los primeros hostigadores que padecimos. Cuando el auto de la Bestia se hizo mierda en la autopista pensamos que ya estaba, que habíamos ganado y podríamos seguir viviendo en paz, que ya nadie obligaría a los pibes a salir a robar ni a las pibas a prostituirse. Y en cierto sentido tuvimos razón: al jefe de la Bestia ya no le interesaban esos negocios. Nunca le habían interesado especialmente. Él quería construir, era la punta de la ola del tsunami inmobiliario. De algún modo, no es muy difícil adivinar cuál, obtuvo los derechos sobre las tierras. Le debe haber costado bastante caro, porque el Concejo Deliberante en pleno se los otorgó. Y tuvo el visto bueno de Postura, que desde que teníamos las carpas no contaba con los pibes para que le hagan de tropa. A cambio, el Jefe prometió construir un complejo de viviendas sociales en las últimas tierras baldías de La Matanza.

En El Poso había gente viviendo por más de cincuenta años; y eso acredita propiedad, como cualquier familia de estancieros sabe por los cuentos de los abuelos y de los tatarabuelos sobre los orígenes de la fortuna del clan. Quiero decir, se alambraba y con los años y la fuerza eso se volvía un título de propiedad. De todos modos no creo necesario argumentar mucho: había como cinco generaciones de villeros nacidos en la villa; los pobres se reproducen cuando son muy jóvenes. Los chicos más chicos de la villa eran cuarta e incluso quinta generación de villeros. Y estaba el estanque, con las carpas tan proclives a la reproducción pese a

todo hacinamiento como sus dueños. Y estaba la Virgen que ya era la Virgen Cabeza, tan villera como su médium, mi amada Cleo.

Empezamos a armarnos un poco más, pero no lo suficiente; jamás imaginamos semejante desmesura. Los vendedores de armas sí que sabían; siguen las noticias y cuando olieron el conflicto aparecieron como si hubieran estado siempre ahí y crecieran del barro, nos ofrecieron hasta morteros. No sé qué hubiera pasado si hubiéramos aceptado. El Jefe movió sus influencias en los medios y empezaron a publicar noticias sobre crímenes cometidos por los pibes. Los hacían otros pibes que arreaban de las villas vecinas, pero para la opinión pública un negro es igual a otro y cuando se rectificaba la información ya era tarde, ya se había instalado la sensación de que éramos unos lobos. Yo empecé a hablar un poco en nombre de todos y al lado de Cleo, se votó así porque yo era de los pocos que tenía cierto dominio sobre el lenguaje y vivía en El Poso.

Estábamos bastante listos, entonces, para que algo sucediera, incluso bastante armados. Pero no éramos un ejército, insisto, hubiera sido dejar de ser nosotros, los libres, los alegres. Estábamos bastante listos, sí, pero no imaginamos nunca la ferocidad de la represión: nos echaron un ejército encima, solo puedo comparar el aparato de infantería que nos mandaron con el Likud en Palestina. Ametralladoras, bulldozers y la decisión de avanzar cueste lo que cueste. A nosotros nos costó ciento ochenta y tres muertos. A ellos, cuarenta y siete. Pero avanzaron igual. Y acá estamos. Nosotras, en Miami, convertidas en estrellas, previa temporada paranoica en mi casa y de duelo en la isla. Wan está en China y solo este año volvió a Argentina. La Colo y el Gallo, en el hogar de Laferrere. Helena en el acuario con su Klein y sus delfines parlanchines. Los ciento ochenta y tres podridos o ya hechos polvo en el cementerio de Boulogne. Los demás, no sé.

22. Qüity: «Volví a casa»

Volví a casa, estuve sola y de vuelta en mi loft palermitano con su temperatura amable, el aire que brillaba limpio, el botiquín lleno. Primero fue el alivio, los veinte minutos de las pastillas haciéndose agua bendita debajo de la lengua, seguidos de los últimos instantes de calma, porque fue entonces, ahí empezaron, y nunca más pararon: los fantasmas son inconsolables. Nada los calma, ni descuartizar verdugos en su ofrenda ni consolar a todos los niños vivos. No me volvió el silencio ni siquiera en medio de mis antiguas costumbres: ahí tenía yo mi cama, mis sábanas de algodón y mi almohada de plumas, y en la mesa de luz, mi revólver preferido. Puse un cuchillo abajo de las plumas de la almohada, Daniel me trajo una ametralladora que dormía a mi lado como una novia, puse granadas arriba del algodón de las sábanas, y cerqué toda la cama con minas, las planté en la alfombra blanca. Me armé hasta los dientes: cuando bruxaba, escupía rayos.

Me encerré y no hablé con nadie. Solo vi videos de la masacre. Daniel los consiguió: los de la SIDE, los de los chicos alemanes, los que filmaron los pibes y las pibas con los celulares. Lo vi mil veces y dudé mil veces de lo que veía y de lo que recordaba: la memoria es caprichosa y las filmaciones hace décadas que no son documentos. Entonces no lo sabía y no lo supe después, ¿por qué no nos buscaron y nos mataron y listo? Tal vez para desmentirnos, para poder publicar que un par de putas locas deliraban boludeces y descalificar todo el testimonio así, por el absurdo. Para que diga su gente: «No envenenamos nosotros un estanque de cemento todo lleno de peces y rodeado de villeros que bombeaban todo el día para sacar agua de las napas. No envenenamos nosotros un estanque de

agua turbia todo sembrado de carpas de colores, bigotudas y voraces». Y rematar, como si se siguiera lógicamente, con un «No fusilamos nosotros a ninguno de la villa». Yo tenía miedo. Pensé en volver a lo que había sido antes de Jonás y de la villa, de Cleo y Kevincito, de esa Virgen pordiosera.

Pero apareció Cleopatra en casa, casi blanca del horror y tan muda como yo y ya no hubo vuelta atrás. Tenía el cráneo vendado y traía dos trapos, unos zapatitos rojos, una maceta rota pero con tierra y malvones todavía y la cabeza de la Virgen en una bolsa de Coto. Se encerró en la cocina. No se acostumbraba a las dimensiones de mi departamento, le parecían un despropósito cien metros cuadrados para un único habitante, encima casi sin paredes. «¿No te sentías sola vos acá? Parece una carpa gigante esto. ¿Qué pasó? ¿Con paredes era más caro? ¿No te alcanzó para los ladrillos?», me preguntó después, cuando volvió a hablar. Parece que ella sí se sentía sola. No solo tenía una crisis de fe, también le daba una especie de ataque de agorafobia el loft y su vista al cielo: había reducido su radio de acción prácticamente a la cocina y ahí tenía amontonado todo lo que necesitaba, la cabeza de la Virgen, una radio, una tele, la ropa, las pelucas, cientos de paquetes de galletitas y cajas de pizza, su comida favorita. Yo empecé a salir un poco. Necesitaba estar sola y estaba convencida de que si querían matarnos no iba a impedirselo ni el de seguridad de la puerta de mi edificio ni mis vecinos, así que me iba a pasear, a tomar café al Malba. No podría explicar por qué, pero me sentía segura ahí.

En casa, con Cleo, empezamos a ver juntas las noticias de la villa, incluso su entierro, el de Cleopatra, que ese día recuperó la voz. «Qué hijos de puta, Qüity. Si tienen ganas de verme muerta, no entiendo por qué no me matan y listo, en vez de hacer una telenovela. ¿Será que la Virgen me protege?». «No seas pelotuda, Cleopatra, la Virgen no existe», le contesté yo, que también recuperé el habla temporalmente. Pero se me fue enseguida. Casi no volvimos a hablar en todo el día. Solo miramos en loop el cortejo fúnebre, el velorio, los llantos. Cleo estaba conmovidísima, lloraba como una plañidera, como una nena, como una loca lloró todo el día: había una multitud en su sepelio y las pompas eran pomposísimas. De

algún lado sacaron o sencillamente produjeron un cadáver de la estatura de Cleo. Tal vez fuera travestí, tal vez era una mujer alta, la cara la tenía desfigurada. «Fervor popular en el entierro de la polémica hermana Cleopatra», rezaban los titulares. El responso lo dio el obispo de San Isidro, detalle que a Cleo la conmovió profundamente: «Mirá al padre Julio, Qüity, miralo, vistas que te dije que no era tan malo, vos sos tan descreída que te pensás que porque es cura es un hijo de puta. Nos está bendiciendo a mi nenito y a mí». «Cleo, ese canalla nos dejó matar y te cogía cuando tenías trece años». «Ay, Qüity, él no nos mandó a matar y con lo de coger, yo también tenía ganas. Además, me enseñó las cosas de Dios y a leer bien y me mandó a la escuela nocturna y me pagó estas tetas a los diecisiete. Me quería él, y cogirme me cogían todos. Además, mirá la Virgen que quedó embarazada a los catorce y el Espíritu Santo era mucho más viejo que el padre Julio, mirá qué viejito que está, tiene cara de abuelo ahora. Y esa ropa violeta le queda preciosa». «Sí, Cleo, en eso tenés razón, está hecha una abuelita sexy tu padre Julio».

Había miles de personas en el cementerio de Boulogne. El obispo declaró que la Iglesia no creía en la santidad de «Carlos Guillermo Lobos, alias Cleopatra Lynch», pero que si había sido pecadora también había sido un alma buena y seguramente Dios la acogería en su infinita misericordia. Estaría convencido el cura de estar hecho a imagen y semejanza del creador. No faltó Susana, toda de negro y con velo, estrenando pómulos para la ocasión, que contó el milagro que le había hecho Cleopatra, cuando ella estaba paralizada y salió caminando de la villa un domingo a la mañana. De los miserables de fondo casi nadie habló: nunca supimos si fue miedo o edición. Solo se los vio arrojar flores y flores y flores al cajón y antes de eso robarlas o pedir las en los jardines de las casas ricas cercanas a la villa y al cementerio.

Después nos contaron y nos mandaron las estampitas con la Virgen Cabeza y Cleo, de rodete y trajecito sastre, con pescados en las manos. Los altares los vimos en la web.

23. Qüity: «Fue de adentro del dolor»

*Fue de adentro del
dolor desde el puro broken heart
que nos surgió la pasión.
Me abrazó de corazón
se levantó la pollera
y me la puso toda entera.*

Una tarde volvió a hablar del todo: recuperó el diálogo con su madre celestial y no se calló nunca más. Apenas entré, vi la bolsa de Coto flotando en una corriente de aire y a Cleopatra arrodillada frente a la cabeza de la Virgen que había puesto arriba de mi CPU. Cleo parecía contenta en su éxtasis.

—Yo sabía que no me ibais a fallar.

—.....
.....
.....

—Es cierto, María Santa, pensé que nos habíais cagado. Nos dejasteis solos como en un suicidio solos, nos recagaron a tiros. Hasta a Kevincito lo mataron. Yo sé que a ti también os mataron a tu hijo pero me importa un carajo. El tuyo resucitó y el mío no.

—.....
.....
.....
.....

.....
.....

—¿Y tú lo cuidás, Virgencita?

—.....
.....
.....
.....
.....

—Perdón, perdón, pero no puedo parar de llorar, debe estar mejor contigo pero yo lo extraño.

—.....
.....
.....
.....
.....
.....

—¿Le das de las que a él le gustan?

—.....
—¿Y qué ropita tiene ahí en el cielo?
—.....
.....
.....
.....

—Sí, madrecita, abrázame, perdóname por dudar de ti, abrázame que quiero rezar en tus brazos.

—.....
.....

—Sí, así, por favor, Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Me enfureció: le di un cachetazo que la acostó en la alfombra y la volvió a la tierra. «Forra», le grité, «loca descerebrada, qué hacés rezando, todavía podés creer pelotudeces y rezarle a ese pedazo de cemento de

mierda». Ella se paró y me miró fijo desde su bello metro noventa: «Qüity, mi amor, vení acá», me dijo y me levantó en el aire, me llevó hasta la cama, me sentó en su falda y me abrazó. Puso música, Gilda puso, muy fuerte. Me acunó con la cabeza entre sus tetas enormes. Algo se me rompió, se abrió como se abre la tierra cuando se le mueven las placas, se quebró, se rajó como se rajan las paredes de un dique por la presión del agua, se partió, se astilló como un vidrio de un pedrazo, se vino abajo como un edificio bombardeado y se descascaró como un pollito cuando sale de un huevo.

Aullé, craquelé un grito inarticulado, primario. Cleo me acarició la cabeza, tiene unas manos enormes mi amada, con una sola me sostuvo y me dijo: «Si querés llorar, llorá» y me empezó a besar mientras yo me hacía agua, sentí que me deshacía, que me licuaba, que de mí quedaría solo un montoncito de polvo si seguía así. Lloraba como no pudo llorar Kevin por el balazo que lo dejó seco y seca creí que iba a quedar yo también de tanto llanto. Parecíamos *La Piedad* Cleo y yo ese día: ella la madre y yo el hijo, y ella me besaba y me acariciaba y yo empecé a besarla a ella, las tetas empecé a besarle y a mojarle también de llanto y me calenté, quise la poronga de Cleo como no había querido ninguna otra antes o eso me pareció y se ve que ella me la quiso dar porque rompió esa *Piedad* heterodoxa que figurábamos, me acomodó con las piernas abiertas sobre su falda y se la levantó apenas y me entró en la concha con ese porongón que tiene y que me pareció hecho a medida para mí y yo me dejé coger y me la cogí y ella también lloraba y fuimos eso. Dos animales desesperados que se frotaban y se embadurnaban y lloraban y se abrazaban y se sentían latir como quien se aferra a la vida.

«Esto es un milagro», declaró Cleopatra cuando terminamos y fue corriendo a darle un beso a la cabeza de la Virgen que «está contenta, bendice nuestro amor y dice que ya tengo edad de formar una familia», se rio mi amante y ensayó una interpretación: «Ves, mi amor, que Dios existe. Es como si ayer me hubiera muerto un poco cuando me enterraron y hubiera resucitado distinta. Lesbiana resucité, me parece».

A mí la alegría me duró poco y empecé a llorar otra vez. Cleo me volvió a abrazar, otra vez me convirtió en un bollito contenido por su cuerpo y me contó qué había pasado con la Virgen: «La saqué de la bolsa para putearla. Porque será muy santa pero estuvo para el orto y se lo dije. Cómo no nos avisó, cómo no hizo un milagro para salvarnos, cómo no mandó unos angelitos que por lo menos lo sacaran a Kevin de ahí. Dice que no lo supo hasta último momento, que el Señor no le consulta ni comenta nada de sus misteriosos caminos, que son misteriosos también para ella. Pero que ya va a ver el Espíritu Santo, esa palomita de mierda, dijo, con ella ni que se disfrace de cisne o de dragón, tendrá que ir al infierno a buscarse una que le dé pelota porque lo que es la Virgen por un par de siglos ni verlo quiere. Me dejó ver a Kevin, ¿sabés? Estaba precioso, todo vestidito de blanco con una camisa y un pantalonero de lino, en una playa de arena blanca también. Los ángeles jugaban con él: se formaban en el cielo como una escuadra de videojuego y Kevin hacía que les disparaba con la manito y ellos se caían como muertos, casi hasta la tierra llegaban y el nene se reía y se reía y por cada angelito caído él ganaba un punto y cuando tenía cien puntos, el premio: una Cajita Feliz, con una hamburguesa divina y muñecos de superhéroes medios raros, santos eran, uno por ejemplo San Jorge, otro Gilda, otro Juan Pablo II y Kevin los arma y ellos le sirven Coca Cola y le acarician el pelo. La Virgen lo tiene adoptado, bueno, adoptado no porque ella ya era también madre de Kevin, es la madre de todos, ¿vistes? Y tiene un montón de amiguitos, estaba la Yamilita por ejemplo, feliz porque en el cielo no hay semáforos ni llueve ni hace frío, y entonces ella se la pasa jugando como se le da la gana en vez de estar todo el día mirando las luces para ir a pedir entre los autos, y la Virgen juega también con ellos, Gilda les canta canciones y Dios les contesta todos los porqués que se les ocurren y les deja comer todas las papas fritas y los alfajores del paraíso y el alma de Walt Disney, que no la tiene congelada como el cuerpo, les hace películas y la de doña Petrona panqueques con dulce de leche. Kevin es muy feliz porque parece que Dios le contesta mejor de lo que le contestábamos nosotros, que después de todo no sabemos muy bien por qué son las cosas,

¿no?». Cleo me acariciaba mientras relataba el paraíso de Kevin y yo la acariciaba a ella, que tuvo otra erección, «otro milagro, gracias Virgencita», dijo y volvimos a coger.

24. Qüity: «No me arrepiento de este amor»

«No me arrepiento de este amor...». Me despertó la voz de Cleo y su aura matutina, el olor a tostadas. Era la mañana después de nuestra primera noche de amor. Entre los rayos de sol que entraban por mis ventanas apareció disfrazada de Gilda, con una peluca negra y un vestidito rojo parecido al que la santa lleva en las estampitas. Bailaba y se reía. Terminó con «amar es un milagro y yo te amé», apoyó la bandeja en la cama y empezó a cebar el mate. «Buen día, Qüity, mi amor», me deseó. Que nunca se le había dado antes por el lesbianismo pero que me adoraba y que íbamos a ser felices para siempre, siguió hablando con la boca llena de tostada. Yo le dije que sí, que para siempre y que a mí me había aflojado el pánico: en ese momento solo tenía miedo y ganas de seguir cogiendo. Y alegría, la sentí esa mañana y con esa alegría concertamos el plan de fuga. Me llegó el mail de Dani que había estado esperando. Entendí que era hora de partir. Habíamos compartido travesías por el Delta con él. Teníamos los kayaks en la misma guardería y el horario era el de siempre, el mismo del principio de nuestra amistad, cuando coimeábamos a los serenos para que nos abrieran a las diez de la noche. Teníamos que irnos antes de que se acordaran de terminar de amasijarnos y no podíamos irnos en avión o en tren o en micro. No podíamos salir de una estación si nos estaban buscando.

Yo creo que no nos estaban buscando porque de hecho estábamos lo más tranquilas en mi casa. El poder puede ser misericordioso también, si se le da la gana. Pero teníamos que salir del país y supe que había una travesía a Nueva Palmira. Metida adentro del kayak, con un gorro, anteojos de sol, cubrecockpit, indumentaria deportiva y un corte de pelo,

Cleo pasaría más desapercibida. Y las fuerzas de seguridad tienden a ser indulgentes con los deportistas. Pensarán como Cleopatra, «mens sanos in cuérpores sanos».

Como no podía parar de llorar, Cleo intentó consolarme contándome el paraíso de Jonás: «Está en una playa linda, toda llena de palmeras y de rubias. Al costado hay un camino y pasan autos sin techo, manejados por las rubias con anteojos y pañuelos que se les vuelan al viento. Todas se parecen a Marilyn, a Susana y a Evita, divinas son. Estudia con los mejores, hace autos voladores con Ferrari y Ecclestone. Física de las estrellas, eso aprende por las noches, se hizo amigote de Hawking, que ahora baila de contento: tiene un cuerpo que funciona, y vive de joda en joda. Escuchan música fuerte de los coros celestiales. A Jonás le cantan cumbia los santos y los ángeles, lo despiertan con esa que le gustaba a él cuando era chiquito, ¿vos lo conocías ya, no?, “Laura, se te ve la tanga”, le cantan a la mañana y él se ríe y se le achinan los ojos como cuando era un nene».

Nos encontramos con Dani frente al río Luján, en la puerta de nuestra guardería a las diez de la noche. Habíamos reservado lugar y fideos a la boloñesa en el Fondeadero. Remamos por el Sarmiento, el San Antonio, el Dorado y el Arroyón. Era una noche de luna llena y charlamos en el brillo azul del agua, en el silencio, en ese espacio casi sagrado comprendido entre los árboles y el río. Dani no vendría con nosotras. Eso fue una despedida. Nos tomamos dos botellas de un vino que Dani guardaba hacía un lustro para una ocasión especial. Y nosotras nos quedamos en la isla.

25. Qüity: «El que tenga un paraíso»

El que tenga un paraíso, que lo cuide y que lo esconda: tanta visita, tanta foto, tanta nota y tanto documental nos pusieron en todas las pantallas y cambió el modo de estar en el mundo de la villa, que siempre había optado por una prudente discreción. Una discreción concertada entre todos: los de afuera simulaban que no había nada atrás de las murallas, a lo sumo hacían de vez en cuando una cena de beneficencia o iban a sacar fotos o a regalar cosas viejas. Y los de adentro siempre supieron que la notoriedad solo podía significar problemas: la prensa solo se ocupaba de ellos en casos de desalojos, robos, a veces un asesinato o de vez en cuando el hit de una cumbia. Nada más.

¿Habrá sido eso? ¿Viajaría en su helicóptero y habrán coincidido una noticia sobre nosotros en su pantalla y la imagen de la villa a sus pies? Años después, a los pies de Daniel, algo de eso dijo: iba a su casa, vio la villa desde arriba, vio las casillas con los techos florecidos de malvones, el hacinamiento, vio a las vírgenes y a los santos, vio la vecindad con las mansiones de sus socios y pensó que los villeros no merecían vivir así, que sus amigos no merecían semejante contigüidad y que esos terrenos merecían una buena renta y quiso ser la punta de la ola inmobiliaria. Para nosotros fue un tsunami. Para ellos, los más fuertes, su deseo está hecho de naturaleza, tiene el mismo peso que la ley de gravedad: ¿se habrá imaginado como un huracán que hacía volar todas las chapas de la villa?, ¿como un alud, haciéndose de su propio impulso y de lo que ese impulso arrastra y lo agranda?, ¿se habrá visto como un ejército?, ¿como la ley de selección natural se habrá visto, sacando a los más débiles para hacer lugar a las mansiones de los mejores? No lo sabremos nunca.

Creo que a esa altura lo que un tipo siente es que su riqueza desarrolla una fuerza, una especie de inercia que lo obliga a alimentarla y a hacerla crecer y crecer. Dani le preguntó y yo también le pregunté pero no supo o no quiso o no pudo contestar. Claro que cuando estuvo en situación de tener que escuchar preguntas el tipo ya no era el mismo: estaba atado en una silla, literalmente cagado y meado de miedo, su deseo ya no era naturaleza y ni siquiera deseo era a esa altura del partido, no le quedaba nada más que instinto de supervivencia al hijo de puta, suplicaba y suplicaba como un rey caído: tan miserable como cualquiera, apenas un poco más propenso a la ira. No sé por qué tardó en matarlo Daniel, me juró que no era sadismo. Esperaba que le dijera algo, que explicara por qué. ¿Por qué los mataste, pedazo de mierda? Que él había ordenado que despejaran la zona, dijo, que si alguien pensaba que podrían haberla despejado sin matar a nadie. Que si Daniel podía despejar zonas sin víctimas, que trabajara para él. Que había arreglado con el gobierno para construir viviendas sociales; que no era un hijo de puta. Que fue una batalla eso, explicaba, nadie entrega su tierra sin resistencia. Además, agregó, «no fue mi orden dispararle a un nene, yo no pedí eso, que despejaran la zona pedí. Lo mío es pensar negocios: no me ocupo personalmente de llevar los libros contables, de mantener las computadoras, de comprar los autos o de limpiar las zonas del mejor modo posible para desarrollar los negocios. Soy la cabeza, pienso los negocios, negocio con las otras cabezas: soy una parte importante de mi empresa, pero no soy toda la empresa, ordené despejar, no matar. No soy un asesino, soy un hombre de negocios», decía el Jefe, el ex Jefe, ex hombre de negocios, casi ex hombre en ese momento.

No podía hacer otra cosa yo tampoco. Sí, vi cómo Daniel lo mataba: me lo transmitió con el celular. También hablé con el Jefe, necesitaba saber. Cuando supe que Dani lo había secuestrado, ya hacía un par de días que lo tenía amordazado y atado a una silla en un rancho inmundo: no había vuelta atrás. De verdad quería entender, Cleo: yo sabía que nos había matado para hacer negocios pero me resistía a creer que Kevin se había muerto para eso. Porque en algún lugar yo también debía creer un poco en

algo, que en la vida había algo de lo sagrado creía y agrandar un poco más una fortuna que no podría ser dilapidada sino al cabo de dos o tres generaciones de Paris Hiltons no parecía motivo suficiente.

Algo entendí: no hay nada que sea sagrado y agrandar un poco una fortuna justifica cualquier cosa; no es cuestión de fortuna, es cuestión de fuerza. Eso entendí. A mí no me interesaba matarlo. Ni lo busqué, ni lo encontré, ni le disparé. En ese momento, cuando Dani me llamó y me lo mostró y participé del interrogatorio por videoconferencia creí que lo importante era que supieran que lo sabemos: que a la fuerza solo se le puede oponer fuerza. Y que evitar la venganza es condenarse a sufrir más violencia. Daniel hizo lo que siempre había querido: fue, por una vez, el brazo armado del bien. No está del todo loco, sabía que nadie se preocuparía demasiado. El gobierno estaba harto de las presiones del Jefe, sus empresas estaban a nombre de otros y esos otros estaban también aterrados por el poder del amo, así que nuestros cubanos les compraron todo a precios más o menos razonables y donde antes había un billonario hubo varios millonarios y un trillonario. Por eso pudo matarlo Daniel. Le pegó un tiro en la cabeza, amor, yo lo vi bien desde la pantalla, y no pasó nada: el Jefe se apagó como se apaga una máquina. Daniel siguió viviendo tan amargado como siempre pero un poco más tranquilo. Yo desconecté y volví a tus brazos, a nuestra cama, a nuestra vida blindada por los billetes que nos dio la cumbia, por tu fama. Está bien, Cleo, si vos lo decís, amor, por la Virgen también. Que podría haber blindado la villa, ¿no?, si era tan de las nuestras como vos decís. Ay, amor, no empecemos otra vez. La Virgen no existe, Cleo. No, no sé con quién mierda hablás vos, mi Juana de Arco villera y pacifista y bailarina. Callate un ratito, dale, y sacame la ropa. Sí, vida, así.

Epílogo

Cuando pensé que este libro estaba listo para salir a la imprenta, le dejé una copia a Cleo para que lo leyera y diera su visto bueno, ya que ella exige que así sea. Si no puse en el libro un par de capítulos dedicados al éxito de la ópera cumbia *La Virgen Cabeza* es porque eso es algo que todo el mundo conoce; aparece en la tele, en las revistas, en los diarios, tiene mil sitios de fans en Internet, ha sido ocasión de polémica entre Cleo y el Papa... ¿Para qué iba a contarlo otra vez? En esos días decidí que de aquí en más me voy a dedicar a la ficción: no se puede escribir la propia biografía con una esposa que se considera coautora, salvo que sea otra escritora. Cleo me pidió unos días para leerlo bien. En respuesta, encontré este mensaje:

No, Catalina querida, esto no se termina acá. No se termina ni en pedo: se acercan tiempos de cataclismos y catástrofes y va a haber Posos en medio mundo, así que no se termina, no lo decidís vos. Además, una historia de Santa María no puede terminar con un asesinato y un polvo. No te lo voy a permitir.

Yo sé que vos te creés que es tu libro y que entonces ponés lo que se te da la gana y se acaba donde se te canta el culo, pero estas equivocada: también es mi libro y sobre todo es el libro de la Virgen. Imagino lo que me dirías si estuvieras: que no tenés pasta de evangelista y que si yo y la Santa Madre queremos un libro lo escribamos nosotras. No importa de qué tenés pasta, mi amor, además de que toda la pasta que

tenés la tenés gracias a Santa María, igual que yo. Y escribir te toca a vos, es tu parte en esta historia.

Aunque contastes mal muchas cosas y otras no las contastes. Y ahora no voy a tener tiempo de ponerlas yo en el libro. ¿Por qué no escribistes el capítulo de la ópera cumbia? ¿Qué pasa si ponés que cuando canto cantan conmigo cincuenta mil personas cada vez? ¿Y que se hicieron marianos quinientos mil gringos desde que estrenamos la cumbia? ¿Y si contás que en Florida hay más estampitas de la Virgen Cabeza que banderas americanas? Eso tampoco es nuestro, Qüity: la fama y la guita vienen de la Virgen y por la Virgen y para la Virgen y ya es hora de devolvérselas. Asegúrate de poner esto tal cual te lo digo, querida, porque si no vamos a tener muchos problemas. Más de los que vamos a tener cuando escuches esto.

Seguro que no es lo que más te preocupa, pero la fama se la voy a apagar a Santa María predicando por el Caribe: primero me tengo que ir a Cuba, Qüity. Fidel parece eterno pero no es y ni la Virgen sabe si se va a ir al cielo o al infierno, pero que la isla se va a ir a la mierda lo saben hasta los niños en China. Y van a necesitar la luz de Dios y de la Virgen Santa y yo se la voy a llevar porque Ella me lo ordenó.

Cuando escuches lo que te voy a decir ahora te vas a preocupar un poco más: te tengo que dejar a Cleopatrita. La Virgen dice que se acercan tiempos de cataclismos y catástrofes y que «es mejor que la niña permanezca en su hogar».

Porque los desastres no van a ser solo en Cuba, mi amor, van a ser en todas partes. Ya hubo crisis y hambre, Qüity. Pero lo que se viene es todavía peor: primero se va a cortar la luz. Y no van a funcionar los celulares, ni las computadoras, ni Internet, ni los motores que suben el agua a los edificios, ni nada. La guerra contra el Islam nos va a dejar sin nafta y los autos abandonados nos van a dejar sin caminos. No va a haber shoppings ni televisión ni ninguna forma de comunicarse más que la de los radioaficionados, que es lo que vos te tenés que aprender ahora, mi amor. No va a haber remedios. Ni comida frizada. No sé si entendés el desastre que te estoy contando.

Acá en casa hay un generador electrógeno, provisiones, combustible, armas y comida en lata como para cinco años. Vos lo sabés mejor que yo, el búnker lo armastes vos. Yo te agregué las gallinas y la huerta y Helenita construyó el nuevo estanque en el medio de todo porque pura lata no es una alimentación saludable y Cleopatrita tiene que crecer sana. Vos te creías que era un ataque de nostalgia, una forma mía de tenerle fidelidad a mis orígenes, o algo así dijistes. Pero te equivocastes: nada de nostalgia, si hice levantar estas murallas altísimas y las coroné con una Virgen, una estatua de San Jorge y millones de pedazos de vidrios rotos bien filosos fue porque se viene una catástrofe y yo no las puedo dejar solas y desarmadas. Y debo dejarlas un tiempo. Y vos tenés que quedarte acá, cuidando a Cleopatrita y a Helena y a su Klein y al Kleinsito Klein que está por nacer. Porque nuestra casa será salvada, Qüity, pero eso no quiere decir que no vaya a haber batalla.

Va a haber guerra en medio mundo, Catalina, escuchame bien. Y todos los que vivan y los que mueran van a necesitar consuelo durante los próximos años: los que van a tener que arrastrar los cajones a los cementerios van a ser los viejos, Qüity. Y van a tener que cinchar con sogas, porque ya te dije que ni nafta va a haber. Los padres van a tener que enterrar a los hijos, los tíos a los sobrinos y los abuelos a los nietos: todo al revés, los muertos van a terminar apilados en cualquier parte porque los viejos se van a quedar sin fuerza. Y se van a morir también y no sé quién mierda los va a enterrar a ellos. Para todos los que sufran, los viejos y los jóvenes y los de edad media, le hice una catedral a la Virgen Cabeza: al que quiera llorar y llore a los pies de este altar lo va a consolar la mismísima madre de Dios, que consuela mejor que nadie. Para eso ganamos la riqueza que ganamos con la cumbia: para hacerle a la Cabeza la iglesia que se merece. Era para hacerle una catedral.

Y sí, vos te vas a enojar, por eso no te conté antes, pero la verdad es que le hice la catedral que se merece a la Virgen Cabeza. El diseño un poco fue idea tuya también: se me ocurrió cuando me regalastes el

Rolex Pearlmaster de oro amarillo dieciocho quilates con esfera de nácar engastada de diamantes y bisel engarzado de brillantes, que lo tuve que vender para hacerle el altar a la Santa Madre. La Virgen quería su catedral, pero una catedral nómada, una que vaya a donde vaya yo, me ordenó. En la gira europea del año pasado, cuando vos decidistes quedarte escribiendo porque viajar te aburre, dijistes, yo me fui a la sede de Rolex en Suiza y diseñé con ellos el monumento portátil a la Virgen. Les encantó la idea, querida, les gustó mi diseño, y eso que ellos son todos unos protestantes y unos judíos que con la Virgen nada, como si no existiera.

Son los joyeros del «lujo eterno», Qüity, eso dice al lado de Rolex, así que es obvio que tenía que hacerla con ellos. Para la cabellera, le pusimos dieciséis mil trescientos cincuenta y un hilos de oro blanco de veintidós quilates; no por canuta, no son veinticuatro porque hubo que ponerle paladio y plata para que fuera más claro y ni así brillan los hilos como brillan los pelos de ella, que es rubia como un fuego que no quema, como una diosa vikinga, no sé cómo explicarte: echa luz.

Le puse los dientes también; los mejores dientes que te puedas imaginar; mi vida, diamantes blanco azulados, usé sesenta y cuatro: la sonrisa de Santa María irradia luz como un plato volador; un aire veraniego, un impulsor de nano-máquinas, o como que te digan que te curastes cuando tenías una enfermedad mortal Y le puse rubíes a esos labios finitos que tiene y que usa para dar consuelo, cincuenta y cinco rubíes. Le hice los ojos también, ¿nunca te hablé de los ojos de la Virgen? Son azules, pero azules como el Mediterráneo en Sicilia, azules como los dos zafiros gigantes que hice traer de Sri Lanka para Ella, Qüity. Los antiguos, que a vos te gustan tanto, creían que esta piedra tenía el poder de la sabiduría. Se creían que cuando tenías un bardo padre y no sabías qué hacer la piedra te lo resolvía, querida. Y así son los ojos de la Virgen: azules como la sabiduría son.

Lo único que no hice con los de Rolex fue la piel: se la hice con Ivo Pitanguy, que no será Dios pero se acerca. Esperá que veas la piel de la Virgen y vas a ver. Se la hicimos con láminas de quitosano, que es lo

que usan en los hospitales para ponerles a los quemados; es una especie de milagro de la medicina, Qüity. Cuando le veas la cara a la Virgen vas a entender; tiene la piel de una adolescente sin acné.

Todo lo demás lo hice con los joyeros. Qué más, te estarás preguntando. Qüity, no podía hacer una joya así y dejarla sin seguridad. Está en una caja de vidrio muy transparente y más impenetrable que tu búnker; querida: los compré en Colombia, viste que allá a los ricos los viven cagando a tiros, sí, ya sé que a los pobres también, pero a los ricos los cagan más a tiros que en los otros países así que se inventaron unos vidrios bárbaros: son como capas, muchas capas, por ejemplo, el que tiene un centímetro de grueso puede resistir un arma de nueve mm a una distancia de disparo de 4,57 metros y con una velocidad de bala de trescientos noventa y cuatro metros por segundo; puede recibir tres impactos. Este tiene treinta centímetros de grueso, mi amor, hacé la cuenta: nos pueden recagar a balazos antes de que se astille el vidrio este. Está electrificada además. Solo deja de echar electricidad cuando la toco yo con mis huellas digitales, si están entre treinta y seis y treinta y ocho grados, corazón: no la puedo abrir ni muerta ni con fiebre. Y filma, Qüity, es como una caja negra con imagen, graba todo lo que le pasa alrededor en un círculo de trescientos cuarenta y tres metros y una definición de siete megapíxeles. Y tiene unos minialtavoces de última tecnología, de AMP 4 x 120, la potencia de las columnas de sonido que usamos en los estadios. La computadora que le metimos adentro está programada en loop, pasa música santa todo el día, como la cumbia y el avemaría y otras canciones de la virgen. Reza el rosario también, Qüity. Entiende las órdenes que le digo y entonces canta, pasa música, reza o no hace nada.

Tiene un generador de energía propio, que se lo hice con dínamos y un sistema de pedales parecido a una bicicleta. Tengo que pedalear diez rosarios por día, que es lo mínimo que se necesita rezar en tiempos de crisis. Y de paso hago gimnasia, mi amor. Cuando vuelva voy a estar tan espléndida como siempre.

Te dejo este aparato de radio que está sincronizado con el mío. Y no te preocupes, que por ahora los aviones funcionan y para cuando dejen de funcionar ya estuve hablando con un grupo de balseros que me van a cruzar otra vez a Miami. Para cuando me toque volver a estar con vos, mi amor, y con nuestra hija. Mientras tanto, no sé cuánto será pero no será tanto tiempo, me lo dijo la Virgen, voy a grabar un diario con todo lo que vaya pasando. Porque está escrito esto tiene que ser escrito, y lo vas a tener que escribir vos, mi amor.

Me estoy yendo a Cuba a buscarla. No sé si tengo el corazón roto o si tengo una granada en el lugar donde antes tenía el corazón. También ignoro si me voy a enfrentar con un divorcio o con el Apocalipsis. No entiendo qué le pasó; por ahí no son tan fáciles de abandonar los orígenes y en la cultura de origen de Cleo mandarse a mudar con toda la guita y dejarme a la cría en casa es algo que cualquier varón puede hacer sin menoscabo de su honor y buen nombre. Pero no creo, estrictamente hablando Cleo no es un varón, quiere a su hija y realmente cree en su Virgen. Así que debe ser cierto que transformó ese pobre pedazo de cemento en un adefesio carísimo y estrafalario y que está en La Habana tratando de organizar algún megarrecital para convertir a los isleños a la fe de la Virgen Cabeza. Si no estuviera tan furiosa como estoy, el proceso de reescribir la cumbia como un texto digno de la Revolución me resultaría apasionante. Pero en nuestras cuentas bancarias quedan apenas trescientos mil dólares. Y teníamos más de diez millones. Y mi amada se mandó a mudar sin avisarme. Se escapó con toda la guita y me dejó a la nena, como si yo fuera, no sé qué, ¡una mujercita! Por supuesto que le mandé una respuesta:

Carlos Guillermo Cleopatra, tenés razón, esto no se acaba acá. Te voy a ir a buscar, vamos a vender todos esos metales y piedras preciosas que le pusiste a tu catedral y le vas a seguir rezando al pedazo de

cemento que rescataste de la villa, que tan mal no te fue hasta ahora. Sin oro y sin diamantes te rendía igual tu Virgen. Con lo que recuperemos te voy a pagar un tratamiento psiquiátrico. Y si no accedés, te voy a hacer juicio por chorra. Y te voy a pedir la extradición. Y te vas a volver en avión con las manos esposadas y no lo va a poder impedir ni Fidel, ni vivo ni muerto, ni todos tus clubes de fans juntos. Nos vemos en La Habana, mi amor.



GABRIELA CABEZÓN CÁMARA. Nació en San Isidro, provincia de Buenos Aires, en 1968. Es periodista y escritora. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado relatos en diversas revistas literarias. En 2006 participó en la antología *Una terraza propia*. Actualmente trabaja para diversos medios gráficos de la Argentina. *La Virgen Cabeza* es su primera novela.